

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sobre un lugar parecido
a la felicidad

DISCURSO LEÍDO
EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 2013
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR LA EXCMA. SRA.
D.^a CARME RIERA

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR.
D. PERE GIMFERRER



MADRID

2013

Tit. M0794

Ac. Esp II-265

Sobre un lugar parecido
a la felicidad

Sobre un lugar parecido
a la felicidad

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sobre un lugar parecido
a la felicidad

DISCURSO LEÍDO

EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 2013
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR LA EXCMA. SRA.

D.^a CARME RIERA

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR.

D. PERE GIMFERRER



MADRID

2013

Depósito legal: M-30097-2013
Impreso en los Talleres Gráficos Palgraphic, S. A.
Humanes (Madrid)

Discurso
de la
EXCMA. SRA. D.^a CARME RIERA

Excelentísimo señor director, excelentísimas señoras y señores académicos:

Como escritora, en las dos lenguas que tengo por mías, me he pasado la vida tratando de encontrar las palabras precisas, las más exactas y oportunas para nombrar las cosas, las sensaciones, las emociones o las ideas. Sin embargo hoy, al contrario de lo que imaginaba, pese a lo singular y solemne de la ocasión, no necesito esforzarme en absoluto para comenzar este discurso. Ni siquiera acudir a las consabidas fórmulas retóricas que situaciones como esta convierten en preceptivas. Porque al alcance de la mano, de la voz, la palabra *gracias*, sencilla y usualísima en mi vocabulario, es la que mejor resume lo que, antes que nada, les quiero transmitir: gracias, infinitas gracias, señoras y señores académicos, por acogerme hoy entre ustedes. Y, por descontado, de manera especial, más gracias, clamorosas y emocionadas, a don Pedro Gimferrer, doña Carmen Iglesias y don Álvaro Pombo, a cuya enorme generosidad debo la presentación de mi candidatura para el sillón que corresponde a la letra *n* minúscula.

«Me alegro de que sea la letrita *n* la que le hayan dado», me dijo al felicitarme la encantadora muchacha ecuatoriana

que atiende la caja de la frutería de mi barrio. «Me alegro mucho porque estará usted cómoda en la banquetita... La *N* mayúscula, en cambio, ¡qué incómoda debe de resultar para estar sentado ahí!... Ha tenido usted suerte».

En efecto, he tenido suerte, mucha suerte, no solo porque hay otras muchas personas que merecen estar en la Academia tanto o más que yo, sino por esa «banquetita» que es la *n*, una letra que siempre me ha atraído, a pesar de que con ella empiezan palabras poco alentadoras si las refiriera a mi situación de aspirante a la RAE, como *no, nadie, nada*; también otras muy queridas, *nacimiento, naturaleza, noche, niña, niño, nieta*, comienzan con esa consonante nasal y alveolar que ocupa el undécimo puesto del alfabeto y sobre la que Ramón Gómez de la Serna apuntó que era la *ñ* sin bigote. Una particularidad que me aproxima todavía más a mi letra, ya que uno de mis terrores infantiles consistía en la posibilidad de comprobar que, cualquier día, al despertarme, me hubiera salido bigote, el mismo bigote que lucía mi padre, puesto que todo el mundo aseguraba que me parecía muchísimo a él.

Fue el profesor don Valentín García Yebra mi antecesor en ocupar el sillón *n* minúscula desde 1985 hasta su fallecimiento en 2010. Su discurso de ingreso en la RAE, *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor*, versó sobre una de las ramas de su especialidad: la teoría de la traducción, en la que fue pionero en España.

García Yebra nació en 1917, en el Bierzo (León), en Lombligo de los Barrios, una aldea cercana a Ponferrada, cuyo paisaje, según afirmaba, «el más hermoso de la tierra», habría de recordar siempre, lo mismo que a sus maestros rurales, que le despertaron el gusto por la lectura y el amor a los libros.

Los latines, que tuvo que aprender de monaguillo, motivaron su curiosidad por la lengua latina. Y tanta fue que se licenció en Filología Clásica en 1944. Durante la carrera, que cursó en Madrid mientras daba clases particulares para pagarse los estudios, conoció a Dolores Mouton Ibáñez, con quien se casó en 1946. Fue discípulo del profesor García de Diego y no puedo menos que anotar las coplillas que le dedicó don Valentín:

Ome sesudo e grave parece don Vicente
e sabe más latines que el común de la gente,
non demuda la ira su quieto continente,
otrossí, cuando ríe, non dexa ver un diente.¹

Su paso por la Facultad de Letras de la Universidad Complutense hubo de marcar, sin duda, su futuro, tanto el personal como el profesional. Entre sus compañeros figurarían también los tres que fundaron junto con él la editorial Gredos en 1944: Hipólito Escolar, Julio Calonge y José Oliveira Burgallo. No hace falta recordar ante ustedes la importancia que para la filología ha tenido esa editorial y de manera especial la colección «Biblioteca Románica Hispánica», que hubo de dirigir Dámaso Alonso, a quien García Yebra consideraba su maestro pese a que, en la facultad, no hubiera sido alumno suyo. Al parecer, debemos a don Valentín el dibujo de la cabra hispánica del logotipo de Gredos, nombre escogido por sus fundadores «porque era sonoro y evocaba cosas altas».² Allí publicó García Yebra sus primeras traducciones latinas, el diálogo *De amicitia* y el discurso *Pro Marcello*, de Cicerón, así como los siete libros de la *Guerra de las Galias*, de César. Sin embargo, no solo

tradujo del latín sino también del inglés, del italiano, del portugués, del alemán más de veinte obras, y del francés alrededor de media docena, entre las que destaca *Literatura del siglo XX y cristianismo*, de Charles Moeller, cinco volúmenes que le valieron, en 1964, el premio a la mejor traducción que otorgaba el Gobierno belga. Algunas de esas lenguas, como el alemán y el inglés, las aprendió de manera autodidacta con ayuda exclusiva de una gramática.

Además de traductor, García Yebra fue profesor. En 1944 hizo oposiciones a cátedras de instituto de Griego y obtuvo plaza en Santander. Entre 1955 y 1966 dirigió el Instituto Politécnico Español de Tánger y, más adelante, entre 1967-1969, el Calderón de la Barca de Madrid, donde enseñó hasta 1974, año en que se crea, a instancias suyas, el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores en la Universidad Complutense de Madrid, el primer centro de España de enseñanza superior para tal profesión, en el que impartió clases de Teoría de la Traducción y del que fue subdirector hasta que se jubiló.

De su contribución a esa materia, dan cuenta diversas obras. Destaco solo algunas: *Teoría y práctica de la traducción* (1982), con prólogo de su gran amigo Dámaso Alonso; *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia* (1983); *Traducción: historia y teoría* (1994); *Experiencias de un traductor* (2006); *Documentación, terminología y traducción* (2010).

En el magnífico prólogo de su edición trilingüe de la *Metafísica* de Aristóteles (1982), nos dejó, en apretado resumen, lo que, en su opinión, constituye la regla de oro de la traducción: «Decir todo lo que dice el original, no decir nada que el original no diga, y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua a la que se traduce» (1982: xxvii).

No cabe la menor duda de que García Yebra me supera con creces, no solo en el conocimiento profundo de lenguas, sino en todo lo demás y desde sus inicios. Él fue un chico despierto, que aprendió a leer muy pronto; yo, por el contrario, fui una niña torpe, a la que las monjas no conseguían enseñar a leer. Exhaustas y vencidas, avisaron a mi madre de mis dificultades. Mi padre, al que eso de tener una hija tonta de capirote —como se decía en una época en que la hipocresía de lo políticamente correcto aún no había triunfado— debía de fastidiarle mucho, intentó encontrar un método distinto al del parvulario. Consistió en hacerme más caso del que los padres de entonces solían hacer a sus hijos, en especial si eran hijas, y en leerme una serie de textos que, a su parecer, podrían despertar en mí el interés por aprender a leer. Y funcionó, lo recuerdo muy bien. Recuerdo con qué atención escuché la «Sonatina» de Rubén Darío y hasta qué punto me entusiasmó. Me pareció un cuento maravilloso que me estuviera especialmente dedicado... Todas las niñas se sienten princesa y yo estaba triste, ¿cómo no tenía que estarlo si era la última de la clase? Había palabras que no había oído nunca, que no entendía: *Golgonda* —¿sería *Golconda*?— *Ormuz*, *libélula*, *argentina*... O tal vez por eso, porque desconocía su significado me gustaban todavía más, me parecían misteriosas. Sonaban a música y me daban alas. Alas para alejarme: *Golconda*, *argentina*, *Ormuz*... Le pedí a mi padre que volviera a leer el poema. En efecto, el estímulo estaba ahí, en la «Sonatina», en las palabras que nunca había escuchado juntas y que por arte de magia, más veloces aún que el caballo con alas del príncipe, podían, sin necesidad de que tuviera que moverme de casa ni salir de mi isla, llevarme lejos, muy lejos. A partir de aquel momento puse todo

mi empeño en aprender a leer y en pocos días lo conseguí. Ese hecho tan simple, al que no solemos dar importancia, tuvo para mí muchísima. Fue, sin duda, una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Por eso me he permitido, en una ocasión tan significativa y que debo a la generosidad y benevolencia de ustedes, volver la vista atrás, hacia la lejanía de mi infancia remota para reencontrar a la niña que, a instancias de su padre —cuánto daría para que hoy estuviera aquí—, aprendió a leer gracias a los versos de Rubén Darío. Consciente de mi deuda con Darío, he querido incluirle en mi discurso, que tratará sobre Mallorca y sobre los viajeros que entre 1837 y 1936 —casi una centuria— visitaron la isla y dejaron constancia escrita de su viaje. Pero antes de entrar en materia, me gustaría subrayar que vengo a la Real Academia a aprender de todos ustedes y, por descontento, a trabajar con mucho ánimo y no poca ilusión.

El corpus analizado se centra en los textos de viaje escritos entre 1837, fecha en que se inaugura la línea regular que habrá de unir Mallorca con la Península y 1936, aunque contempla por su importancia algunos anteriores como los de Vargas Ponce (1787), Grasset de Saint-Sauveur (1807), Laborde (1808), Jovellanos (1812 y 1813) y Cambessèdes (1826). El criterio para la selección se ha basado en que los autores trataran sobre su experiencia viajera con voluntad literaria y publicaran sus textos antes del estallido de la Guerra Civil, con la excepción de Cabanyes, cuyo manuscrito, fechado en 1837, no ve la luz hasta 1970. Me interesaba que el abanico fuera amplio y diverso. La mayoría de los viajeros escriben en lengua castellana: Cabanyes (1837), Piferrer (1842), Cortada (1845), Azorín (1906), Darío (1906 y 1913), Unamuno (1916) y Salaverría (1928 y 1933). Rusiñol utiliza

el castellano en su primera contribución (1893) y el catalán en las dos entregas siguientes (1913 y 1919). El archiduque Luis Salvador de Habsburgo, sin duda la personalidad más significativa y la que más huella dejó en la isla de cuantas la visitaron, ofrece el grueso de su producción en alemán (1869-1884, 1905 y 1912), pero escribe en catalán sus textos más personales (1912). Aunque Pla es un autor también bilingüe, sus primeros artículos sobre Mallorca (1921) aparecen en catalán. En francés publican: Laurens (1840), Dembowski (1841), Sand (1842), Lacaze-Duthiers (1857), Davillier (1874), Vuillier (1893 y 1895) y Miomandre (1933); en inglés: Bidwell (1876), Wood (1888), Stuart Boyd (1911), West (1929), y en alemán: Pagenstecher (1867). Puede que no estén todos los que son —algunos textos de viajeros ingleses y alemanes son de difícil localización—, pero sí son todos los que están. Sus libros fueron fundamentales para la repercusión de la imagen de Mallorca en el mundo. He descartado las guías de Mallorca, que empiezan a surgir en la segunda mitad del siglo XIX, como la de Jaime Cabanellas (1845) y la de Ramón Medel (1849), porque su intención es distinta a la muestran los libros de viajes.

Precisamente porque la casa que hoy nos cobija es fundamentalmente la casa de las palabras, quisiera empezar por hacer referencia a los términos *viajero* y *turista*, cuyo significado los emparenta, aunque no los convierte en sinónimos. En primer lugar, el término *viajero*, que proviene del latín, es mucho más antiguo que el de *turista*, galicismo que la lengua francesa constata por escrito por primera vez en el *Dictionnaire de la langue française* (1863-1873), de Emile Littré, para definir a aquellos «que recorren países extranjeros por curiosidad o distracción» (Barceló & Frontera, 2000: 16).

No obstante, parece ser que los primeros en utilizar la palabra fueron los ingleses y que la primera referencia impresa se encuentra ya a finales del siglo XVIII: «a traveller is nowadays called a tourist» [hoy en día al viajero se le llama turista], en un texto del reverendo Samuel Pegge.³ Por mucho que en esta frase *viajero* y *turista* funcionen como sinónimos, no lo son exactamente. El término *turista* es más restrictivo que el de *viajero*, ya que alude al *Grand Tour* que las élites inglesas emprendían desde finales del siglo XVIII y que, en el XIX, llegó a ser un componente importante para la educación de los hijos de las familias aristocráticas y de los de la alta burguesía ilustrada. Se consideraba que el contacto con gentes de otros lugares, costumbres, culturas les permitiría adquirir los conocimientos necesarios para una perfecta formación y, a la vez, conocerse mejor a sí mismos. En cambio, la mayoría de los viajeros que hasta entonces habían recorrido países diversos, no habían emprendido sus periplos por razones de formación o de ocio, sino de negocio, empujados por motivos que iban más allá de la simple curiosidad o la mera distracción.

En el prefacio de *Viaje sentimental por Francia e Italia* (1768), el clérigo Laurence Sterne, con su particular flema británica, se refiere a las causas que motivan los viajes —«enfermedad corporal, imbecilidad de la mente o necesidad inevitable»— y a los diferentes tipos de viajeros —«ociosos, curiosos, mentirosos, vanidosos, melancólicos, traidores, delincuentes, inocentes, desgraciados, simples viajeros»—, para añadir, por último, un nuevo viajero, «el viajero sentimental» (1987: 22-23), con el que se identifica. La clasificación de Sterne ha sido muy citada y, aunque no deja de ser una ocurrencia divertida, se adelanta a las taxonomías posteriores.

Así, por ejemplo, los primeros viajeros que visitaron las islas Baleares y dejaron testimonio escrito, lo hicieron por necesidad, aunque sin duda evitable, para informar de cuestiones náuticas, geográficas, tácticas, científicas o históricas, tal y como podemos observar en la recopilación bibliográfica de Fiol Guiscafré (1990), donde se mencionan textos que van desde el siglo X hasta el XX. Viajaron, pues, para cumplir una misión concreta: geográfica, la del marino José Vargas Ponce, cuyo libro *Descripciones de las islas Pitiusas y Baleares* (1787) es considerado la primera aproximación moderna a nuestras islas (Barceló & Frontera, 2000: 17); probablemente táctica la del espía André Grasset de Saint-Sauveur, que, enviado por el Gobierno francés de Napoleón en 1801, describe los aspectos de mayor interés logístico del archipiélago, al parecer con vistas a una posible invasión⁴ (Aguiló: 2002); el resultado de sus observaciones se publicaría en 1807, en un grueso volumen acompañado de ilustraciones bajo el título *Voyage dans les îles Baléares et Pitiuses fait dans les années 1801, 1802, 1803, 1804 et 1805*.⁵ Por el contrario, a Cambessèdes, naturalista y botánico, es la investigación científica lo que le empuja a viajar a las Baleares, como queda patente en *Excursions dans les Illes Baléares* (1826) y en *Enumeratio plantarum quas in insulis Balearibus collegit* (1827).⁶

Una de las diferencias entre viajeros y turistas tiene que ver con factores sociológicos y económicos. La revolución industrial propicia, por un lado, el desarrollo de los transportes y por otro, como resultado de los cambios económicos, que un número mayor de personas puedan disfrutar de un tiempo de ocio, lo que les permite viajar, convirtiéndose en turistas.⁷ Después de la Segunda Guerra Mundial esa posibilidad se amplió en Europa a buena parte de las clases tra-

bajadoras. En consecuencia, la palabra *turista* perdió sus connotaciones elitistas y adquirió otras consideradas negativas, como masificación y vulgarización, atributos relacionados con la cultura de masas o baja cultura. Eso explica la recuperación de la palabra *viajero* en oposición a la de *turista*. Hoy se tiende a considerar que las motivaciones de los turistas y de los viajeros son, en cierta medida, opuestas, puesto que los turistas no suelen interesarse por el lugar adonde van, tampoco acostumbran a disfrutar del patrimonio cultural del sitio visitado y, al volver a casa, lo hacen con el mismo bagaje con el que salieron, puesto que el viaje no ha supuesto para ellos ningún tipo de transformación anímica. Por eso para algunos el turista ocupa un peldaño inferior al viajero (Lousada, 2010: 68).

El viaje constituye una referencia tan amplia que quizá permitiría englobar la literatura por entero, ya que, como núcleo temático o estructural, forma parte de una poética universal (Perelló, 2006: 18). Está presente en los textos fundacionales de Occidente, como la *Odisea*, *El viaje de los Argonautas* o la *Eneida*, pasando por la *Divina Comedia*, la novela de caballerías, la picaresca o el *Quijote*, y llega a muchas de las novelas de autores actuales, entre los que se encuentran estupendos narradores que forman parte de esta Real Academia.

Pero «¿de qué hablamos cuando hablamos de literatura de viajes?», se pregunta con razón Colombi antes de responder que tal mención «no se refiere a un género literario o discursivo antiquísimo, de un copioso imaginario privilegiado y alimentado por la ficción o de una práctica ligada a la ciencia y a la expansión territorial de Occidente» (2004: 13). Su alcance va más allá, encubre un universo al que solo pode-

mos acceder como cultura: la cultura del viaje, cuyo estudio admite un haz de perspectivas heterogéneas.

Tal vez por eso, porque el concepto literatura de viajes es enormemente plurisignificativo (Ferrús, 2011: 13), vale la pena tratar de acotar el término y restringirlo a un tipo de textos que, aunque muy porosos o permeables (Romero Tobar, 2005: 9), capaces de acoger una gran variedad de géneros y tipos discursivos (Pasquali, 1994: 113), avocados con la literatura del yo, la autobiografía, la historia y el ensayo más o menos impresionista, son producto de una experiencia real o incluso imaginaria de un sujeto *viator*, de un hecho que se convierte en tema del texto y en el elemento conductor que lo estructura. La densidad referencial de esos textos no tiene por qué estar reñida con su carácter literario, al contrario. Cabe rechazar, por tanto, aquellos libros de viaje cuyas referencias no se ajustan a la realidad por muy literarios que podamos considerarlos; del mismo modo, no nos interesan los que, aun ajustándose a la realidad, no ofrecen la elaboración de un discurso con pauta literaria. No puedo detenerme aquí para detallar hasta qué punto, en la literatura de viajes, está presente la ficción, porque desde el momento en que el viaje es narrado forma parte de tal categoría, aunque no por ello deje de proporcionarnos una relación de correspondencia con la realidad que nos permita verificarla. La ficcionalidad del texto no excluye la factualidad del mismo.

El estudio de la factualidad, esto es, el hecho real del viaje, emprendido por Salcines de Delás (2001), ofrece una doble conclusión: por un lado, la primacía del carácter autobiográfico y, por otro, el uso de la descripción como recurso principal. Precisamente, estas dos características han dado pie a una serie de estudios que se centran en la figura del

protagonista-viajero como narrador de su peripecia (Fick, 1976: 44) y a otros que especifican que el principal elemento de este tipo de literatura es la descripción (Carrizo Rueda, 1997: 28). A estos rasgos característicos cabe añadir otros, como la articulación en torno a un recorrido o una cronología relacionada con este (Pérez Priego, 1984: 217-239). Por otra parte, la intertextualidad suele desempeñar también un papel importante (Bes Houghton, 2013). El viajero tiende a documentarse mediante la lectura de otros textos antes o después de partir (Montalbetti, 1997: 53-54), lo que le permite, en el momento de escribir, consolidar sus opiniones, tanto si da por válidos los datos y juicios ajenos, tomándolos prestados, cosa que sucede la mayoría de veces, como si discrepa de las referencias geográficas, históricas, sociológicas, antropológicas o científicas consultadas. Puede ocurrir, sin embargo, que los datos que pasan de un texto a otro sean erróneos, ya que se trata de citas de citas que nadie se molesta en comprobar. Así ocurre con *Un invierno en Mallorca*, cuando Sand se refiere a los datos proporcionados por «Miguel de Vargas» (Sand, 1932: 11), nombre erróneo con el que alude a José Vargas Ponce, copiando el error de Grasset de Saint-Sauveur, que es el primero en bucear en las *Descripciones de las islas Pitiusas y Baleares* (1787) y transcribir mal el nombre de su autor, al que cita como «don Miguel Vargas» en el «Discurso Preliminar» (Grasset, 1952: 20). La alusión al tal Miguel de Vargas —con un elegante *de* añadido por Sand— continúa en *Las islas olvidadas* de Gaston Vuillier (1973: 65 y 2000: 70) y llega hasta *La isla de oro* de Rubén Darío (2011: 249).⁸

A menudo la mirada que se proyecta sobre el espacio es una mirada textualizada de antemano. Además, un mate-

rial tan amplio y diverso como es el de la literatura de viajes ha precisado de una clasificación, y esa ha dado origen a una tipología (Richard [1991], Ruiz-Domènec [1997]), en la que se suele basar la definición del género. Remito para esta cuestión al clarificador artículo de Julio Peñate Rivero (2004: 13-28).

La bibliografía sobre la literatura de viajes es hoy en día muy extensa y plantea diferentes enfoques. Para Wolfzettel, «como género literario está basada en una estructura mítica o iniciática» (2005: 12). Se parte para ir al encuentro de lo Otro, se parte para abandonar una determinada situación, para dejar atrás un yo primitivo —asegura un tipo de crítica psicoanalítica— e ir al encuentro de una *vita nuova*, como presupone Scarpi en un libro sintomáticamente titulado *La fuga e il ritorno. Storia e mitologia del viaggio* (1992). Sin retorno no hay viaje, para que el viaje tenga sentido es necesario volver al punto de origen, como muy bien se muestra en la *Odisea*. Ulises vuelve a Ítaca, tras una transformación que, a menudo, implica un enriquecimiento personal, porque el viaje que definitivamente vale la pena no es otro que el realizado hacia el interior del yo, aunque el destino aparente sean otros lugares. Para Porter (1991), viajar es transgredir para ir al encuentro del Otro con la intención de apropiárselo. De esta manera ha sido interpretado el viaje de Jasón y los argonautas «como el pecado original por el que los hombres renuncian a la vida paradisiaca de la Edad de Oro» (Aínsa, 2004: 48), una transgresión que lleva implícita una recompensa, el vellocino, y que, precisamente por eso, no está exenta de peligros, castigos, penas y sufrimientos, como viaje iniciático que también es. El vellocino de oro funciona como referente de lo Otro buscado. Pero ese o eso otro pue-

de ser, como bien apunta Wolfzettel, «una dimensión ya perdida de lo propio, como lo presenciamos en el tipo de viajes por la patria» (2005: 14). Así cabe interpretar los realizados por Unamuno y Azorín por tierras españolas, entre las que se incluye Mallorca, en busca de los elementos de cohesión nacional identificables también en la geografía.

La búsqueda de ese o eso otro, aunque su dimensión arquetípica remita a un mismo objeto de deseo, ha variado a lo largo de la historia. Según las épocas y según los intereses de los viajeros, puede concretarse en elementos distintos: el vellocino, el grial, un determinado espacio, los Santos Lugares (Jerusalén), otros lugares santos (Santiago de Compostela), algunos utópicos (El Dorado). O centrarse en un interés científico, naturalista, botánico, como el perseguido, en general, por los viajeros de la Ilustración, que sienten poca curiosidad por España, debido a nuestro atraso y, claro está, a la leyenda negra (Freixa, 1993 y Ortas Durand, 2005). El objetivo del viaje puede obedecer también a intereses nacionales, como el espionaje, o particulares, como la necesidad de encontrar la codiciada pieza arqueológica, o la recuperación de la salud: los médicos recomendaban el viaje ya en el Renacimiento como medio para evitar la melancolía a quienes podían darse el lujo de coquetear con dama de tanta alcurnia, y lo siguieron —y siguen— haciendo como medida terapéutica. Es la necesidad de huir —*Fuir! là-bas fuir*—, de marchar a cualquier lugar con tal de que esté lejos o tenga por lo menos la apariencia de lejanía, como pedían los románticos, necesitados de la fascinación de lo diferente, lo genuino y lo pintoresco, a los que ya no importaba constatar los datos objetivos, contrariamente a lo que solían hacer los viajeros dieciochescos, como provechoso método intelect-

tual. Los románticos, además, trataban de adecuar la realidad vista a la realidad soñada. Eso explica la proliferación de tantas inexactitudes propiciadas por los ojos de la imaginación, cuya visión, a menudo deformada, alcanzará categoría de tópico, como ocurre con la visión de España en la mayoría de los libros de los viajeros franceses, caricaturizados con mucha gracia por Mesonero Romanos.⁹

Baudelaire, cuya obra inaugura la modernidad, pero en cuyo cañamazo hay tantos hilos de procedencia romántica, se referirá a los viajeros que parten por partir (*qui partent pour partir*, «Le voyage», *Les fleurs du mal*, VI), aquellos para quienes el hecho de viajar constituye la finalidad del viaje, una experiencia que a la vez se inscribe en los límites de lo sagrado y, en consecuencia, conecta con el misterio y el arcano.

Es de todos sabido que el Romanticismo y los valores románticos proyectan su larga sombra más allá de la primera mitad del siglo XIX y por eso muchos viajeros, en el decimonónico fin de siglo, siguen huyendo en busca de un objeto de deseo que solo existe en su imaginación y es, en consecuencia, inalcanzable. Elizabeth, la inadaptada emperatriz de Austria, la Sisí del celuloide y los *mass media*, invitada a Mallorca por el archiduque Luis Salvador de Habsburgo para que conozca su particular paraíso de Miramar, se resiste a los ruegos de su primo, que tanto le pondera Mallorca: «Si voy —parece que le escribió—, ya no me gustará Corfú», la mágica isla griega en la que se había hecho construir un palacio de mármol, cuyos jardines llegaban hasta el mar. El Aquileón, bautizado así en homenaje a Aquiles, símbolo, en opinión de la emperatriz, del alma griega y de la belleza masculina, donde se refugiaba y leía la *Odisea*. La insistencia de Luis Salvador, que tanto le recuerda

a Luis de Baviera, su primo favorito, la lleva, por fin, a visitar Mallorca. Llega en 1892 para pasar unos pocos días y regresa al año siguiente, en enero, a bordo de su yate Miramar, que lleva el mismo nombre que el palacio de los Habsburgo en Trieste y que la *possessió* mallorquina que se ha comprado el archiduque (March, 1983: 253-263).

La emperatriz es huésped de Luis Salvador en su finca de Son Moragues; contempla las puestas de sol inenarrables y los infinitos azules cambiantes del mar desde Sa Estaca, junto a Catalina Homar, la joven campesina, amante del archiduque. Años más tarde, tras la muerte de ambas, Luis Salvador habrá de evocarlas juntas en una prosa lírica, mitificando la escena hasta la sacralización:

El sol bajaba en el horizonte, el mar brillaba como el oro y envolvía a las dos figuras femeninas en una aureola de gloria. Fue como una transfiguración. Nadie hubiese sospechado en aquel momento que esa claridad terrena se convirtiera para ambas, al cabo de pocos años, en una luz celestial (2000: 52).¹⁰

Al despedirse, Elizabeth le dijo a su primo algo tan exacto como románticamente desolado: «Ha sido muy bonito, aunque muchas veces nuestros sueños son infinitamente más hermosos si no los realizamos» (March, 1983: 260). La Mallorca soñada era sin duda distinta, la empedernida viajera, la emperatriz errante, sigue sin encontrar un territorio que se ajuste al objeto del deseo, que se acople a las imágenes fabricadas por sus sueños, por eso también Mallorca se configura como una desilusión.

No cabe duda de que en la literatura de viajes el proceso de la otredad es fundamental. El encuentro con el otro, su

descubrimiento, se convierte en uno de los aspectos determinantes del género. De ese descubrimiento depende también el autodescubrimiento. El yo del viajero se redefine gracias al otro, por medio de lo desconocido y de lo ajeno. Así ocurre con Oriente, que, entre 1750 y 1870, ocupa un papel fundamental en la literatura de viajes (Almarcegui, 2005: 111). El mundo oriental, del que se considera que participa España, fascina por cuanto representa de ruptura con lo acostumbrado y cotidiano a la vez que ofrece la posibilidad de imaginar sin cortapisas lo desconocido. Mucho del interés de los viajeros románticos por nuestro país hay que buscarlo en la visión de esa España africana, puesto que «África empieza en los Pirineos», según frase mal atribuida a Dumas¹¹ y convertida en tópico que habría de hacer fortuna. Poco importaba que, como en el caso de Mallorca, ese orientalismo de los monumentos no existiera, no hubiera «mezquitas en ruinas», como asegura Chopin en una carta a Julio Fontana,¹² que, según Piferrer, la visión de la bahía no armonizara «con el carácter oriental del conjunto»;¹³ que el perfil de la ciudad, al contrario de lo que escribe Vuillier,¹⁴ fuera gótico y no oriental; que el castillo de Bellver nada tuviera de morisco por más que Dembowski¹⁵ así lo clasificara; o que las murallas de Alcudia, mandadas construir por Jaime II en el siglo XIII, no predispusieran precisamente «a las doradas visiones de ensueños orientales de magnificencia y esplendor», según advierte Wood¹⁶ si a los ojos de la imaginación Mallorca se percibe africana. Tal vez por eso Salaverría, en su *Viaje a Mallorca* (1933), al visitar la finca de Raixa, «marcada por el sello barroco», se referirá «al entusiasmo sarraceno con que algunos llegan a creer que una simple alberca, muy linda y recubierta de bóveda, es un resto de los “Baños de la Sultana”». ¹⁷ Esa

constante marca moruna va a ser difícil de eliminar de la visión de los viajeros románticos franceses,¹⁸ que, cuando miran a España, consideran que, por un error geológico, nuestro país permanecía unido a los Pirineos y no a la cordillera del Atlas, mucho más afín.¹⁹ Las Baleares, a medio camino entre Europa y África, podían ser consideradas excrecencias del continente africano o, de manera más poética, flores de tierra surgidas de repente en medio de las olas, quién sabe si un resto de aquellas fabulosas islas móviles que ya mencionan los antiguos y difunden las leyendas medievales (Bénat Tachot, 2001: 69-76). Sea como fuere, la inmensa mayoría de los viajeros, incluidos los españoles que llegan a Mallorca durante el siglo XIX, destacan esa presunta africanidad balear.

Tendremos que llegar al siglo XX para que esa referencia a la España moruna, de la que Mallorca forma parte, heredada de la visión de los viajeros franceses, vaya desapareciendo de las páginas de los libros de viaje. Y eso ocurre por dos motivos: en primer lugar, porque la lectura de los textos de los viajeros románticos franceses ya no es un referente fundamental, en especial entre los viajeros ingleses, españoles e hispanoamericanos que llegan a Mallorca a principios del siglo XX; y, en segundo lugar, porque se tiende a observar de manera directa la realidad insular con una mirada liberada de los estereotipados orientalismos que la fantasía romántica comporta, ya que la simple visión de una palmera permitiría asociar de inmediato el paisaje isleño a África, como le ocurre a Cortada en su *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*.²⁰ Incluso se da el caso de que Laurens, al traducir al francés los versos de Goethe de la famosa «Balada de Mignon», que le impulsan a ir a Mallorca, sustituye «el mirto y el laurel que crecen entrelazados» por «la palmera que se

eleva orgullosa»,²¹ un elemento más para el señuelo falaz de Oriente. Las nuevas corrientes positivistas europeas, aunque no podrán borrar por completo visiones tan arraigadas, sí inducirán a los viajeros a mirar de manera menos mediatizada y muchísimo más directa, más ajustada a la realidad, aunque con excepciones como la de Francis de Miomandre, en cuyo libro, *Mallorca*, publicado en 1933 en francés y traducido al castellano en 1934, asegura que «sin saber por qué», al desembarcar en Palma, «se tiene la impresión de estar muy lejos de Europa, quizá en África», y solo el sabor de la ensaimada, «tan docta a la par que rústica, contradice esa impresión y, a la vez, la confirma» (1934: 166).

Por otro lado, no debemos olvidar que, en la segunda mitad del XIX, el triunfo de la revolución industrial en Inglaterra habría de fomentar también el rechazo de un mundo mecanizado por parte de muchos artistas, como puede observarse en los textos de los prerrafaelitas. De ahí también el anhelo de huida a lugares donde los hombres vivan de acuerdo con la naturaleza, en un paisaje incontaminado, adonde no haya llegado la industrialización, como ocurre con Mallorca, que, por esa época, fue reclamo de algunos de los más importantes paisajistas, con Rusiñol a la cabeza entre los españoles y Degouve de Nucques entre los extranjeros (Trenc, 2001: 184).

La penetración del positivismo europeo, aliado en nuestro país con las corrientes institucionistas y quizá más concretamente con la labor de Giner de los Ríos²², como gran estimulador de la pedagogía del viaje (Ortega Cantero, 1988), va a cambiar en parte los intereses de los viajeros españoles y la finalidad de sus textos, que, a menudo, podemos considerar también didáctica. La necesidad de conocer «el cuerpo físico

del país» lleva al redescubrimiento del propio paisaje, desde presupuestos intrahistóricos que Unamuno comparte en buena medida con Azorín.²³ La búsqueda del alma española no tendrá sentido sin ir al encuentro del cuerpo o, dicho de otro modo, de la geografía de su territorio, también del insular, naturalmente, entendido como una proyección del sentimiento nacional, un elemento más de la necesaria cohesión que España necesita para regenerarse y encarar el futuro, especialmente tras el desastre del 98. Los textos que sobre su experiencia viajera nos dejaron diversos autores españoles, de Giner a Galdós, de Unamuno a Azorín, podemos entenderlos como fruto de un *viaje de comunión* (Mainer, 2004: 184) que, distinto del viaje de *iniciación*, no implica descubrimiento de lo desconocido, sino ratificación de lo ya conocido, de lo visto, pero no suficientemente mirado. Pese a ello, las páginas de Azorín y Unamuno sobre Mallorca, aunque exentas de referencias orientalizantes, no podrán sustraerse a la glosa de una serie de tópicos que el viaje a la isla comporta. En el caso de Azorín —que visitó Mallorca en el verano de 1906, con el pretexto único y exclusivo de entrevistarse con don Antonio Maura, y que dejó constancia de su viaje en seis artículos²⁴—, la percepción que nos ofrece de Palma me parece la misma que domina en muchas páginas de *Los pueblos. Ensayo sobre la vida provinciana* (1905), la del tiempo detenido. Con su estilo impresionista, fina ironía y uso del diálogo, las escasas páginas mallorquinas de Azorín introducen, a mi parecer, un punto de vista nuevo: la del viajero de la modernidad, la del que trata de captar lo que hay de eterno en lo fugitivo, porque a la postre —con Baudelaire y con Manuel Machado— lo precioso es el instante que se va.

UN JUEGO DE ESPEJOS

Los textos de los viajeros que escogieron Mallorca como parte o meta de su viaje permiten constatar la importancia que para la identidad propia cobra la otredad descubierta, a la vez que su lectura propicia a la larga el fenómeno inverso: los mallorquines se miran en el espejo que les proporciona la mirada textualizada de los viajeros para tratar de reconocerse. En la imagen que estos ofrecen va a ir conformándose la identidad de los autóctonos, como ha apuntado con perspicacia Guillem Frontera (2009), ellos fueron el espejo donde aprendimos a mirarnos. Su punto de vista foráneo ayudó a enfocar desde otra perspectiva la realidad (Tugores, 2007/2008: 27) e incluso a veces permitió que fuera observada por primera vez y otras contemplada desde un ángulo distinto. Así, por ejemplo, a Jovellanos, viajero forzado, puesto que llegó a Mallorca desterrado en 1801 y permaneció en la isla hasta 1808, debemos la valoración de nuestros principales monumentos. Tugores Truyol ha señalado con acierto que Jovellanos inaugura las descripciones específicas del patrimonio de las islas: «La seva obra marca la transició entre l'Il·lustració —amb la qual combrega plenament— i el Romanticisme, iniciant la valoració de l'estil gòtic sense complexos» (2011: 77).²⁵ Además de ser el primero en acercarse al pasado medieval desde la historiografía (Cantarellas, 1981).

Los mallorquines descubrieron en las obras de Jovellanos el valor de sus monumentos. La mirada autóctona sobre la lonja, la catedral, los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, el ayuntamiento o la cartuja de Valldemosa y, por descontado, el castillo de Bellver, será diferente a par-

tir de la lectura de las páginas que les dedicó Jovellanos.²⁶ A su juicio, el castillo, la catedral y la lonja son:

tres edificios que pueden ser contados entre los mejores de la media edad que posee España, y en los cuales admira Mallorca reunidas todas las bellezas que la arquitectura ultramarina consagró a la religión, a la seguridad y a la policía pública de su capital (2013: 213).

Es precisamente el interés de Jovellanos por el gótico mallorquín, despreciado por André Grasset de Saint-Sauveur,²⁷ residente en Mallorca como cónsul francés por aquellos mismos años, una afinidad que establecerán con él los viajeros románticos que visiten Mallorca a partir de 1837, cuando la comunicación entre Barcelona y Palma funcione de manera regular. Así, el pintor José Buenaventura Laurens,²⁸ que viaja a la isla en 1839, o el grabador Francisco Parcerisa y el escritor Pablo Piferrer, que, en 1841, la recorren con la intención de incluir a Mallorca en el volumen de *Recuerdos y bellezas de España* que aparecerá en 1842.²⁹ Interesados, como exponentes de la época romántica, por los vestigios medievales, sus ojos habrán de valorar de manera positiva los restos de ese pasado, a la vez que, siguiendo el ejemplo de Jovellanos, describirán de manera pormenorizada los principales monumentos. Consecuencia de la mirada foránea de Piferrer será la investigación que el historiador mallorquín José M.^a Quadrado emprenderá para complementar, tras la muerte del escritor catalán, el texto de su antecesor, que reedita bajo el título *España. Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Islas Baleares* en 1888.

La desamortización de Mendizábal en 1835, que puso al alcance de los coleccionistas verdaderos tesoros procedentes

de iglesias y conventos, sirvió de estímulo para viajar a la isla. No en vano Juan Cortada, en su *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*, advierte «de la riquísima pesquera» que supuso la mayor de las Baleares para los aficionados a las antigüedades y se da cuenta de que en «nuestra época para ser anticuario es menester viajar, y para viajar es preciso ser o cuando menos creerse anticuario» (Cortada, 2008: 124 y 150). Hoy pocos dudamos de que la reforma del ministro Mendizábal habría de resultar a la postre desastrosa para la conservación del patrimonio. En Palma propició que fueran demolidos dos de los conventos arquitectónicamente mejor cualificados, el de San Francisco de Paula en 1836 y el de Santo Domingo en 1837 (Ferrer Flórez, 2002). Para algunos viajeros como Cabanyes, este último superaba en belleza a la catedral. Y si hoy podemos saber cómo era el convento de Santo Domingo es, en gran parte, gracias a las cuidadosas descripciones de Jovellanos.³⁰ A su altura, en cuanto al interés monumental, solo hay otro personaje: el archiduque Luis Salvador de Habsburgo, en cuya magna obra *Die Balearen* se nos ofrecen muchos datos sobre los bienes patrimoniales (Tugores, 2007-2008: 140).

Pero no a todos los viajeros que llegaron a Mallorca a partir de 1837 les impulsaban los mismos motivos. Como asegura E. Schönherr (2009), a diferencia de los escritores y dibujantes franceses o ingleses que nos visitaron durante el siglo XIX, los alemanes llegados a las Baleares no eran artistas, sino científicos. El microcosmos de la isla, por sus especiales características, supone un extraordinario lugar para el descubrimiento de vestigios zoológicos, botánicos o espeleológicos. Algunos de los viajeros escriben tratados científicos sobre sus hallazgos que, aunque sin poder ser considerados libros de viaje, abren

nuevas vías para futuras investigaciones. En cambio otros, como H. A. Pagenestecher, profesor de Zoología de la Universidad de Heidelberg, al que acompañaba el químico Bunsen, combina la reseña del viaje con sus intereses de médico y zólogo. Su libro (*Die Insel Mallorca*, 1867) fue muy divulgado en Alemania y traducido al castellano de inmediato. A los científicos alemanes hay que unir otros colegas de distintas nacionalidades: suizos, como el ictiólogo François Etienne Delaroche (1809a: 98-122 y 1809b: 313-361), que llegó a Mallorca en 1809 comisionado por el Museo de Ciencias de París y pasó después un año en Formentera investigando sobre las especies de peces; franceses: el naturalista Jacques Cambessèdes, que visitó la isla en 1826 (1826: 5-37); el espeleólogo Édouard-Alfred Martel, descubridor en 1896 del lago de las cuevas de Manacor que lleva su nombre; ingleses: Charles Toll Bidwell, que permaneció en Mallorca al menos entre 1869 y 1876 o 1877 (Fiol Guiscafré, 1997: 9), cuyo libro, *The Balearic Islands*, aporta numerosas referencias para el desarrollo de la isla (Estada, 1877); o Dorothea Minola Bate, la intrépida espeleóloga, la más importante de su tiempo, que visitó Mallorca en 1909 y descubrió el fósil del *Myotragus Balearicus*, la cabra-rata, tal y como su nombre griego indica, que habitó Mallorca hace la friolera de unos 5000 años.

Otros científicos, como Paul Bouvy (*Ensayo de una descripción geológica de la isla de Mallorca*, 1867) u Odón de Buen, por citar solo dos ejemplos, impulsaron con sus aportaciones el desarrollo insular. El ingeniero holandés Paul Bouvy, con la desecación del Pla de Sant Jordi y la instalación de los molinos de viento, no solo contribuyó a la agricultura —y de paso a la exportación de una imagen del tipismo isleño de la que hoy los molinos forman todavía parte—, sino a la extir-

pación del paludismo, que causaba una abundante mortalidad entre la población. Odón de Buen, catedrático de Historia Natural de la Universidad de Barcelona, inició con su esfuerzo entusiasta un laboratorio de ciencias marinas, antecedente del hoy internacionalmente destacado Laboratorio Oceanográfico mallorquín.

En el terreno artístico, y más concretamente pictórico, no cabe duda de que los descubridores de la belleza del paisaje son los pintores llegados de fuera, desde Barcelona, como Santiago Rusiñol y Joaquim Mir, o desde París, donde Anglada Camarasa tiene abierto taller al que acude un nutrido grupo de artistas argentinos, que, por indicación suya, van a Mallorca. Anglada,³¹ que conoce la isla gracias a que otro pintor catalán-argentino, Bernareggi, se la ha descrito a sus discípulos como un «edén». Los paisajes mallorquines que pintan Rusiñol, también su amigo Joaquim Mir y el grupo de discípulos de Anglada que se instalarán en Pollensa, Gregorio López Naguil, Roberto Ramaugé y, en especial, Cittadini, que fue el primero en llegar a Mallorca,³² todos conocidos después como pertenecientes a la «Escuela de Pollensa», mostrarán a los mallorquines sus propios paisajes. Algo de eso ya señaló Gabriel Alomar (1902a; 1902b; y 1902c) con respecto a Rusiñol (Casacuberta, 1999: 18). También Miguel dels Sants Oliver observa, en *La Ciutat de Mallorca*, que de los cuadros de Degouve, Rusiñol y Mir surge una Mallorca «abans inèdita, que s'ignorava a si mateixa en el somni misterios de la *Belle au bois dormante*» (1987: 45).³³

En cuanto a los escritores que visitaron Mallorca, no cabe duda de que, en el espejo deformado y, en consecuencia, caricaturesco de George Sand, los mallorquines percibieron una imagen sumamente desagradable, que no les podía satisfacer.

Sand no tenía razón, aunque sí sus razones, para tratar tan duramente a los autóctonos, pero, a la vez, su percepción del atraso y de la necesidad de establecer una industria de viajeros —con transportes y alojamientos dignos— es la misma por la que claman otros (Cabanyes, Cortada o Wood), un aspecto que tendrán en cuenta los isleños, tras verse reflejados en ese espejo de carencias. Para comprobarlo, pueden consultarse los artículos de Miquel dels Sants Oliver, que entre agosto y septiembre de 1880 difunde en el periódico mallorquín *La Almudaina*, bajo el título común «Desde la terraza, páginas veraniegas», recogidos después en el volumen *Cosecha periodística* (1891: 35-109), en los que insiste en la necesidad de establecer mejores comunicaciones marítimas y modernos alojamientos (Serra i Busquets & Company i Mata, 2000: 70-71). El inquieto periodista mallorquín se adelantaba a otro mallorquín inquieto, Bartolomé Amengual, que publica una obra de referencia, *La industria de forasteros*, en 1903. Las posibilidades turísticas de la isla señaladas por todos los viajeros, comenzando por Sand, habían sido finalmente bien leídas por un grupo de isleños emprendedores.

La llegada de Rubén Darío a Mallorca genera bibliografía mucho más amplia que la de ningún otro escritor visitante. Ya advirtieron Oliver Belmás (1960: 346-368 y 377-393), Macaya (1967: 490-505) y, más adelante, Fernández Ripoll (2002) lo que Mallorca supone para Darío. Menos se ha escrito, como es natural, acerca de lo que Darío supone para Mallorca. Uno de los pocos en señalar el impacto de la presencia rubeniana fue Cristóbal Serra: «Pocas veces, en una sociedad como la mallorquina, escasamente inclinada por el entusiasmo artístico, se ha visto tanto fervor, tanta simpatía y, lo que es más difícil, tanta hermandad artística» (2002: 16).

En efecto, los escritores mallorquines —Alomar, Alcover— no solo homenajearon a Darío, sino que se miraron en sus textos, cuyos reflejos se perciben claramente en sus nuevas composiciones.

LAS ISLAS COMO MITO

No cabe duda de que en la tradición occidental uno de los topos más representativos es el insular: está presente en los relatos fundacionales de la literatura, es clave en las leyendas divulgadas en la Edad Media, como en la de Montsalvat, antecedente de la isla del Purgatorio de Dante, y el lugar elegido por la *Utopía* de Moro o la *Atlántida* de Bacon. Las islas emergen de nuevo en textos fundamentales de la literatura decimonónica, en Melville, en Stevenson o en Defoe, o se reescriben de otro modo en el siglo xx, como en el Macondo de García Márquez, «rodeado de agua por todas partes» (Aínsa, 2001: 17).

La insularidad ha constituido un espacio clave en el imaginario humano, ligado, en primer lugar, a una serie de referencias procedentes de la literatura clásica, que hoy tienden a mermar. No solo porque ha mermado la cultura humanística —y de qué modo—, sino porque los avances técnicos han hecho posible que las islas, incluso las más remotas, sean ya cercanas, contaminadas y abarrotadas de turistas, perdiendo así su magia y su misterio. Sin embargo, a esa magia y a ese misterio suelen aludir todavía los folletos turísticos cuando tratan de captar clientes para las Fiyi, Fuket, las Seychelles o las Maldivas, como últimos residuos —creo— de un motivo ancestral, hoy en trance de desaparecer o de banalizarse

en aras del consumismo turístico y la propaganda. Una profusión de imágenes ha suplantado a las palabras que durante siglos se refirieron a esos paraísos aislados, en los que la felicidad parece todavía al alcance de cualquiera que los visite y en los que se aúnan vestigios de la edad dorada y el *locus amoenus* arcádico. Por eso, desde los tiempos remotos en los que situamos a Ulises y a los argonautas hasta la primera mitad del siglo XX, los viajeros que llegaban a las islas, tal vez incluso sin saberlo, se preparaban para ir al encuentro del edén primigenio, deseosos de localizarlo entre los límites que los microcosmos isleños comportan, atentos a reconocer mojones, marcas y señales gracias a una imaginación bien dispuesta, que guía su mirada para observar y reconocer cualquier vestigio de esos escenarios ideales, que Horacio en el epodo XVI ubica, precisamente, en las islas.³⁴ Antes que él Hesíodo, el primero en señalar la existencia de «la dorada estirpe» o «raza de oro», que, ociosa, vivía de los frutos de la naturaleza sin envejecer,³⁵ se refiere, en el libro I de *Los trabajos y los días* (167-174), a una cuarta estirpe, que Zeus Crónida instala en los confines de la tierra. Allí viven «con un corazón exento de dolores, en las islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año dulces como la miel» (Hesíodo, 1990: 132).

En efecto, la isla como espacio cerrado y separado del continente por el mar que la abraza por entero se ha identificado con el ámbito paradisíaco destinado a los afortunados o bienaventurados, en consonancia con un tiempo y un lugar determinados: la época en que aún no habíamos sido expulsados del edén, que aparece tanto en las fuentes bíblicas como en otros textos paganos orientales y occidentales,

y que se relaciona con la Edad de Oro. Mito que constituye un referente fundamental en la cultura de Occidente, al que aluden diversos autores clásicos,³⁶ a la vez que un concepto psicológico-moral (Antelo, 1975: 81) estudiado por una amplísima bibliografía, desde diversos campos: religiosos, antropológicos o literarios (Bauzá, 1993). Vinculado con el anhelo de felicidad humana y la nostalgia de una época dichosa, tal y como recuerda don Quijote a los cabreros:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes

de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, capítulo XI).

El quijotesco discurso de la Edad de Oro —trufado de lugares comunes provenientes de la literatura clásica, que Cervantes conocía bien (Traver Vera, 2001: 82-95 y López Gregoris, 2005: 173-178)— olvida, no obstante, uno: el motivo de la navegación y, en consecuencia, del viaje como causa del desmoronamiento de aquella sociedad idílica, al que se refiere Tibulo cuando, en la elegía III del libro I, evoca la Edad de Oro:

Aún no había desafiado el pino las azuladas olas, ni había ofrecido a los vientos la vela desplegada, ni el marinero errante, que busca riquezas en tierras desconocidas, había colmado la nave de mercancías extranjeras. En aquella época, el fuerte toro no soportó el yugo, ni con su boca domada tascó el freno el caballo; ninguna casa tenía puertas, ni se hincaron mojones en los campos que señalaran las fincas con linderos precisos. Las mismas encinas destilaban miel y espontáneamente ofrecían a las gentes despreocupadas que se encontraban al paso sus ubres llenas las ovejas. No había ejército, ni disputas, ni guerras, ni el cruel artesano había forjado espadas con odioso oficio (1993: 283-284).³⁷

Cervantes, tal vez porque considera que «las grandes peregrinaciones hacen a los hombres discretos»,³⁸ como leemos en *El licenciado Vidriera*, excusa poner en boca de don Quijote el denuesto de «la perversa nave», a la que culpa Séneca, en *Medea*, de la pérdida de aquella edad dorada:

Las acertadas leyes de división del mundo
las llevó al caos un pino de Tesalia.
Hizo azotar el Ponto y que la mar,
que algo ajeno hasta entonces había sido,
entrara a formar parte de nuestros temores.
Sufrió graves castigos la perversa nave
al tener que ir pasando por terribles peligros,
cuando las dos montañas que sirven de barrera al abismo
lanzándose de súbito una contra la otra,
bramaron como un trueno
y el mar que fue aplastado entre las dos
salpicó hasta las mismas estrellas y las nubes (1979: 307).³⁹

Ovidio, en el libro I de las *Metamorfosis*, al tratar asimismo de esa época «santa», en la que gobernaba Saturno y los hombres ociosos se contentaban con los frutos que la naturaleza les ofrecía, señala que ninguna nave surcaba los mares:

La primera de todas se ha criado
la edad dorada santa que guardaba
sin ley ni rey lo justo de su grado.
La pena ausente, el miedo ausente estaba,
el pueblo sin edictos se regía,
que sin juez seguro se hallaba.
Nao ni galera entonces no se vía
ir por el mar, ni nadie entre mortales
otras que sus riberas conocía.
No había muros, trompas ni atabales,
ni para hacer trompetas se doblaban
pesados y durísimos metales.
Ni de arneses o espadas se adornaban

soldados, que sin ellas muy seguras
las gentes en blanco ocio se ocupaban.
Y sin romperla, las entrañas puras
arándose, la misma tierra daba
frutos y frutas dulces y maduras.
Cualquier con el manjar se contentaba
que sin cultivar podía tenerse,
porque la misma tierra lo criaba.
Quieren con zarzamoras mantenerse,
con silvestres cerezas y otras tales,
que sin se desear podían haberse.
Sustentábanse a veces los mortales
con bellotas, ajenos de dolores,
de penas, de pasiones y de males.
Había verano eterno cuyas flores,
nacidas sin simiente, regalaba
Favonio con sus soplos y frescores.
La tierra sin ararse se mostraba
de mieses canas llena de contino,
aunque nunca jamás se barbechaba.
De néctar y de leche río divino
aquí y allí corría, destilaba
la roja y dulce miel de encina o pino (1990: 7).⁴⁰

Virgilio, en el libro I de las *Geórgicas*, también recoge que la pérdida del paraíso coincide con el momento en que los ríos «sienten por primera vez los troncos»:

Antes de Júpiter ningún labrador cultivaba la tierra, ni era lícito tampoco amojonar ni dividir un campo por linderos; disfrutaban en común la tierra y esta producía por sí misma de todo

con más liberalidad sin pedirlo nadie. Él fue quien puso la ponzoña venenosa en las negras serpientes y ordenó a los lobos hacer presa y a removerse el mar y sacudió la miel de las hojas y ocultó el fuego y secó los arroyos de vino, que corría por doquier, con el fin de que la necesidad, por el continuo ejercicio, originase poco a poco variedad de artes y en los surcos buscarse la planta del trigo e hiciese brotar de las venas del pedernal el escondido fuego. Entonces los ríos, por primera vez, sintieron sobre sí los troncos excavados del aliso, entonces el marinero redujo a número los astros y les dio los nombres de Pléyades, Híades y la brillante Osa, hija de Licaón (1990: 265-266).⁴¹

Conviene, pues, algunos clásicos en que, a partir del momento en que la «perversa nave» surque las olas desafiando los mares hacia tierras ignoradas, el equilibrio del mundo basado en el aislamiento se romperá, porque los viajeros pondrán en contacto mundos desconocidos entre sí (Aínsa, 2004: 47). La dichosa edad y los siglos dichosos de los que habla don Quijote dejan de serlo cuando se transgreden los límites que preservan el espacio propio y se sale de él, en un impulso de extralimitación y de búsqueda que implica el viaje. La curiosidad y la ambición traen aparejados tanto la pérdida del paraíso terrenal bíblico como la de la Edad de Oro y de las seguridades que ambos comportan y, a la vez, conllevan la infinita nostalgia por ese lugar primigenio perdido, cuya característica principal consiste en su asilamiento. Es quizá esa nostalgia la que impulsa al viajero en su viaje de vuelta al espacio insular, paradójicamente, gracias a la navegación que antes motivó su pérdida.

En la literatura clásica las islas solían ser consideradas espacios maravillosos en los que podían ocurrir prodigios ex-

traordinarios, aunque en algún caso, y como excepción, impliquen un castigo. En efecto, al parecer, a la *relegatio ad insulam* eran condenados los senadores romanos que, como algunos sinvergüenzas actuales, abusando de los poderes de sus cargos, hicieron de la estafa y el fraude una forma de vida. Aislados del resto de ciudadanos, no tendrían manera de conspirar ni de ejercer la corrupción ni de dedicarse a negocios poco honestos, y su castigo habría de servir de ejemplo para todos, en especial para quienes estuvieran tentados de seguir sus pasos. En un texto del siglo IV, *De rebus bellicis*, su anónimo autor propone, como solución para los males que Roma sufre a consecuencia del fraude monetario, confinar en una isla a los defraudadores, con una doble intención: evitar el contacto con sus conciudadanos y el posible contagio de sus malas prácticas y, a la vez, no darles ocasión para continuar con ellas, ya que su aislamiento las convertiría en imposibles. Pese a que Álvaro Sánchez-Ostiz (2003: 390) opina que las referencias a la *relegatio ad insulam* pueden ser consideradas un tópico retórico, no es menos cierto que incluso las Baleares fueron utilizadas como lugar de destierro, al menos durante la época imperial romana. Hasta nosotros han llegado los nombres de algunos de los desterrados a Mallorca (Font Jaume, 1991: 139), como Vocieno Montano, orador narbonense relegado por Tiberio; Suilo Rufo, que, según Tácito, soportó el destierro la mar de bien y llevó vida de abundancia y molicie, o Asinio Galo, condenado por Claudio, acusado de conspirar en su contra.

La marginación insular, que Sánchez-Ostiz (2003) relaciona con las características arquetípicas de las islas, ya que el aislamiento impide la corrupción, también fue impuesta en tiempos mucho más cercanos a nosotros. Baste recordar el

destierro de Napoleón a Santa Elena, la confinación de Jovellanos en Mallorca, la de Unamuno en Fuerteventura o la de disidentes franquistas desterrados por el dictador a las Canarias.⁴² Sin olvidar que los vencedores tienen tendencia a concentrar en espacios isleños a las tropas enemigas hechas prisioneras, como ocurrió en la guerra de la Independencia con los franceses abandonados a su suerte en Cabrera y, a finales del siglo XX y principios del XXI, con la prisión norteamericana de Guantánamo en la isla de Cuba. Sin embargo, hecha esta salvedad y la del *topos* de la isla maldita,⁴³ opuesta a la isla bienaventurada, el imaginario de las islas implica todo lo contrario al sufrimiento o a las penalidades. Y cabe considerar incluso que, para algunos —pienso en Jovellanos, aislado en Valldemosa, primero, y después en Bellver, o en Unamuno, desterrado en Fuerteventura—, el sufrimiento y las penalidades se sobrellevan y hasta se olvidan en el momento en que el espacio maravilloso en el que habitan los castigados ejerce en sus sensibilidades una fascinación particular. Así parece ocurrir con Jovellanos, tal y como recoge la descripción de Palma, vista desde el castillo de Bellver:

De cualquier parte que se mire la escena en que fue colocada la ciudad de Palma, aparecerá muy bella y agradable: pero observada desde aquí se presenta sobremanera magnífica [...], su riqueza y sus gracias se ofrecen a los ojos con más claridad [...]. Así es que solo de este punto, que abraza la varia muchedumbre y armonía de sus partes, se puede gozar el admirable efecto que produce el todo [...], la insigne ciudad de Palma [...] se alza orgullosa para completar y ennoblecer el magnífico quadro [*sic*] que reúne quanto hai [*sic*] de más bello en la naturaleza, hermoseedo por el arte (2013: 186).⁴⁴

El hecho de que las islas estuvieran en general alejadas de los puertos conocidos y, en consecuencia, fueran de difícil o complicado acceso para la mayoría de mortales, las convertía en el marco de relatos fabulosos, a los que cabía unir elementos procedentes de la descripción de espacios utópicos —el jardín del Edén, el de las Hespérides, el *locus amoenus* o la Arcadia feliz— en combinación con la no menos utópica edad dorada, que tal vez se había prolongado en el tiempo porque transcurría en espacios acotados por el mar, que los limitaba y preservaba. En alguna ocasión, como escribirá Santiago Rusiñol en sus crónicas viajeras «Desde una isla» (1893), lo que se busca es una isla que no esté «rodeada de mar por todas partes», «una isla sin molestia de agua». Pero en esa quimera imposible reside precisamente el deseo del artista: la isla es un espacio simbólico, un lugar situado fuera de las coordenadas espaciotemporales, un lugar de sosiego y de encuentro con uno mismo, y eso lo descubre Rusiñol en los jardines de Raixa, en una isla dentro de la isla (Casacuberta: 1999). La otra isla, la real, tiene el inconveniente «del anillo de agua», «del terrible mar», el gran espacio funerario que la rodea y envuelve. Las islas pueden ser consideradas, por otro lado, estrellas del mar y forman archipiélagos como si fueran constelaciones marítimas, réplicas del cielo que orientan a los navegantes (Bénat Tachot, 2001).

El concepto *isla* es ambigüamente plurisignificativo y conlleva, además, una simbología común a muchas culturas, que el esoterismo ha hecho suya. La isla esencial de los hindúes, dorada y redonda, puede ser entendida como un mandala —un lugar de concentración espiritual—, no en vano las islas se asocian a las nociones centrales de templo

o santuario y de fusión con la naturaleza, e incluso con una primigenia *imago mundi*. También la psicología analítica jungiana se refiere a la isla como una síntesis de conciencia y voluntad frente a la amenaza del mar del inconsciente, un lugar que sirve de refugio y de reposo.

La dimensión representativa de la isla aúna la influencia de Oriente y Occidente por vía simbólica, mítica y utópica. La visión insular que nos proporcionan los textos hindúes se superpone a la que nos ofrecen los que provienen de la literatura griega. De este conglomerado surge, por ejemplo, el concepto de la «isla de oro» en la obra de Rubén Darío, construida con materiales de despiece de ambas tradiciones, aunque me parece que, pese a la predilección de Darío por las doctrinas hindúes, propagadas por el esoterismo, le subyuga mucho más la sacralidad de las islas griegas. En estas nacen algunos de los principales dioses de la mitología: Zeus en Creta, Apolo y Artemisa en Delos, y, a pesar de que Afrodita emerge de la espuma del mar, al caer los genitales de Urano a las aguas del Mediterráneo, las islas de Citera, primero, y de Chipre, después, están ligadas a su culto. Poseidón reinó en la desaparecida Atlántida, de la que nos ofrecen datos dos diálogos platónicos, el *Timeo* y su continuación, el inconcluso *Critias*. Al parecer, era mayor que Libia y Asia juntas (Platón, 1992: 167). Situada frente a las columnas de Hércules, deviene un espacio utópico a partir del Renacimiento. Alfonso Reyes, en «El presagio de América», llegará a considerar incluso que esa mítica Atlántida contribuye al descubrimiento de América y afirma con bellas palabras: «solicitada ya por todos los rumbos, comienza antes de ser un hecho comprobado a ser un presentimiento a la vez científico y poético» (1960: t. XI: 29). No hace falta

recordar que Colón, al desembarcar en las Antillas, piensa que ha descubierto las «Islas Orientales» porque hacia ellas dirigía sus naves, ni hasta qué punto trata de ajustar la realidad encontrada a la que él trajinaba en su cabeza (Gil, 1992: 22). Son los modelos literarios de las ficciones, arraigadas en la mentalidad de las gentes, los que facilitan a quienes se enfrentan por primera vez con los nuevos espacios una mayor y mejor posibilidad de adaptación. A menudo los relatos de los viajeros se acomodan, más que a la descripción del espacio encontrado, al espacio que imaginaban encontrar.

La ficción literaria desempeñó un papel fundamental también en el momento de nombrar los territorios conquistados. Así ocurre, por ejemplo, con las islas de Lanzarote, bautizada en honor del famoso *Lancelot du Lac*, y de Fuerteventura, que alude a pasajes de las novelas de caballerías, lectura usual en la época de los conquistadores de las islas Canarias, que serían conocidas con el nombre de Islas Afortunadas en homenaje a las *Fortunatae Insulae*, de tanta raigambre clásica. E igualmente ocurrirá con los nombres dados a los nuevos territorios encontrados en América: California o Miraflores no son arbitrarios. El primero corresponde a la reina de las míticas amazonas y el segundo procede del palacio de Oriana, la amada de Amadís de Gaula. La visión de las islas reales va a ser claramente mediatizada por la de las ínsulas de la ficción. Todavía hoy todos tenemos presentes, por lo menos, dos: la que don Quijote promete a Sancho y las «ínsulas extrañas» del bellissimo *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, que dará título al poemario del peruano Emilio Adolfo Westphalen aparecido en 1933.⁴⁵

EN LA ISLA DE ORO

Las islas son esenciales en la *Odisea*. El mar de Ulises es un mar de islas y sus aventuras ayudan a configurar el concepto mítico que subyace tras ellas. Homero es el primer *po-seur d'îles*, además del promotor del conocimiento geográfico (Bénat Tachot, 2001: 83). Entre todas las islas que pueblan el relato homérico es la Esqueria de los feacios la que cobra una importancia mayor en aras del desenlace de las peripecias: Ulises encuentra a Nausica, cuenta sus aventuras, lo que le convierte también en el primer viajero narrador de su propia peripecia, y, tras desvelar su verdadera identidad, puede por fin regresar a Ítaca. Esa Esqueria ideal, cuyo suelo feraz ofrece a sus hospitalarios habitantes la posibilidad de vivir de los frutos que una naturaleza ubérrima les regala, deviene arquetípica.

Pero ni siquiera es necesario haber leído a Homero para perpetuar las referencias utópicas que la insularidad comporta; basta asomarse a textos más modernos, como *Salambó*, tal y como hace Rusiñol cuando, al iniciar el primer artículo sobre su viaje a Mallorca, publicado en *La Vanguardia* (16/03/1893), recuerda hasta qué punto le ha motivado para buscar una isla el fragmento en el que Matho asegura: «Yo sé de una isla cubierta de polvo de oro, de pájaros y de ventura, repleta de belleza, de flores, de frutos que no hay que cultivar y cuyo aire suave impide que llegue hasta allí la muerte» («El viaje», 1999: 33). El pintor catalán dirá adiós a Mallorca, tras dos meses de permanencia, entre marzo y mayo de 1893, en un último artículo (*La Vanguardia*, 13/05/1893), en el que escribirá que finalmente ha comprendido el significado de la palabra *isla* y es capaz de figurársela:

pequeña [...], íntima, risueña como un huerto en eterna primavera, tranquila como un oasis, en vez de mar la creí rodeada de silencio, de un silencio sordísimo que no dejaba llegar las voces embriagadas de aquellos pobres continentes [...] y me imaginé dormido en una hamaca de flores, viviendo del aire del cielo y libre de perfidias y maldades de los hombres («Despedida», 1999: 67).

El arquetipo isleño deja sin duda su huella en estas prosas líricas, en las que consueñan las viejas referencias del tópico de la Edad de Oro.

Antes de que Rusiñol leyera *Salambó*, José Buenaventura Laurens, igualmente pintor y escritor, además de músico, cuenta que, «ojeando casualmente un cuaderno de esos *lieder* tan soñadores y tan melancólicos de Beethoven», ha encontrado el célebre «Canto de Mignon» de Goethe: «¿Conoces la tierra donde florecen los limoneros / ¿Donde maduran los frutos de oro de los naranjos? / En el aire de fuego languidece el mirto verde, / Y la palmera se eleva, alta y orgullosa» (Laurens, 2006: 26). Los versos de Goethe, de los que ya he tratado, funcionan como reclamo y, aunque no se refieran a un lugar concreto ni mencionen isla alguna, Laurens los considera premonitorios —«la isla de los frutos de oro se me apareció con el aspecto más brillante» (2006: 26)— y motivan, en gran parte, su viaje a Mallorca.

La isla sí había sido calificada de «dorada» por Grasset de Saint-Sauveur (1952: 52), a causa de los bosques de naranjos olorosos, en su libro *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses, dans les années 1801, 1802, 1803, 1804, 1805* (1807), que Laurens había leído y del que lo toma seguramente Sand: «Mallorca, llamada por los antiguos la Isla Dorada, es

extremadamente fértil y sus productos son de calidad exquisita» (1932: 14).

Pero habría de ser Rubén Darío, que viajó a Mallorca en dos ocasiones, la primera en noviembre de 1906⁴⁶ y la segunda en 1913⁴⁷, quien, a sabiendas o no de esos antecedentes, se encargara de difundir la apelación «isla de oro» en unas notas de su primera estancia mallorquina, que, en forma de artículos, fueron apareciendo en el periódico *La Nación*⁴⁸ y, más tarde, durante su segunda estancia, en *El oro de Mallorca*, una autobiografía novelada inconclusa que toma muchos aspectos de *La isla de oro*, variándolos solo en parte. ¿Por qué tanta insistencia? Es cierto que Darío alude en su obra muy a menudo al oro, no solo como referencia al metal precioso que implica valores positivos, sino al conjunto de elementos esotéricos con que la tradición hermética le ha dotado, y también al concepto de isla, como espacio simbólico primordial, firme frente a las embestidas del mar y estable frente a las inestables corrientes, olas o mareas oceánicas, tal y como la crítica ha venido poniendo de manifiesto (Marasso, 1926; Skyrme, 1975; Jade, 1983).

Rubén Darío, como otros poetas modernistas, se interesó mucho por el esoterismo; en ese sentido, creo que no es por casualidad que los títulos de los dos textos sobre Mallorca aúnen la isla y el oro, dos conceptos ligados a la tradición hermética. *La isla de oro* y *El oro de Mallorca* pertenecen, sin duda, a un género híbrido que mezcla crónica y autobiografía e, igual que ocurre con la literatura de viajes, se nutren de numerosos elementos intertextuales propios y ajenos, a veces avecinados con el plagio.⁴⁹

El hecho de que no sepamos si Darío terminó sus dos relatos mallorquines y, si los terminó, podamos dar con la par-

te desconocida no nos permite consolidar la hipótesis de que su interés por unir ambos conceptos simbólicos, oro e isla, tuviera que ver con el deseo de que la estancia en Mallorca supusiera tanto para el protagonista sin nombre de *La isla de oro* como para el músico Benjamín Itaspes, personaje principal de *El oro de Mallorca*, la curación de sus males físicos y su salvación anímica. Solo en el espacio sacral que la isla comporta, el dios Apolo podría derramar su oro sobre ambos y propiciar una total regeneración del cuerpo y del espíritu. Darío, cuyo sincretismo religioso se evidencia en su obra, busca también en la fe de su infancia el remedio y eso confirma su necesidad, durante las semanas pasadas en Valldemosa, de confesarse y, a su vez, justifica que el hábito de cartujo,⁵⁰ que viste durante unas horas, no sea un mero disfraz, ni mucho menos «una manera irrespetuosa en la tierra sagrada de Raimundo Lulio, *pour épater le bourgeois*», como supuso Salaverría (1928: 10).

La recurrencia de los títulos *La isla de oro* y *El oro de Mallorca* prueba, me parece, que el particular vellocino rubeniano se halla en una isla concreta encontrada por el poeta en un primer viaje, y a la que regresa por segunda vez con un tozudo deseo de renovación.

Ya en la primera línea de *La isla de oro* se menciona al «argonauta del inmortal ensueño» y se reproduce casi textualmente el inicio del «Coloquio de los centauros», interpretado como poema esotérico (Orringer, 2002 y Broek Chávez, 2006):

En la isla que detiene su esquife el argonauta
del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
de las eternas líras se escucha —isla de oro
en que el tritón elige su caracol sonoro

y la sirena blanca va a ver el sol— un día
se oye el tropel vibrante de fuerza y de armonía.
(*Prosas profanas y otros poemas*, 1952: 202).

Como puede observarse, es de estos versos de donde procede la prosificación del primer artículo sobre Mallorca, enviado al periódico *La Nación*:

He aquí la isla en que detiene su esquife el argonauta del inmortal ensueño. Es la isla de oro por la gracia del sol divino. Vestida de oro apolíneo la vieron los antiguos portadores de la cultura helénica y los navegantes de Fenicia que, adoradores de Hércules, le alzaron templos en tierras españolas; y que al llegar a esta prodigiosa región creyeron sin duda encontrarse en un lugar propicio a los dioses fecundos y vivificadores (Darío, 2001: 175-176).

La insistencia en el oro como atributo de Mallorca lleva a Darío a poner en boca de la interlocutora del protagonista literario, lady Perhaps, la siguiente afirmación: «En ninguna parte he visto mayor triunfo de la magnificencia solar y mayor derroche de oro, de oro del cielo, de oro homérico» (2001: 177). Y a reiterar, en los poemas⁵¹ y prosas escritos en Mallorca y sobre Mallorca, el binomio oro-sol que, incluso de tanto relumbrar, relumbra, alguna vez, en vano.

También Unamuno, que visitó Mallorca durante el verano de 1916⁵² y escribió sobre Mallorca cuatro artículos,⁵³ titula el primero de ellos «En la calma de Mallorca», en sintonía con Santiago Rusiñol, y el segundo, con un guiño a Darío, «En la isla dorada»; además, se refiere en numerosas ocasiones a la «isla de oro» como sinónimo de Mallorca. Los textos

mallorquines de Unamuno, sin variantes, pasarán a formar parte de *Andanzas y visiones españolas*. Casi parafraseando a Rubén Darío, aludirá don Miguel «al divino regalo de la visión de la isla de oro donde todo narra la gloria del Sol» o «al esplendor fulgurante» de la isla de oro (1929: 203), reiterando en sus descripciones paisajísticas, como no había hecho nunca hasta entonces, el término «oro».

También en la estela de Darío, Mario Verdaguer publicará, en 1926, *La isla de oro*, una novela de aprendizaje centrada en Miramar.⁵⁴ Y el apelativo se reiterará en otros títulos, «Mallorca, la isla de oro» de Alomar (1928)⁵⁵ o *Guía de la isla de oro* de Tous i Maroto (1933). E incluso dará pie a que se bautice como «Les Illes d'Or»⁵⁶ una colección literaria.

José María Salaverría, que llega a Mallorca por primera vez acompañado de Ricardo Baeza en 1928, año en que publica la experiencia de su viaje bajo el título de *Mallorca vista por José María Salaverría*,⁵⁷ escribe sobre la consolidación del tópico en el primer capítulo de su libro:

El mismo sobrenombre de «isla de oro» nos emociona como una promesa de maravillosas montañas doradas que han de alzarse a nuestros ojos. ¿Cómo es la luz de Mallorca? Y cada cual, según su poder ponderativo, hace un encomio diferente de esa luz inefable que envuelve a la isla (1928: 16).

No obstante, en el capítulo tercero, titulado precisamente «En la isla de oro», se desdice de sus anteriores afirmaciones:

ni el color general de la isla sugiere la idea de dorado, ni la luz tiene la energía y el fuego que pudieran justificar aquel áureo sobrenombre. Sin embargo no le va mal. Mallorca puede, con

justicia, llamarse la isla de oro, por la riqueza de sus campos, por la opulencia y la feliz diversidad de sus cultivos (1928: 19).⁵⁸

Y casi a reglón seguido, tras un viaje en tren por el interior, propone llamarla, en lugar de la «isla de oro», la «isla arbolada». Cuando Salaverría regrese a Mallorca en 1932 para ampliar el libro aparecido en 1928 con nuevos escritos y las reproducciones de unas bellísimas acuarelas de Erwing Hubert, dedicará el capítulo IV a «La isla arbolada».

EL IMAGINARIO INSULAR

Confesándolo abiertamente, como Laurens y Rusiñol, dándolo a entender como Darío, obviándolo como Unamuno o sin saberlo siquiera, los viajeros que llegan a Mallorca suelen traer consigo las características del viejo imaginario insular. Casi todos se refieren en sus textos a los tópicos que el mito de la isla comporta. Desde los que permanecen en Mallorca apenas dos semanas (Dembowski), menos de un mes (Laurens),⁵⁹ los que repiten estancia (Wood y Darío), los que van a ser visitantes asiduos (Rusiñol), hasta los que se quedan a vivir allí, como Robert Graves, se sienten subyugados por la belleza del paisaje, el clima agradable y la amabilidad de los lugareños, con su particular forma de vida, un aspecto este último del que, como es sabido, discrepa George Sand, sobre lo que me detendré más adelante.

Los términos con que Mallorca es calificada hacen referencia al paraíso de manera casi unánime, aunque el paraíso, como se asegura que le dijo Gertrude Stein a Robert Graves, pueda, a la postre, resultar insoportable.⁶⁰ Las alabanzas se repiten

una y otra vez, convirtiendo Mallorca en una isla rodeada por los mismos adjetivos encomiásticos, contorneada por parecidas citas literarias, principalmente en la época romántica y aún más adelante, puesto que los tópicos sobre el edén mallorquín traspasan el siglo XX y se adentran en él. En consonancia, el escritor Guillem Frontera ha titulado *Imatge del paradís* (1994) su libro sobre Mallorca, ya que el término paraíso o sus sinónimos —«isla elísea», la denomina West Gordon en *Un paseo por Mallorca* (1996: 27)— se reiteran en las descripciones paisajísticas hasta la saciedad. En el *Viaje en España* de Arturo Young, uno de los pocos viajeros del siglo XVIII que incluye Mallorca, aunque confiese hablar por referencias obtenidas en Barcelona y en Bayona de gentes fiables, asegura «que esta isla según todas las relaciones sería fácilmente transformada en paraíso» (García Mercadal, 1999, vol. VI: 334). Grasset de Saint-Sauveur, pese a que no hace referencia al tópico edénico de manera directa, al describir Mallorca, en el capítulo IV de su libro, no tiene empacho en atestiguar:

La Isla de Mallorca es, sin duda, una de las más favorecidas por la naturaleza. Su situación, tan ventajosa, entre los continentes de Europa y África, la temperatura de su clima y las cualidades de su suelo, aseguran la abundancia para las necesidades básicas de sus habitantes, fuente primera de felicidad (1952: 43).

Cortada es aún más categórico:

Yo creo que las Baleares son las verdaderas Hespérides, y si no lo son deberían haberlo sido, porque es imposible que en ninguno de los países, a los que puede referirse lo que de las Hespérides nos cuentan antiguos escritores, haya espontáneamente la

riqueza y la frondosidad que en esta balearica mayor, sin duda, la primogénita de las tres hermanas. Aquí está la dulce miel en las plantas, aquí la fuente de leche, aquí los frondosos árboles que todo el año se ven cubiertos de manzanas de oro, aquí la paz y el vicioso clima que convida a los deleites (2008: 150).

También el biólogo y zoólogo francés Joseph Henri de Lacaze-Duthiers, uno de los pioneros de la investigación marítima en las islas Baleares, y autor de *Voyage aux Iles Baléares ou Recherches sur l'anatomie et physiologie de quelques mollusques de la Méditerranée* (1857), se referirá «al encanto que nos proporcionó Palma, donde encontramos la mayor tranquilidad. Una seguridad ideal, un clima primaveral delicioso, unos paisajes de una belleza indescriptible» (en Oliver, 2011: 119). Vuillier va todavía más lejos:

Mallorca es la isla más grande y con mucha diferencia la más fértil del grupo de las Baleares; la tierra es tan fecunda, el clima tan dulce y los paisajes tan bellos, que los antiguos las habían llamado las Eumónides o Islas de los Buenos Genios e Islas Afrodisiacas o del Amor (2000: 39).

Y, a reglón seguido, escribe: «su población es, en proporción, el doble que la de España» (2000: 39), tal vez como inevitable consecuencia afrodisíaca. Francis de Miomandre, que llega a Mallorca a finales de los años veinte, posiblemente invitado a Formentor por su amigo Adam Diehl, al que dedica su libro *Mallorca* (1933), advierte que las características paradisiacas de la isla le recuerdan las tierras vírgenes de Oceanía y le retrotraen a las historias de los antiguos navegantes y a los sueños edénicos.⁶¹

Sin embargo, los títulos de los libros de viajes a Mallorca son neutros, como se observa en los más conocidos: *Voyage dans les îles Baléares et Pitthiuses, dans les années 1801, 1802, 1803, 1804, 1805*, de André Grasset Saint-Sauveur (1807); *Notas y observaciones hechas en mi viaje y estancia en Mallorca*, de Josep Antoni de Cabanyes i Ballester (1837); *Un hiver à Majorque*, de George Sand (1842); *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*, de Juan Cortada (1845); *The Balearics Islands*, de Charles Toll Bidwell (1876); *Letters from Majorca*, de Charles W. Wood (1888); *Jogging round Majorca*, de Gordon West (1929). Sin embargo, hay tres excepciones: *Souvenirs d'un voyage d'art à l'île de Majorque*, de Jean-Joseph Bonaventure Laurens (1840); *Les îles oubliées*, de Gaston Vuillier (1893);⁶² y *The Fortunate isles, life and travel in Majorca, Minorca and Iviza* (1911), de Mary Stuart Boyd.

Laurens justifica el título de su obra, *Souvenirs d'un voyage d'art à l'île de Majorque*, en el primer capítulo, precisamente en el hecho de que, según su criterio, no se haya publicado ningún libro de arte sobre «esta isla y que los paisajes y los monumentos que debían de encontrarse en ella eran completamente desconocidos por los pintores y por los artistas anticuarios» (2006: 26), un punto de vista que solo tiene en cuenta, como era esperable de un francés de su época, los textos publicados en Francia y, en ese sentido, tiene razón. Ni Grasset⁶³ ni Cambassedes, a los que cita como fuente única, se habían ocupado de los aspectos artísticos ni habían buscado lo pintoresco ni se habían emocionado ante las ruinas de los conventos derruidos, como hará Laurens mientras intenta encontrar algún vestigio arqueológico para decorar su gabinete de anticuario de vuelta a casa. Vuillier, por su parte, parece hacer hincapié desde el título, *Les îles oubliées*,

en que precisamente es el olvido lo que ha mantenido estas islas lejos de las contaminaciones foráneas y ha preservado su paisaje incólume, ya que apenas han sido visitadas.⁶⁴

En efecto, basta consultar los principales libros de viajes por España⁶⁵ de escritores extranjeros, incluso del siglo XIX, época en que se ponen de moda, para observar que son pocos los que visitan las Baleares. Constatación en la que el médico y naturalista Pagenstecher también coincide:

Cada isla, generalmente poco conocida, a semejanza de las regiones lejanas del globo. Sin embargo, la importancia que ofrecen bajo el doble aspecto de la belleza y de la ciencia, es bastante para que un reducido tesoro de observaciones se pueda deducir lo suficiente para sacarlas del olvido en que se hallan (1989: 1).

Igualmente Davillier se refiere en su *Viaje por España* a que «las Baleares habían sido visitadas rara vez por los turistas y que muchas personas solo conocen de nombre» (1949: 953), para concluir asegurando que «la isla es un país de los más ignorados de la tierra» (1949: 967). También los viajeros catalanes, pese a la cercanía, anotan esa marginalidad insular. Para el romántico conservador Cortada se trata de un aspecto positivo:

Allí las tradiciones se han conservado puras; y pueden verse casi en el mismo estado que tenían seis siglos atrás los lugares en que nuestros cronistas fijan algún suceso memorable, porque las funestas revoluciones no han pasado por allí su fatal rasero, ni sonó todavía en esa tierra dichosa el inexorable grito de nuestro siglo: *nova sunt omnia*. El mar que le separa

de la Península es una línea divisoria, no solo física sino moral y por esto dicen que ahí subsisten de las cuales ha desaparecido entre nosotros hasta el recuerdo (2008: 21).

Las islas Baleares están ausentes de las páginas de algunos de los autores ingleses y franceses más famosos, como Chateaubriand (*Itinéraire de Paris à Jerusalem*, 1811); George Borrow (*The Bible in Spain*, 1842); Richard Ford (*Handbook for travellers in Spain and readers at home*, 1844); Prosper Mérimée (*Lettres d'Espagne*, 1845); Edgard Quinet, (*Mes vacances en Espagne*, 1846); Alexandre Dumas (*Impressions de voyage: de Paris a Cadix*, 1861); Théophile Gautier (*Voyage en Espagne*, 1862), entre otros.

A las dificultades que comportaba viajar en aquella época habría que añadir el hecho —obvio— de que a Mallorca solo se podía acceder por mar después de una larga travesía: dieciocho horas a partir de 1837, año en que el vapor El Mallorquín enlaza Palma con Barcelona una vez por semana.⁶⁶ Antes, los barcos que arribaban a los puertos mallorquines de Palma, Sóller y Alcudia, lo hacían de manera esporádica. Eso explica que Mallorca quedara al margen de los periplos de los viajeros. Sin embargo, incluso a partir del establecimiento de la línea regular, las condiciones de la travesía, a veces peligrosa a causa del mal tiempo y casi siempre incómoda, frenan a muchos. Basta con detenerse en las «mareadas» páginas de *Viaje a Mallorca*, de Pagenstecher (1989: 38-47), que, procedente de Barcelona, llega a Alcudia en 1865, en el pequeño vapor Menorca; o a las no menos mareadas con que Rusiñol inicia las crónicas de su primer viaje a Mallorca en 1893 para *La Vanguardia*.⁶⁷ Páginas, por otra parte, que son un claro antecedente de «El viatge», texto con el que Josep

Pla comienza las suyas para *La Publicitat* en 1921, casi treinta años más tarde, aludiendo también «al mal de mar», esto es, al mareo,⁶⁸ aunque, en los años veinte, el barco correo Mallorca ya no fuera el cascarón en el que Pagenstecher llegó a la isla y se meneara menos que el vapor en que hizo Rusiñol su épica travesía. Las impresiones de Pla sobre su primer viaje a la isla, adonde va a instancias del periodista Joan Estelrich, que le ofrece la corresponsalía del nuevo periódico *El Día* (Badosa, 1996: 45), serán recogidas más adelante en *Notes de Mallorca* (febrer-març 1921).⁶⁹

A juzgar por los datos que nos ofrecen diversos viajeros, entre 1837 y 1886, los principales pasajeros de los barcos que volvían de Mallorca eran los cerdos, un asunto sobre el que ironizan desde George Sand:⁷⁰ «gracias al cerdo he visitado Mallorca»; hasta Dembowski:⁷¹ «El barco conduce una cantidad inmensa de cerdos porque el cerdo mallorquín tiene mucha fama en Cataluña» (2008: 451); pasando por Cortada:⁷² «el vapor lleva carne humana de ida y de vuelta cerduna»; y llegando a Wood,⁷³ que se explaya casi tanto como Sand en la descripción de los «grandes, gordos, gruñones, negros y horribles animales» (1968: 209), mejor atendidos que el resto de pasajeros, claro que a fuerza de latigazos, ya que tienen más espacio que las personas en cubierta y preferencia a la hora de desembarcar.

Aunque los molestos cerdos solo acompañen a los sufridos humanos en el viaje de vuelta a la Península, sobre el de ida, las opiniones no son unánimes. Para Sand, El Mallorquín rumbo a la isla es un bello *steamer*, que navega por un mar en calma (2009: 528); Cabanyes, que embarca igualmente en Barcelona en octubre de 1837, un mes antes que la escritora, considera que el barco «es sumamente cómodo»

(1970: 71) y su capitán, amabilísimo,⁷⁴ opinión que contrasta con la de George Sand.⁷⁵ Cortada, en cambio, señala como defectos las cortas dimensiones del vapor, la lentitud, la falta de comodidades y unas «camas tan duras como a propósito para hacer penitencia» (2008: 15). Tanto El Mallorca como su sucesor, el Jaime I, a bordo del que llega el barón Davillier en 1862, o el Cataluña, que traslada a Vuillier en 1888, no siempre zarpan con una mar bonancible y la navegación, si no se vuelve insegura,⁷⁶ propicia el mareo desagradable, al que ya he hecho alusión, como nos cuentan diversos pasajeros. No obstante, cuantos visitan Mallorca están dispuestos a olvidar las penalidades del viaje incluso antes de desembarcar, cuando avistan la silueta de la isla perfilándose entre las brumas del amanecer. Todos traen consigo, consciente o inconscientemente, muchos de los referentes que el espacio isleño comporta en el imaginario colectivo y lo proyectan en los escenarios mallorquines, dejando constancia en sus escritos de una realidad descubierta como reflejo de una visión mitificada desde la Antigüedad.

El libro de Stuart Boyd, *The Fortunate isles, life and travel in Majorca, Minorca and Iviza* (1911),⁷⁷ reitera desde el título el punto de vista utópico con que se enfrenta a las Baleares, designándolas como islas afortunadas,⁷⁸ denominación con que ya eran conocidas las Canarias, aunque también a veces se llamaba del mismo modo al archipiélago de Madeira, Cabo Verde o las Azores. Stuart Boyd remitía así al espacio fabuloso del que nos habla Plutarco en la vida de Sertorio,⁷⁹ que a veces se identifica nada menos que con las Islas de los Bienaventurados, esto es, una especie de paraíso de ultratumba para los espíritus virtuosos, donde algunos sitúan también los Campos Elíseos. El mito insular, por tanto, se

condimenta y nos es transmitido con elementos procedentes de estas fuentes.

Desde el inicio del libro, la escritora escocesa, que viaja acompañada de su marido dibujante e ilustrador de sus textos, observa Mallorca con ojos maravillados y trata, en primer lugar, como muchos otros viajeros, de la impresión que le produce la llegada a Palma:

Haviem deixat enrere la penombra de Londres i París. Aquí tot era més vívid i espurnejant. L'aire era més tonificant; el port, amb les seves embarcacions modestes, era una festa de color. Les veus que parlaven en la llengua de l'illa sonaven estranyes a les nostres oïdes poc acostumades. La nostra primera impressió de Palma fou de brillantor: una sensació transmesa en part pels càlids tons ambres i daurats de la pedra amb què estan construïts els edificis d'aquesta ciutat encisadora (2008: 12).⁸⁰

El color, la luz —la brillantez— y esos tonos ámbar y dorado van a reiterarse también en las primeras impresiones de Cortada, que matiza de manera muy personal el color de la catedral, vista desde la cubierta del barco, asegurando que es «de rosa seca» (1845: 12). Wood insiste en el cuadro pintoresco, brillante y soleado, lleno de encanto, y de manera sugerente añade: «y de promesas quizás» (1968: 20). La isla, como espacio encantado, depara al viajero la sensación de que todo es posible, de que ese es el lugar en que, por fin, van a cumplirse sus sueños, haga o no referencia explícita a ello. La luz del amanecer que va intensificándose mientras el barco se acerca a la costa hasta inundarlo todo, perfila las siluetas de las construcciones, las casas y los edificios históricos (la lonja, la catedral), contornea en el azul del cielo las gráciles palmeras. Es la

luz del sur la que precisamente buscan los viajeros que vienen del norte, de las nieblas británicas, de las belgas melancolías grises, de donde procede Degouve, o del «Mediodía Francés, avaro de sol» (1973: 15), como escribe Gaston Vuillier en las primeras páginas de su libro.

El avistamiento de la costa y la llegada a la soleada isla se convierten en un lugar común que muy pocos obvian. Josep Pla es quizá, en este sentido, el más original. Muy hábilmente excusa la descripción de la costa mallorquina, asegurándonos que se ha dormido «com una marmota» («El viatge», 1970: 82) y que no se ha despertado hasta que el barco ha atracado en el muelle. Con hábil ironía, anota que ha perdido la oportunidad de escribir una «bella pàgina» (1970: 82) sobre lo que tanto le habían ponderado. Además, por si eso fuera poco, constata que la luz que entra por el ojo de buey es «desagradable i agra», y que está lloviendo (1970: 82). La llegada con lluvia a Palma rompe con el tópico y permite que Pla dé una visión mucho menos manida, muy distinta al «meravellós decorat de la ciutat encesa de sol» (Vuillier, 1973: 15),⁸¹ que tanto gusta a los viajeros. Cabe incluso imaginar, a tenor de las triquiñuelas utilizadas por Pla, que, en aras de la búsqueda de la originalidad —a menudo no es fiel a la verdad a la que como periodista se debe⁸²—, inventara esa lluvia para poder describir Palma de una manera distinta, mucho más personal y en las antípodas de lo esperable:

Es veu la ciutat —visió deliciosa— esfumada en una punta de boira, el cel ple de núvols; per les seves esclètxes es veu un sol nòrdic, de color de palla, de vegades ataronjat, un sol de Claude Monet. No podia pas demanar una millor arribada a Palma. El sud m'énerva. El sol em fa nosa. M'agrada el nord, el gris, la

pluja. La grisa ciutat de Palma que tinc davant és una prodigiosa meravella de colors esvaïts, tocats per l'aigua (1970: 83).⁸³

La solución que ha encontrado Pla es magnífica, habilísima. Su visión de Palma, excepcional, «prodigiosa maravilla de colores desvaídos». De manera sutil, advierte que la luz de la isla, una de sus más preciadas características, su magnífica luminosidad, que tanto ha atraído a los paisajistas —cuyos cuadros no le gustan en absoluto—, no le interesa, más bien le parece un defecto que es mejor no mencionar. Pla se sitúa en las antípodas de Rusiñol y de Mir, que tratan de captar en sus lienzos lo que consideran más genuino de Mallorca: la luz que, aliada con la finura del aire, ofrece esa peculiar atmósfera isleña. Es precisamente la luz, «la claror» de Mallorca, como escribe Rusiñol en *L'illa de la calma*, su segunda aportación sobre Mallorca, la que más atrae a los artistas-pintores⁸⁴ y a algunos escritores como Darío. Este, al describir el espectáculo de la puesta de sol, que en la costa norte se hunde en el mar, utiliza una técnica pictórica, cercana a los lienzos de su amigo el pintor Anglada Camarasa, enamorado también de Mallorca:

El sol se hundía en el vasto mar iluminado por la policromía encendida y caprichosa del poniente que reflejaba sus fuegos fabulosos sobre la superficie vista en su tranquilidad a modo de una inmensa tela de seda arrugada y oleosa.

De oro parecía el agua del fondo, de un oro rosado sobre el cual se formaban en la conjunción con el cielo como archipiélagos candentes, tempestades acarminadas, amatuntes [sic] de prodigio con lagos de plata en fusión, montes de plomo, riberas color violeta y naranja. De oro parecían bañadas

por luz horizontal las cumbres de los cercanos acantilados, de oro los peñascos suspendidos al borde de los precipicios, las bocas de las cuevas y honduras en donde anidan palomas y cuervos marinos (*El oro de Mallorca*, 2001: 271).

También Unamuno, mucho más recatado que Darío en el uso de una paleta de colores atrevidos, obvia el lugar común de la puesta de sol, pero describe con lujo de pedrería la luminosidad marítima de la costa norte mallorquina:

Mallorca, la isla de oro, debe su fama de hermosa a la montaña costera [...]. Y toda esta costa es una maravilla luminosa. Diríase una isla de piedras preciosas, de esmeraldas, de topacios, de rubíes, de amatistas, bañándose al sol en su propia carne. Pues es el mar como sangre de piedras preciosas. Es el mar homérico. El de la *Odisea*, el mar de color de vino, el que parece haberse derramado desde las entrañas de las rocas, no es el mar tenebroso que cantara Camoens («En la isla dorada», 1929: 183-184).

Y surge entre las líneas unamunianas, también refulgentes de luz, el recuerdo de Joaquim Mir, el gran pintor catalán:

gran poeta de la luz de Mallorca, que embriagado de sol, como suelen estarlo las cigarras, pintó como estas cantan en los pinos, brezando la modorriente siesta del mar, con un estremecimiento de las entrañas. El pobre Mir acabó en que se le desvaneciera la razón —que me dicen ha recobrado ya— en su lucha por volver al arte lo que a este le arrebató la naturaleza (1929: 184).

Unamuno se refiere a que Mir, obsesionado por trasladar a sus lienzos la magia y la suntuosidad de los colores marítimos, los infinitos tonos del azul, del más oscuro al más claro, del cobalto al esmeralda, contrastados por los bermellones, los ocres, los naranjas que la cambiante luz dispensa sobre las rocas, se encaramaba por los acantilados, olvidándose de comer, cambiarse de ropa o de afeitarse con tal de encontrar el paisaje idóneo para ser pintado. Poco le importaba que le tomaran por loco cuando abrazaba las rocas y los árboles y besaba el suelo para expresar a la naturaleza de la isla su comunión con ella, su voluntad de fusión. En «Or i atzur» y «La cala encantada», consigue Mir mostrar esa voluntad panteísta ante el paisaje costero de Deyá y captar toda su magia en una ceremonia de celebración de la belleza. En una aproximación a la pintura de Mir de Josep Pla (1944), este transcribe unas esclarecedoras palabras del paisajista de las que se deduce hasta qué punto Mallorca ha transformado su obra. Como Rusiñol, en la isla ha encontrado otra isla.⁸⁵ Ambos artistas, en la época en que están pintando los futuros *panneaux* del Grand Hotel, sienten predilección por contemplar la puesta de sol a la espera de poder vislumbrar, aunque sea por un instante, el misterioso rayo verde, sobre un horizonte de cambiantes azules marítimos. Si la puesta de sol es gloriosa, con vivos colores contrastados, lo que ocurre a menudo, aplauden a rabiar y gritan entusiastas vivas al autor, director e intérprete único del magnífico espectáculo. Si, por el contrario, la calma del verano ha impedido la brillantez del imperio de la luz, patean, silban y hasta apedrean el horizonte. No sé si Pla, por llevar la contraria a ambos pintores, cuyos cuadros mallorquines detesta, o simplemente porque trata, ahora sí,

de escribir una «bella página» sobre el motivo tópico del crepúsculo vespertino, lo describe desde el castillo de Bellver en tonos pastel, matizadísimos:

El crepuscle ha afinat el mar. Les aigües del port són de color de rosa. El mar lliure més blavís, presenta unes grans taques verdes i opalines que el carmí dels núvols irisa. Amb el ventet de la caiguda de la tarda, unes veles llatines amb el floc com una daina, passen volant. Un vapor vell i negre, rovellat, expel·lint una nuvolada de fum negre-com un dibuix de criatura-surt lentament del port («El Castell de Bellver», 1970: 99).⁸⁶

EL DORADO DE LA PINTURA: SOBRE ALMENDROS Y OLIVOS

George Sand, en *Un invierno en Mallorca*, señala la posibilidad de haber sido ella el Colón que descubriera la isla a los que, gracias a la lectura de su libro, se sintieran tentados de emprender viaje a la mayor de las Baleares. Sin embargo, admite que debe cederle este privilegio a Laurens, que se le adelanta dos años en la edición de sus *Souvenirs d'un voyage d'art a l'île de Majorque* (1840) y es quien le sirve de acicate para que ella, a su vez, publique sus notas mallorquinas.⁸⁷ También en las primeras páginas afirma:

«Mallorca es, para los pintores, uno de los más hermosos países de la tierra y uno de los más ignorados [...]. Allí donde no es posible describir más que la belleza pictórica, la expresión literaria es tan pobre y tan insuficiente que nada se consigue

si el lápiz y el buril del dibujante no ayudan a revelar las grandezas y las gracias de la naturaleza (1932: 8).⁸⁸

El punto de vista de la escritora ha llamado poco la atención de los estudiosos de la literatura de viajes (Guyot, 1997); sin embargo, a mi juicio, es del máximo interés, puesto que se remonta al tópico horaciano *ut pictura poesis*, ya que hace referencia a la necesidad de copiar del natural con una exactitud que solo las imágenes son capaces de transmitir, esto es, de mostrar sin necesidad de describir. Un aspecto que hoy la fotografía, que suele acompañar profusamente los libros de viajes, ha resuelto con creces, pero que antes solo podía tratar de paliarse mediante las ilustraciones, bien de los propios viajeros, que eran escritores y pintores a la vez, caso de Laurens o Vuillier, bien mediante el tándem escritor-ilustrador, caso de Piferrer-Parcerisa, Davillier-Doré o el matrimonio Boyd. Probablemente, George Sand tiene en cuenta las advertencias de Rousseau cuando en el *Emilio* se refiere al hecho de que los libros de viaje dan poca idea de «determinado pueblo» porque, para hacer observaciones de toda clase, no es necesario leer: se precisa ver (Marí, 2008: 150).

Por otra parte, George Sand, al considerar que Mallorca «es El Dorado de la pintura», se está anticipando a una realidad: Mallorca será, probablemente, la isla del Mediterráneo más visitada por pintores internacionales durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, en cuyos lienzos se plasman los paisajes que devendrán arquetípicos, reflejando de una manera directa la belleza incuestionable de la isla. Eliseo Trenc (1999: 184) señala además que la obra de los artistas que llegan a Mallorca a finales del XIX

y principios del xx —Mir, Junyent, Degouve de Nuncques, Michel, Anglada Camarasa, Bernareggi, Cittadini, Quirós, López Náguel, etc.— cambia en contacto con la belleza de la isla.

Cualquier paisaje puede ser interpretado como un dinámico código de símbolos (Nogué, 1908: 11). La estética romántica impuso los suyos de manera que, al *locus amoenus*, al paisaje ideal que los viajeros traen en su imaginario como referente utópico y clave de lo armónico, hay que superponer a veces otra visión, que rompe con ese «paisaje edénico» para convertirlo en «paisaje terrible» en aras de la búsqueda de lo sublime, que lleva consigo la percepción de la inmensidad, la infinitud y la profundidad de la belleza. (Bes Houghton, 2012).

Ciertamente, la belleza con que los antiguos adornaban el espacio insular edénico va a ser leída de otro modo a partir del Romanticismo, aunque a veces siga siendo fiel a los cánones del paisaje idílico, como ocurre en el capítulo VI de *Un invierno en Mallorca*, cuando Sand alude a «las colinas que se elevaban progresivamente desde la pradera en suave pendiente», al torrente, «cuyas piedras estaban cubiertas por hermosos musgos, los puentecillos verdosos», a los árboles esbeltos y frondosos «que se inclinaban para formar una bóveda de verdura de una a otra orilla» o «el hilo de agua que corría sin ruido entre los juncos y los mirtos» y, para que nada falte, «con frecuencia un grupo de niños, de mujeres y de cabras echados en los remansos misteriosos, que hacían de este sitio —concluye— un cuadro admirable para la pintura» (1932: 36).

También Rusiñol, tanto en sus lienzos como en la más bella de sus prosas líricas, «La florida», observa con ojos

maravillados el paisaje idílico que ofrecen los almendros en flor, que convierten la isla en un inmenso cesto de flores emergiendo del azul de las olas.⁸⁹ La isla entera se transforma a consecuencia de un parto sin dolor, un parto de belleza que llena llanos, montes y valles de blanco y oro.⁹⁰ La nieve de las flores abriga los campos para que llegue la primavera. Rusiñol se siente incapaz de poder describir los matices del color de las flores de almendro. Un músico podría decir que es una sonata en rosa, un pintor usaría en su lienzo todos los colores de su paleta, del amarillo claro al rosa encendido, toda la gama de rosados; amarillo de lirio, amarillo blanquecino de nácar, blanco azulado de perla, rosa eglantina, rosa violeta. Desde el pálido de la magnolia al casi bermellón de la clavellina rosada, anota. Pero el escritor no encuentra palabras. La vista no sabe hablar, apunta Rusiñol, dándole en parte la razón a George Sand cuando afirma que se necesita ser pintor para poder captar la hermosura de la isla y transmitirla a los demás, una tarea a la que él contribuye en sus lienzos de manera generosa. Mira y admira —continúa el autor catalán—, ve la blancura y se embriaga de claridad y, cuanto más ve, más mira. Rusiñol, que busca la serenidad que la Isla de la Calma comporta, concluye su texto asegurando que, si Mallorca no tuviera más atractivo que el de los almendros en flor, este sería suficiente para llegar hasta la isla solo por ver cómo florecen. Ni las puestas de sol de Riga ni el sol de medianoche de Noruega ni las cataratas del Niágara valen tanto como ver una isla que se convierte en una rosa blanca.⁹¹

No obstante, la isla ofrece otras opciones paisajísticas que devendrán asimismo tópicas y acabarán por imponerse sobre la visión azucarada y algodonosa de los nevados

almendros —utilizada por la publicidad en la inmediata posguerra como reclamo para la luna de miel de los españoles—, barriéndolos incluso de los textos de los viajeros del siglo xx. Me refiero a los olivos, cuyas formas serán descritas, de manera unánime, incluso por el científico Pagenstecher,⁹² apelando a los ojos de la imaginación, como hace George Sand, y aplicándoles una adjetivación que los convierte en monstruosos y fantasmagóricos, lo que permite relacionarlos con los rasgos del *locus horribilis* (Bes Houghton, 2012: 76).

Es, probablemente, el pintor y dibujante Laurens el primero en formular las características de los olivos mallorquines, que se convertirán en un tópico. Tras ofrecernos sobrias y escuetas descripciones de higueras y almendros, que solo llaman su atención porque sus formas son más robustas y menos esmirriadas que en Francia, se detiene en el olivo, árbol de gran altura, que en Mallorca, igual que otras especies vegetales, es menos raquítico, esmirriado, endeble y mutilado que en su país. Sin embargo, no es este aspecto el que le interesa destacar, sino lo siguiente:

El grosor del tronco, sus formas tan extrañas y tan variadas, y la esbeltez elegante y graciosa de sus ramas, no cesaba de llamarme la atención. Nunca mi mirada había estado tan impresionada por la prodigiosa multiplicidad de aspectos que puede presentar una misma especie en el reino vegetal: a cada paso hubiera querido detenerme para esbozar esas formas de aspecto tan fantástico: esas formas de olivos se presentan ora como la forma de una monstruosa boa enroscada, ora como la de un amplio recipiente hueco y lleno de pequeñas flores, la imaginación podía encontrar constantemente y sin esfuerzo las

semejanzas más extraordinarias. Así por ejemplo, en la lámina L, que no es más que una reproducción de un dibujo hecho al natural con toda la exactitud posible, ¿no nos parece ver la apariencia de un dragón con un perro entre sus garras? Me hubiera gustado multiplicar estas figuras de la vegetación caprichosa de los olivos de Mallorca, pero temí que me acusaran de querer hacer pasar los juegos de mi imaginación por los juegos reales de la naturaleza (2006: 94-95).

La suerte de los olivos mallorquines está echada a partir del momento en que Laurens publica su texto. George Sand, tras leerlo, añadirá otros referentes a esa visión de bestiario apocalíptico:

Nada iguala la fuerza y extravagancia de formas de estos antiguos bienhechores de Mallorca [...]. Al ver el aspecto formidable, el grosor desmesurado y las actitudes furibundas de esos árboles misteriosos, mi imaginación los ha aceptado de buena voluntad por contemporáneos de Aníbal. Cuando se pasea uno por la tarde a su sombra, es preciso que se acuerde bien de que aquello son árboles; pues si daba crédito a los ojos y a la imaginación, quedaría uno espantado en medio de todos esos monstruos fantásticos; los unos encorvándose hacia vosotros como dragones enormes con la boca abierta y las alas desplegadas; otros arrollándose sobre sí mismos como boas entumecidas; otros abrazándose con furor como luchadores gigantescos. Aquí hay un centauro al galope, llevando sobre su grupa no se qué horrible mona; allí un reptil sin nombre que devora una cierva jadeante, más lejos un sátiro que baila con un macho cabrío menos deforme que él, y, a menudo, es un solo árbol resquebrajado, nudoso, tor-

cido, giboso, que tomaréis por un grupo de diez árboles distintos y que representa todos estos diversos monstruos para reunirse en una sola cabeza horrible como la de los fetiches indios y coronada por una sola rama verde como una cimera (1932: 175).

Sand aludirá inmediatamente a las láminas de Laurens, también el primero en ofrecer ilustraciones de los milenarios olivos mallorquines, asegurando que su antecesor no ha exagerado: «Todo lo contrario: hubiera podido escoger ejemplares todavía más extraordinarios» (1932: 176). Considera también que «para representar el gran estilo de estos árboles sagrados de donde se espera siempre oír voces proféticas y el cielo radiante donde se dibuja tan vigorosamente su áspero perfil, sería necesario nada menos que el pincel atrevido y grandioso de Rousseau» (1932: 178).

Aunque, probablemente, Doré nunca vio los olivos mallorquines, quizá por su fama y prestigio, se le atribuye a él, y no a Laurens, el mérito de ser el primero en haberlos reproducido. Suele asegurarse que el ilustrador fue a Mallorca con el barón Charles Davillier, en cuya compañía ya había visitado España en varias ocasiones.⁹³ Sin embargo, no tenemos testimonio alguno que lo pruebe ni el escritor aporta ningún dato al respecto. Llama la atención que si los olivos impresionaron tanto a Doré como se presupone, Davillier no les dedicara ni una línea. En consecuencia, lo más razonable es concluir que Doré nunca pisó la isla. Cosa que no empece para que pudiera ofrecer siete ilustraciones sobre paisajes y tipos mallorquines, de la misma manera que ilustró, sin haber viajado nunca a Luisiana, *Atala*, de Chateaubriand. Lo mismo que la figura de don Quijote será fijada y estereoti-

pada a partir de las ilustraciones de Doré, también los olivos, que aparecen en algunos de sus magníficos paisajes, acabarán por ser considerados frutos de una visión directa de los árboles mallorquines. Y eso a pesar de que Gaston Vuillier, primer viajero que menciona al ilustrador francés asociado a los olivos (2000: 65-66),⁹⁴ solo advierte que se trata de «formas extrañas que yo creía que Gustave Doré había tomado de alguna dolorosa pesadilla y que su genio había adivinado» (2000: 67).

En mi opinión, de esta referencia de Vuillier deriva la idea, muy extendida, de que los olivos mallorquines inspiraron a Doré las formas torturadas con las que ilustra la primera parte de la *Divina Comedia*, es decir, el Infierno. Un artículo de Joaquín Verdaguer contribuye a difundir la creencia, ya que asegura incluso que, hacia el año 1855, el ilustrador visitó Mallorca, donde tomó incansables apuntes. Al regresar a Francia, llevaba consigo una carpeta enorme con notas y esbozos; «entre este gran número de apuntes, iban los olivos mallorquines», que más adelante, «transfigurados, humanizados tremendamente», sirvieron para ilustrar el canto XIII del Infierno. «Allí están con todo su secreto sufrimiento, retorcidos de dolor, humanos, árbol y piedra al mismo tiempo, los olivos de Mallorca». Para Verdaguer, no hay duda: Doré dibujó los olivos de Mallorca porque son únicos, no se parecen a otros olivos que pudo contemplar en sus viajes por Italia o Andalucía: «No son árboles viejos, carcomidos. Son árboles monstruosos, demoníacos, quiméricos, llenos de alma» (Verdaguer, 1934 y 1960: 1 y 7).

Directa o indirectamente —muchas personas también se refieren a la delgadez y altura de don Quijote aunque no

hayan visto las ilustraciones de Doré—, la monstruosidad captada por este en los milenarios olivos mallorquines habría de servir de falsilla a los futuros viajeros para descripciones posteriores. Así ocurre en el *Viaje a Mallorca* (1933) de Salaverría:

Los olivos mallorquines parecen árboles de otra edad, de otra civilización. Olivos repetidamente podados, cuyos vástagos nuevos gustan por defender sus pobres ramas juveniles, mientras los gachos y seniles troncos, como esqueletos que se agarrasen a una triste apariencia de vida, se curvan y encogen, se distienden y quiebran en trágicas contorsiones. Y esos troncos torturados, dramática imagen de la mayor vejez, inventan toda suerte de figuras monstruosas, como las de las quimeras de las antiguas catedrales, pero más fantásticas, más demoníacas y horriblemente sugeridoras aún. Dicen que Gustavo Doré se inspiró en ellos para algunas ilustraciones de la *Divina Comedia* [...]. En la soledad y en la penumbra del crepúsculo, los numerosos troncos, terriblemente contorsionados, me parecían personas, exactas personas de fantasía y ensueño que estaban allí durante siglos, haciendo gestos de dolor, semejantes a unos condenados que expiasen culpas de lo menos mil años de antigüedad (1933: 32-33).

Salaverría, que, al contrario de Azorín y Unamuno, visita la isla a finales de invierno, deja constancia del contraste entre olivos y almendros,⁹⁵ igual que Rusiñol, en cuyo texto «La florida» ya mencionado parece inspirarse.

Como no podía ser menos, Azorín se ocupa de los olivos en el segundo artículo, publicado en *ABC*, sobre sus días mallorquines. Camino de Valldemosa, tras aludir al paisaje

que rodea Palma, anota que este se hace abrupto. Azorín sube hacia el pueblo por la misma montañosa pendiente que George Sand describe en un *Invierno en Mallorca* y, lo mismo que la escritora francesa, apela a la imaginación:

No es posible imaginarse nada más extraño, más fantástico, más de pesadilla que estos troncos; son troncos violentamente retorcidos, atormentados; se parten en dos o tres brazos, se retuercen, tornan a juntarse, forman enormes nudos, vuelven a hendirse, se juntan de nuevo (1952: 6).

Azorín es mucho más parco que sus antecesores y su descripción mucho más ajustada a la observación de la realidad; pese a ello, la palabra clave «imaginarse» sigue ahí, como en Laurens, en Sand, en Vuillier... También la referencia a lo «extraño» («Son extraños estos olivos —observo yo»), que Azorín introduce, para dar pie a que alguno de sus acompañantes ofrezca otra información, mediante el discurso indirecto libre: «Son olivos muchas veces centenarios, dicen que Gustavo Doré se inspiró en ellos para hacer los dibujos de la *Divina Comedia*», antes que de nuevo él, como cronista viajero, se dirija a nosotros para mostrar sus dudas: «No sé si es esto cierto» (1952: 6). En contraste y como Sand, el Pequeño Filósofo se fija en otro paisaje, el del valle. Lo grandioso y extraño concierne a la montaña; el llano, en cambio, es siempre el *locus*:

En lo hondo, a la izquierda, se descubren mil huertecillos llenos de frutales, con estrechos y pintorescos ensamblajes de hortalizas. Es un paisaje este que no llega a la seca austeridad del de la tierra levantina y que tiene mucho de la frondo-

sidad de las regiones del Norte. No puede darse una combinación más clásica, más armónica... (1952: 6).

Igualmente, Rubén Darío, en sus inconclusos libros mallorquines, trata de los olivos en *La isla de oro* mucho más por extenso que en *El oro de Mallorca*.⁹⁶ A propósito de la lectura de *Un invierno en Mallorca*, transcribe las impresiones que los árboles causaron a Sand y apostilla:

George Sand pasó por aquí en birlocho. Yo iba en el caballo de hierro que se nutre de esencias y de espacio. Y al paso del auto parecíame que los árboles se animaban; y que la inmovilidad de los olivos viejos se suspendía por instantes por virtud de las hamadriadas que habitan en ellos. Parecía que se animaban los rugosos troncos, raras esculturas que complacerían a Rodin (2001: 192).

Y, por una vez, le da la razón a George Sand: «Ciertamente los olivos forman grupos escultóricos: hay centauros y lapitas; hay Laocontes, hay toros Farnesios. Mas todo como brotado en pesadilla o entrevisto en un sueño». Un sueño que le lleva a evocar unos fragmentos del libro X, III de las *Metamorfosis* de Ovidio, que transcribe en latín para acabar con una reflexión que más tarde también utilizará en el poema «Los olivos», dedicado a don Juan Sureda Bimet, y en el que trata de los que pinta en sus lienzos la esposa de este, Pilar Montaner:

Tales figuraciones forman el capricho de la naturaleza en los juegos de las rocas, en las estalactitas y estalagmitas de las grutas, en las conchas marinas, en las manchas de la humedad, en

las nubes del cielo. Más acá el museo, como en las fantasías minerales, persevera el paso de los siglos; y los moros, y los cartagineses, pudieron ver solo lo que yo vi. Dijérase que la carne del olivo se sustentase unida a los huesos de la tierra; y que en ese árbol ilustre se mellase el alma del tiempo (2001: 193).

Vale la pena comparar esta prosa con los versos:

Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos.⁹⁷
Son paganos, cristianos y modernos olivos,
que guardan los secretos deseos de los muertos
con gestos, voluntades y ademanes de vivos.
Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra
su carne; y tienen brazos y tienen vientre y boca
que lucha por decir el enigma que encierra
su ademán vegetal o su querer de roca.
En los Getsemanés que en la isla de oro
fingen en torturada pasividad eterna
se ve una muchedumbre que haya escuchado un coro
o que acaba de hollar l'agua de una cisterna.
Ni Gustavo Doré miró estas maravillas
ni se puede pintar como Aurora Dupin
con incomodidad, con prosa y con rencillas
lo que bien comprendía el divino Chopin...
Los olivos que están aquí son los olivos
que desde las prístinas estaciones están
y que vieron danzar los Faunos y los chivos
que seguían el movimiento que dio Pan.
Los olivos que están aquí, los ejercicios
vieron de los que daban la muerte con las piedras,
y miraron pasar los cortejos fenicios

como nupcias romanas coronadas de hiedras.
Mas sobre toda aquesa usual arqueología
vosotros, cuyo tronco y cuyas ramas son
hechos de la sonora y divina armonía
que puso en vuestro torno Publio Ovidio Nassón.
No hay religión o las hay todas por vosotros.
Las Américas rojas y las Asias distantes
llevan sus dioses en los tropeles de potros
o las rituales caminatas de elefantes,
que buscando lo angosto de la eterna Esperanza,
nos ofrece el naciente de una inmediata aurora,
con lo que todo quiere y lo que nada alcanza,
que es la fe y la esperanza y lo que nada implora.
(«Obra dispersa», 1952: 468-469)

«Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / Y más la piedra dura porque esa ya no siente», escribió Darío en el magnífico soneto «Lo fatal» y, como era arraigada su costumbre de autocita, transcribió estos versos en el capítulo «El imperial filósofo» de *La isla de oro*, dedicado a Lull, para cuestionar, allí, su afirmación sobre la insensibilidad del mundo vegetal y mineral, aduciendo que «Las rocas guardarán memoria del ermitaño» (2001: 210) Raimundo personificado en la naturaleza. No tenemos pruebas de que Unamuno conociera el texto de Darío, publicado en *La Nación* el 23 de julio de 1907, aunque bien pudiera ser, porque en el suyo sobre los olivos de la ermita de Valldemosa se percibe un cierto eco:

Y pasearse luego, no caminar, sino pasearse entre aquellos olivos centenarios de contorsionados troncos que fingen monstruos y vestiglos. Es el árbol que aspira a vida animal, acaso

para poder cobrar una voz cualquiera con que decir, aunque inarticuladamente, la gloria del Señor. Aquellos olivos, como aquellas rocas, parecen aspirar a otra vida más alta. Son olivos ermitaños, y tal vez hacen, a su modo, penitencia. Son olivos que tienen fisonomía, personalidad, porque tienen historia, esto es: alma. ¿Quién sabe si no oyeron los suspiros de gracias de Blanquerna? (1929: 203).

Pla, siempre cauto, alude a los olivos solo de pasada: «Les oliveres, aguantades en terrenys pobríssims, tenen una tendència a estrafer-se, a agafar formes dramàtiques i crispades, d'un caractericisme violent». Contrañoniéndolos a continuación «als racons tancats i les petites valls dolcíssimes amb els llimoners i tarongers dintre de l'aire extàtic, tan calents i redosats, sobre els quals es posa una calma aturada i una llum de somni» (1970: 119).⁹⁸ No cabe duda de que Pla se siente mucho más próximo al idílico huerto familiar que a los dramáticos olivares.

Es precisamente en el artículo «El paisatge», del que acabo de transcribir un fragmento, donde Josep Pla ofrece un punto de vista opuesto al de los demás viajeros sobre los aspectos pictóricos de la costa norte mallorquina, poniendo incluso en cuestión el atractivo de su belleza. Pese a que «el espectáculo es literalmente imponente», confiesa que no dispone de la suficiente cantidad de histrionismo para hablar de lo que ve desde esas «cimas horribles». ⁹⁹ En consecuencia, considera que la cornisa costera, que va desde Valldemossa hasta Sóller, no es apta para ser pintada. Se pregunta si es posible pintar el infinito, lo excepcional, y contesta con un no rotundo, incluso arguye que ni la oda infinita, ni la melodía infinita, ni el mar infinito son pintables. Para Pla, con-

trariamente a lo que opinaba Sand, el paisaje de la costa norte mallorquina es apictórico y destructivo para quienes lo pintan. Al escritor ampurdanés —que toda su vida tuvo una estupenda mentalidad de campesino— le interesa lo concreto; en consecuencia, recomienda a los pintores que vayan a las tierras del llano, abandonando la grandiosidad abracadabrante de la costa norte, nociva, negativa, aberrante. «Es pot pintar la realitat —aquest vas de vi, aquesta petaca, aquesta tassa de cafè—, es poden pintar els objectes de la realitat, però la sublimitat no pot pintar-se com a tema»¹⁰⁰ (1970: 125).

Según Pla, lo que buscaban trasladar a sus lienzos los pintores que trabajaron en la costa norte era la sublimidad, llámese Dios o naturaleza, desde una visión trascendente o panteísta, que le parece absolutamente inadecuada. Con su habitual ironía concluye el segundo artículo dedicado también al paisaje y la pintura:

És tracta de pintar; no es tracta d'ensenyar les vergonyes de la vida íntima. Mentre es produïa el descobriment de Mallorca, Cezanne, sense treure's mai el coll ni la corbata, pintava a Aix quatre pomes sobre un tovalló i llegia «La Croix» amb un profit molt visible¹⁰¹ (1970: 127).

La arremetida de Pla, en «El paisatge» y «Sobre la pictorialitat d'un paisatge» (1970: 118-127) —dos artículos absolutamente demolidores sobre la atracción pictórica del paisaje mallorquín, oficialmente bello—, tiene que ver, por descontado, con su interés por llevar la contraria, con su manía contra el Modernismo que encarnaba Rusiñol y sus ganas de *dejar turulato al hortera*, pero también, me parece,

con el deseo de manifestar que, en los años veinte, la pintura española de paisaje no podía seguir ofreciendo los mismos temas manidos cuando la concepción artística del mundo era ya muy otra. La visión de la Mallorca del escritor catalán es, a la postre, absolutamente distinta de la del resto de viajeros. La excepción que confirma la regla.

UNA ISLA FÉRTIL Y TERAPÉUTICA

Menos en los textos de 1921 de Pla —cuyo punto de vista negativo sobre la costa norte habría de variar a positivo cuando publica su *Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza*—, en los de todos los demás viajeros la belleza del paisaje mallorquín de Tramontana es el denominador común, glosado hasta la saciedad, en el que destacan, como acabamos de observar, almendros y olivos. El tópico de una naturaleza ubérrima que da fruto en toda estación, sin necesidad de que sea sembrada, parece planear sobre muchas de las descripciones del campo mallorquín como un referente más del imaginario isleño. La fertilidad es otro dato aportado por la visión utópica, que retrotrae al mito de la Edad de Oro. Vargas Ponce se refiere al «fértil suelo» (2008: 89). Igualmente George Sand, aunque primero con matices: «A pesar de sus huracanes y sus asperezas, Mallorca es extremadamente fértil y sus productos son de calidad exquisita» (1932: 14); y dos páginas más adelante, con contundencia y sin paliativos: «El suelo de Mallorca es de una fertilidad admirable» (1932: 16). También Cortada: «la fertilidad del suelo que produce casi espontáneamente» (2008: 110); y Vuillier: «el llano parece un inmenso vergel» (1973: 56 y 2000: 65).

A este lugar común hay que añadir otro: los autóctonos gozan de buena salud y, aunque ninguno de los viajeros pueda llegar a creer que los habitantes de las islas poseen remedios mágicos para sanar de sus enfermedades, algunos, como Unamuno, destacan precisamente su longevidad: «¡Hermosa tierra para envejecer despacio!; y es de hecho la parte de España, esta España insular, en que a más altas edades se llega. Es donde más viejos sanos y bien conservados se ve» (1929: 169). De esa concepción mitificada —porque las estadísticas sobre la longevidad de los mallorquines de la época difieren de tal percepción— deriva, seguramente, el hecho de que algunos busquen también en las islas remedios para sus males. Cortada llega a considerar que incluso el buen ejemplo de los isleños puede servir para regenerar moralmente a los visitantes:

Es tal la bondad de la gente de este país, que las personas sensatas dicen que los que vienen malos del continente aquí se curan o se mejoran al menos. Si esto es cierto, la isla podría apellidarse hospital moral y sería el mejor epíteto a que pudiera aspirar un pueblo (2008: 53).

Una consideración que George Sand hubiera rechazado de manera rotunda, pese a que escogiera Mallorca por razones terapéuticas para pasar el invierno de 1838, como cuenta en *Histoire de ma vie*, con la intención de que su hijo Maurice se librara del reuma que le aquejaba y Chopin mejorara de su enfermedad, algo que el clima templado de la isla, sin duda, podría propiciar (1949: 327).

En el mismo sentido, los protagonistas —trasuntos del propio autor— de los relatos mallorquines de Darío van a Mallorca para curarse: «Usted viene, según me ha dicho,

a recuperar la salud» (2001: 178), le dice lady Perhaps al personaje principal de *La isla de oro* al iniciarse el relato, comenzado en 1906, durante el primer viaje de Darío. En *El oro de Mallorca* Benjamín Itaspes, *alter ego* de Rubén Darío, llega igualmente a la isla en 1913 con idéntica esperanza:

pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y el ejercicio y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habrían de devolverle la salud, el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y la pasión por su arte (2001: 231-232).

Parece que los dos viajes de Darío trataron de ser terapéuticos. En su *Autobiografía*, aunque menciona ambos, alude de manera directa a que la necesidad de reponerse le ha llevado a emprender el segundo.¹⁰² La abundantísima bibliografía sobre la estancia de 1913, mucha de ella aportada por los amigos mallorquines de Darío, dada a conocer en periódicos y revistas locales o en la correspondencia privada,¹⁰³ me exime de referirme a los quebraderos de cabeza que la maltrecha salud del poeta y, especialmente, su alcoholismo recalcitrante habrían de ocasionar a los Sureda-Montaner, sus sufridos anfitriones.

También la segunda estancia de Santiago Rusiñol en 1901 tiene que ver con la salud, puesto que va a Mallorca convaleciente de la cura de desintoxicación de morfina que llevó a cabo en el sanatorio cercano a París, en Boulogne-sur-Seine, y después de que le extirpasen un riñón en una clínica barcelonesa (Casacuberta, 1999: 17). De ahí que no

pueda extrañarnos que proyecte en sus textos los beneficios salutíferos que comporta el viaje a Mallorca en la primera página de la más célebre de sus aportaciones sobre la isla, me refiero, claro está, a *L'illa de la calma*, donde podemos leer:

Lector amic: Si pateixes de neurastènia o penses patir-ne, que ja és patir-ne; si estàs atabalat pels sorolls que ens porta la civilitat, per aquesta angoixa d'anar de pressa i arribar abans allà on no tenim feina [...], si el defici ja no et deixa viure i vols gaudir un xic de repòs [...], segueix-me en una illa que et diré, en una illa on sempre hi fa calma, on els homes no porten mai pressa, on les dones no es fan mai velles, on no es malgasten ni paraules, on el sol hi fa més estada i on fins la senyora Lluna camina més poc a poc, encomanada de la mandra («L'espera del barco», 1974: 5).¹⁰⁴

Unamuno asegura, en las primeras líneas del primer artículo dedicado a Mallorca, que llega con el propósito de «descansar un poco»¹⁰⁵, porque «*la roqueta*, que es el término de cariño con que llaman a la isla sus naturales, parece el rincón del mundo más apropiado para el descanso» («En la calma de Mallorca», 1929: 168). El exrector salmantino reitera en varias ocasiones la apacibilidad del lugar y, en su intento de mostrar el verdadero ser de la isla y los isleños, de desnudar su alma a la búsqueda de los elementos verdaderamente intrahistóricos, utiliza esa referencia autóctona a «*la roqueta*», alternándolo con los apelativos de mayor raigambre literaria, como «isla de oro» y, en menor medida, con el rusiñoliano «isla de la calma». Su propósito de descanso y apaciguamiento, que en un principio parecía habría de cum-

plirse con creces, no se ve del todo colmado. La causa nos la proporciona el propio Unamuno, tras advertirnos que, entre la media docena de libros que ha traído en su equipaje, se encuentra la *Farsalia* de Lucano, cuya lectura aviva su natural belicoso, mientras que, por otro lado, acaso contribuyan también a su ánimo guerrero las partidas de ajedrez que jugará durante su estancia en el casino de Manacor¹⁰⁶ en un intento de conectar con las gentes sencillas del lugar para conseguir su propósito de *chapuzamiento* en el pueblo.

A esta isla del polvo quieto y de la calma, del bien estar y de la cortesía, he venido a descansar un poco y a huir de la excitación que me producían las inevitables discusiones sobre la marcha de la guerra y sus causas. Pero es inútil huir del mundo si uno lleva el mundo en sí; de poco o de nada sirve refugiarse en el claustro —y un claustro henchido de luz es esta roca ceñida de mar y hecha un jardín de almendros, higueras, algarrobos, olivos, albaricoqueros, pinos, encinas, vides— si se lleva el siglo dentro de sí al claustro.¹⁰⁷ [...] En esta encantada isla de Mallorca, en su paz y su quietud humanas y cortes, creí encontrar ese aireado vacío de tinieblas para las raíces belicosas de mi espíritu, pero estas han seguido hundiéndose en el suelo en que luchar con la roca y para sacarle jugo [...]. Y en esta dulce y noble tierra de las categorías y los rangos de tan buen grado aceptados, siento crecer mi aversión a ciertas especializaciones. Me siento aquí más belicoso, más religioso y más intelectual, pero a la vez más antimilitarista, más antieclesiástico y más antipedagogo (1929: 176-177).

Prosigue Unamuno con un largo excursus para defender su idea, a mi modesto entender totalmente peregrina, de

que «todo hombre debe ser guerrero, sacerdote y maestro», remachando su creencia de que la guerra es «un elemento de cultura y civilización» (1929: 177). Una convicción que ni siquiera la pacífica Mallorca le permite poner en tela de juicio, y eso a pesar de que en el «Discurso», que pronunció en el Teatro Principal de Palma como mantenedor de los Juegos Florales convocados por la Asociación de Prensa¹⁰⁸ afirme que «la isla ha llenado de sosiego su alma» y que su recuerdo perdurará: «... cuando las olas rompan en las rocas del misterio, yo me acordaré de esto y me he de acordar muchas veces de ese mar latino, trémulo espejo donde se reflejan los ojos de nuestro Dios-Hombre» (Capó, 1973: 156).

Sin embargo, es precisamente ese «Discurso», pronunciado a instancias de Sureda Bimet,¹⁰⁹ en sustitución de Niceto Alcalá Zamora, que no pudo desplazarse a la isla, el que habría de soliviantar a los intelectuales catalanistas, entre ellos, algunos de los amigos de don Miguel como Joan Alcover y Joan Estelrich. Unamuno, en su intervención, se afianza en su ya conocida postura antirregionalista, se declara contrario al catalán literario y arremete, a su vez, contra mosén Antoni Maria Alcover, cuyo *Dietari de l'exida de Mn. Antoni Maria Alcover a Alemanya i altres nacions* había estado leyendo en Manacor, de donde era oriundo el canónigo. Como anotaba en el primer texto sobre la isla, «En la calma de Mallorca» (1929: 178-179), la curiosidad por las lenguas autóctonas de los lugares que visita le había llevado a examinar el texto de Alcover. Sin embargo, me parece que en los días de la escritura de ese artículo, mediados de junio, Unamuno no había llegado aún a las páginas de mosén Alcover que habrían de encolerizarle y ponerle en contra del «doctor en Teología, catalán de Mallorca». Unamuno, que le dedica palabras amables en su primer escrito, le ridiculiza des-

pués no solo en su «Discurso»,¹¹⁰ sino también en un artículo posterior, «El castellano de Mn. Alcover», publicado en la revista *Nuevo Mundo* (18 de agosto de 1916). Las andanadas unamunianas motivaron la reacción del mosén en el periódico mallorquín *L'Aurora*: «Es discurs de n'Unamuno» (15 de julio de 1916) y «N'Unamuno en dansa» (26 de agosto del mismo año), dos textos a los que Unamuno no contestó, pese a que Alcover se los mandara a Salamanca. Quizás don Miguel decidiera zanjar la polémica con el silencio,¹¹¹ puesto que tampoco respondió a las dos notas posteriores del sacerdote y filólogo mallorquín, publicadas igualmente en *L'Aurora*, «¿N'Unamuno?» (23 de septiembre de 1916) y «¿I n'Unamuno?» (4 de noviembre de 1916), en las que, bastante indignado, intenta provocar su respuesta (Perea, 2003: 164-198).

La estancia mallorquina no cambió en absoluto las posturas unamunianas, aunque le ofreció la posibilidad de gozar de un paisaje privilegiado y «consentir» con él. Pese a la polémica generada por el «Discurso», también de estrechar lazos con amigos mallorquines, algunos escritores, como Gabriel Alomar, Joan Alcover, Joan Estelrich y, más especialmente, con Juan Sureda Bimet y su mujer, Pilar Montaner, que con tanta generosidad le acogieron en su casa de Valldemosa.¹¹²

LOS ISLEÑOS

George Sand, a la vuelta de su estancia en la isla, escribe a Charlotte Marliani desde Marsella el 26 de febrero de 1839:

Un mes más y nos morimos en España, Chopin y yo, él de melancolía y disgusto, yo de cólera y de indignación. Me

han herido en la parte más sensible de mi corazón, han llenado de alfilerazos un ser que sufría ante mis ojos; no les perdonaré jamás y si escribo de ellos será con hiel¹¹³ (1968: 576).

Y cumple con creces su propósito, puesto que tanto en su famoso libro *Un hiver à Majorque* como en *Histoire de ma vie*, aunque salva el paisaje, denuesta al paisanaje. Desde las primeras páginas, manifiesta su total desacuerdo con la opinión que los autores de las geografías descriptivas que ha consultado vierten sobre los habitantes de las Baleares: «afables, dulces, hospitalarios, es raro que cometan crímenes y el robo es casi desconocido entre ellos» (1932: 15). Más adelante insiste en que «todos los viajeros que han visitado el interior de la isla han quedado maravillados de la hospitalidad y desinterés del labrador mallorquín» (1932: 157). Sin duda, entre ese «todos» sobresale Grasset, al que no cita directamente, pero del que extrae tanto esta como otras numerosas referencias. Así, el enviado de Napoleón escribe con respecto a los habitantes de Artá, un pueblo del interior: «El extranjero es acogido con esa llana sinceridad tan rara entre los pueblos que se vanaglorian de hospitalarios y se creen los más avanzados entre los civilizados» (1952: 33). Por el contrario, Sand, muy en su propia línea, eleva a categoría general lo que se supone son hechos particulares, exagera su rencor y amplifica su venganza. A su juicio, los mallorquines no son otra cosa que monos:

Habíamos apodado Mallorca la isla de los monos porque viéndonos rodeados de estas bestias, astutos, ladrones y sin embargo inocentes, nos habíamos habituado a preservarnos de ellas

sin más rencor ni despecho que el que causan a los indios los orangutanes y los *jockos* traviesos y fugaces (1932: 158).

También, según la escritora, los rasgos del carácter mallorquín —avaricia, rapacería, desconfianza, ignorancia, embrutecimiento, especialmente de las clases populares con las que trata— están en las antípodas de aquellas buenas gentes —«afables, dulces y hospitalarios»— caracterizadas por los autores consultados por Sand con las cualidades que el imaginario insular presupone a los isleños procedentes del tópico de la Edad de Oro. Para Sand, los autóctonos son los antagonistas del «buen salvaje», uno de los modelos que configura la visión que otros viajeros decimonónicos ofrecen del Otro. Así el archiduque Luis Salvador la aplica en buena parte al referirse a la simplicidad, primitivismo e inocencia de los lugareños. Otros como Dembowski, con una actitud un tanto colonialista, se dejan llevar «por el sentimiento profundo de benevolencia para con los habitantes hospitalarios de esta isla» (2008: 460).

Para el propietario rural vilanovense Josep Antoni de Cabanyes, que en octubre de 1837 se encuentra en Mallorca,¹¹⁴ huyendo de las turbulencias que azotan Catalunya, aunque señale que ha escogido la isla para «poder respirar aire puro»¹¹⁵, los mallorquines viven en el atraso, apegados a sus costumbres, que no quieren cambiar de ningún modo. Mucho más fácil le parece:

remover la más alta montaña de esta isla que de persuadir ni lograr con todas las razones el poder apartar a un mallorquín de sus usos y costumbres. Generalmente es cosa natural al hombre. Pero al punto en que esta gente se halla adicta a su

tierra, a sus hábitos y hasta a sus patentes errores no llega ningún otro pueblo en el mundo (1970: 116).

Insiste Cabanyes en esta observación a lo largo de sus notas y considera que ese apego es común a todas las clases sociales. Una frase, que todavía yo escuché muchas veces durante mi infancia: «Noltros sempre ho hem fet així», y que Cabanyes traduce: «Nosotros lo hacemos de este modo» (1970: 117), le permite resumir la arraigada manera autóctona de zanzar cualquier posibilidad de cambio, aunque ese cambio pueda redundar en un beneficio individual o colectivo. Por lo demás, los mallorquines, «más atrasados hace cincuenta años que ahora» —se refiere a 1837—, «han hecho rápidos progresos», porque, según le aseguran, «a finales del siglo pasado —eso es en el XVIII— se podía decir que este pueblo, a excepción de la Religión, era del todo moro» (1970: 101). La «morería» señalada por Cabanyes nada tiene que ver con el orientalismo atribuido a la isla por los románticos, sino al hecho de que las mujeres apenas salían de casa si no era para ir a la iglesia. Las compras y recaudos los hacían en exclusiva los hombres y, además, ellas iban con la cabeza cubierta: «con grandes y espesos mantos negros y tapados los rostros casi del todo, no dejando más que un ojo descubierta para poder andar sin tropezar» (1970: 101). A finales del siglo XVIII, solamente había en la ciudad tres tiendas de paños. El *xaveque* [*sic*, 'jabeque'], que con más o menos regularidad fondeaba en la bahía de Palma una vez al mes, llevaba la mercancía, que se depositaba en casa de dos o tres corredores, a los que solo los hombres acudían a comprar (1970: 103). No sé hasta qué punto las opiniones de Cabanyes merecen ser tenidas en cuenta, cuanto

más que, para mostrar lo inculto que es el pueblo mallorquín —«que solo por su religión se distingue del turco» (1970: 102)—, se refiere a las luchas entre franciscanos y dominicos, que encendieron los ánimos de los mallorquines a propósito de los méritos del beato Ramon Llull, y no quiere «transcribir» otras cosas que le han contado y que hacen patente «lo rudos» que eran los isleños en aquel entonces. El cambio civilizador —continúa— se fue operando gracias a la llegada del Regimiento de España para prevenir una posible invasión, y lo trajeron las esposas de los oficiales, que contagiaron los hábitos sociales a las señoras mallorquinas. A su benemérita labor cabe añadir, según Cabanyes, la influencia de algunos franceses que, huyendo de la revolución, se refugiaron en Mallorca y a la de muchos españoles que, huyendo de los franceses, hicieron lo mismo. «Estos últimos acabaron de cambiar (y en parte corromper) las costumbres morunas de estos Isleños y dieron gran empuje a la cultura y adelantos de toda clase» (1970: 104). En ese sentido, Cabanyes considera muy positivo el establecimiento de un vapor semanal, ya que va a repercutir «en la riqueza y cultura de este pueblo», un beneficio que el establecimiento de diligencias entre Palma y las distintas villas «también ha de favorecer a medida que el pueblo vaya probando las ventajas que ofrece la culta Sociedad» (1970: 105). Por otro lado, en cambio, se lamenta de que el progreso hará que las costumbres pierdan su «actual sencillez» y eso ocurrirá —y por descontado ocurrió, *Deo gratias*— cuando «se pueda recorrer la isla de un extremo a otro, cuando varios buques vapor unan esos puertos con el Continente, cuando el lujo cree nuevas necesidades y estas exciten más el interés» (1970: 105). Sin embargo —concluye— para entonces, es muy

posible que no haya solo cinco presos en todas las prisiones de la isla, como ocurre en 1837.

Cabanyes, que, como he apuntado, era un propietario rural entendido en cuestiones agrícolas sobre las que los viajeros no suelen entretenerse demasiado, ofrece cuantiosos datos relacionados con el campo y sus cultivos. Así, por ejemplo, observa que las habas, equivalente mallorquín de los garbanzos para la alimentación general, constituyen el principal sustento de las clases populares, aunque también son del gusto de los aristócratas, que las comen con frecuencia. Deduce, sin embargo, en nota a pie de página que las habas «deben de ocasionar flatos», dado que es «común eructar en cualquiera de las clases sociales». Eructan en todas partes —continúa—, incluso en las iglesias, de manera que «las bóvedas resuenan con tan torpe ruido», ya que eructan los feligreses y los curas «vestidos de la casulla» (1970: 119). Ignoro si nuestros antepasados eran tan bastos y, aunque Cabanyes no suele ser exagerado, sino ecuaníme en sus juicios, supongo que, en este caso, ofrece una caricatura derivada del tópico según el cual los árabes eructan después de comer para demostrar su satisfacción.¹¹⁶

La visión que de los isleños ofrece Cabanyes no es benévola, aunque fluctúa basculando entre lo que apunta en las primeras páginas —los catalanes le han dicho «mil necedades impertinentes sobre estos isleños [...], que por más que digan son tan buenos o mejores que cualquier otro pueblo del continente de España» (1970: 72)— y en las últimas, cuando reconoce la generosidad de unos campesinos que se aprestan a satisfacer el antojo que su mujer, embarazada, tiene de higos y, tras invitarles muy cortésmente a tomar cuantos quisieran, no aceptan nada a cambio, ni siquiera

unos «*doblers*» para los chiquillos. Sin embargo, a reglón seguido de la alabanza, no duda en echar un nuevo jarro de agua no fría, sino helada, sobre los isleños: «Esto no obstante, me han asegurado que solo de frutas son generosos y que, por lo demás, son estos Isleños muy apegados al interés y muy codiciosos, y desgraciadamente debo confesar que algunos lances que me han sucedido me lo confirman» (1970: 95). Finalmente, concluye que la desconfianza ante las gentes de fuera es otra de sus características: «Yo no he visto en el mundo gente más escrupulosa en admitir ninguna moneda que no sea bien marcada y con todos los requisitos necesarios» (1970: 95).

Cabanyes es, por otro lado, uno de los pocos viajeros que alude a la cuestión chueta sin tapujos, denunciando «la aversión y desprecio general» que sufren, si bien se equivoca al escribir que los hijos menores de los inmolados en los autos de fe —se refiere a los que tuvieron lugar en 1691— fueron acogidos por las grandes familias, que «les dieron sus nombres» (1970: 98-99), cosa que no sucedió.

De la cuestión chueta también trata, y bastante, George Sand, aunque citando textualmente sus fuentes. Por un lado, Grasset de Saint-Sauveur y, por otra, Tastu, en lo concerniente a la historia del derruido convento de Santo Domingo. Grasset todavía pudo contemplar las pinturas de los condenados al brasero, que con coraza y túnica infamantes se conservaban en el claustro de Santo Domingo para perpetuar el oprobio y humillar a los descendientes de aquellos desgraciados criptojudíos. Como era de esperar, Sand corrobora el horror que, ante el sacrificio en la hoguera inquisitorial, sintió el cónsul y asegura que el odio todavía persigue a los conversos mallorquines (1932: 90-92).

Juan Cortada, por el contrario, pasa por esta cuestión como sobre ascuas, le dedica solo unas cuantas líneas conciliadoras, pidiendo que unos y otros, cristianos viejos y conversos, «depongan el odio». Es probable que Rubió i Ors, su gran amigo, influyera en que el autor barcelonés no profundizara en ese aspecto. La carta de Tomás Aguiló a Rubió, en la que amenaza de muerte a Cortada si se excede hablando de la cuestión chuetas (Ghanime, 2008: 16-17), permite corroborar hasta qué punto el tema era tabú.¹¹⁷ La parquedad del autor catalán respecto a los conversos es fruto de la autocensura y contrasta con la libertad con que juzga el carácter de los mallorquines en general. Cortada, que en 1845 recorrió la isla de punta a punta y se relacionó con todas las clases sociales, desde la nobleza hasta el pueblo llano, pasando por la burguesía ilustrada, ofrece, en mi opinión, la visión más objetiva de cuantos viajeros llegaron a Mallorca por aquella época. En primer lugar, distingue entre la minoría culta de los amigos que le acogen y agasajan, Zaforteza, Conrado, Socias, para los que trae cartas de recomendación —la mejor manera de que se disponía entonces para poder conocer a las gentes del lugar— y la mayoría inculta del pueblo, de la que destaca la sencillez de costumbres, como rasgo característico. El escritor catalán, que nada tiene de progresista, antes bien puede ser considerado un representante del antiguo régimen, se refiere a la isla como lugar incontaminado donde las tradiciones «se han conservado puras», apoyándose en el viejo tópico de que el mar, «que separa la isla de la Península es una línea divisoria, no solo física sino moral», la ha preservado de las revoluciones, liberándola de los «vicios y trastornos de la Península» (2008: 21). Sin embargo, tras un asiduo contacto con la población, acabará barruntando que «su sencillez

y costumbres pueden ser hijas de la ignorancia y el atraso», pese a que siga calificándola de «encantadora» y «exenta de maldad» (2008: 108). No obstante, tampoco se priva de dedicar denuestos a guías, fondistas o criados.¹¹⁸ A la postre, la percepción global que ofrece Cortada de los mallorquines tiene que ver no solo con la poca actividad, sino con una apatía que les es característica:

Todo tardan en hacerlo [...], lo hacen con una calma que desespera, [...] están el doble de tiempo que uno de los hombre torpes de nuestro país, [...] los artesanos se hacen de rogar de modo intolerable y todos, en una palabra, son cachazudos (2008: 109).

De ahí el atraso general, fruto de la pereza y del ánimo tranquilo de los lugareños, que —insiste— todo lo solucionan con «un manoseadísimo *no passi ansi* —no tenga ansia—, a veces sin que venga al pelo y no pueda uno dejar de estar ansioso; mas en ellos la primera necesidad es ver a todo el mundo tranquilo» (2008: 110).

Cortada se debate entre la visión positiva, pasada por una lente utópica, y la realidad objetiva. En modo alguno quiere ser desagradable con los mallorquines ni resultar polémico —le consta que *Un hiver à Majorque*, aparecido solo tres años antes, molestó mucho¹¹⁹—, pero trata de reflexionar sobre el origen del «general quietismo» isleño (2008: 110). A su juicio, hay que buscarlo en tres causas: el clima, que ya no es calificado como «templado» —una característica en la que coinciden tantos viajeros, aunque no se ajuste a la realidad—, sino de «muy caluroso» (téngase en cuenta que Cortada realizó su viaje en pleno verano),¹²⁰ la fertilidad del

suelo, que produce casi espontáneamente; y las pocas necesidades de las gentes del pueblo, que casi no comen más que habas.¹²¹ Las conclusiones a las que llega Cortada tienen que ver, aunque él tal vez no sea consciente, con el imaginario insular vinculado con el mito de la Edad de Oro, más aún cuando remacha: «De aquí procede que la falta de acción no debe achacarse a vicio sino a resultado natural de las causas dichas que producirían el mismo en cualquier otra parte del mundo» (2008: 110). Incluso se atreve a señalar que los catalanes, sin duda más activos que los mallorquines, se volverían igualmente indolentes si se los trasplantase a la isla: «Bien analizado el hombre solo trabaja por necesidad, y si no tuviese ninguna no trabajaría» (2008: 110).

El escritor barcelonés, que, por otro lado, se pasea a menudo por la cuerda floja cuando no trata de nadar y guardar la ropa, insiste en que sus opiniones «son bocetos», que no forman «un cuadro», y advierte también sobre algo que no mencionan los otros viajeros: «la pasión del amor general y violenta», y el baile, gran afición de la clase popular, considerado un síntoma del «mutuo apego de los dos sexos». No obstante, para evitar malos entendidos, matiza: «Esto, sin embargo, debe rebajarse mucho en gracia de la sencillez general, porque mil cosas que en nuestro país serían criminales o cuando menos significativas, aquí son de todo punto inocentes» (2008: 110). También le llama la atención el hecho de que las casas estén abiertas: «En la isla no hay ladrones, y por esto un robo es cosa rara, y un asesinato rarísima; de manera que solo acontece de muchos en muchos años, y es un suceso que conmueve y horroriza a la isla entera» (2008: 53). En definitiva, por un lado, loa las virtudes de los autóctonos, pero, por otro, les reprocha su atraso. Treinta y un años des-

pués de que Cortada publicara *Viaje a la Isla de Mallorca en el estío de 1845*, Bidwell, en *The Balearic Islands* (1876), le cita para corroborar hasta qué punto las ideas expuestas por aquel, «Mallorca es Europa pero no es un país europeo de nuestra época», seguían vigentes (Bidwell, 1997: 112).

La apatía y lentitud, detectadas, como acabamos de ver, por Sand, Cabanyes y Cortada, las había anotado mucho antes Grasset, que en 1807 escribía: «es inútil intentar que los mallorquines se decidan a llevar a cabo una empresa que una a la vez lo útil con lo agradable» (1952: 107).¹²² Por su parte, Davillier insiste en que la población es honrada y hospitalaria, pero señala asimismo la «poca actividad y energía de los mallorquines» (1949: 953). Y añade: «Lo que más sorprende, cuando se desembarca en Palma es la calma que contrasta con el movimiento y actividad de Barcelona» (1949: 955). Una calma que, a su vez, otro viajero, asimismo francés, Gaston Vuillier, relaciona con el sistema alimenticio: según un amigo suyo, tras comer cuatro o cinco docenas de ensaimadas el forastero recién llegado comienza a estar a tono con la isla, esto es, a aceptar la lentitud y la calma.¹²³

Por su parte, Bidwell no se refiere a la calma, sino a la «larga siesta» en la que los mallorquines han estado sumidos durante la mayor parte de su existencia y de la que, en 1875, están despertando de manera lenta, pero segura, añade con ironía británica (1997: 40).¹²⁴

Esa calma ancestral será para Santiago Rusiñol, como bien reza el título de su libro *L'illa de la calma* (1913), la característica primordial de los isleños, principales devotos del *Sant Embadaliment* [el santo estar en Babia]. Una calma que Rusiñol detecta desde su primer viaje y sobre la que divaga, contagiado por la actitud de los isleños, en el penúltimo de

los artículos de la serie sobre Mallorca enviados a *La Vanguardia*, titulado «La enfermedad del país». Se trata «de un dengue psicológico, de un lacio decaimiento», que también ha hecho presa en él; observa y se pregunta por su procedencia: «¿Un microbio inexplicable? ¿El azul del cielo que hipnotiza entrando por la retina o el mar quizás, que por su eterno balanceo adormece el espíritu? ¿Será la belleza del sitio que inclina a la muda contemplación y paraliza el movimiento?». Finalmente, el médico al que acude cuando siente que está a punto de fallecer, hundido en la molicie, en la pereza definitiva, le da un diagnóstico, lo que le ocurre tiene un nombre: «Es el mal de isla» (1999: 63-64).

Rusiñol, muy hábilmente, se refiere a la indolencia, al «fluido de fatalismo a lo árabe» [...], «la paz desarmada precursora de suprema indiferencia» (1999: 63) y, aunque él no en vano se ha contagiado del mismo mal, de una manera sutil arremete, en la línea de los regeneracionistas, contra quienes tratan de perpetuar la indolencia mallorquina. La ironía y más aún la autoironía le permiten mostrar algunas de las características de la idiosincrasia isleña sin enfadar a los autóctonos, aunque a ratos se muestre crítico con la pasividad e indiferencia de quienes, pudiendo, no hacen nada por mejorar una situación de abulia intelectual y de desinterés por la cultura y el patrimonio artístico.

En la serie de artículos «Desde una isla», poco divulgados, está sin lugar a dudas el germen del libro *L'illa de la calma*. Su visión de Mallorca y los mallorquines ya ha quedado consolidada en este primer viaje. El «mal de isla» es el envés del tópico de la vida idílica, que solo puede llevarse en los lugares apacibles. La calma no deja de ser un atributo del que solo pueden gozar quienes viven alejados del tráfago

continental, libres de las leyes de los inexorables relojes y señores del tiempo, y no sus esclavos, como son ya algunos de los visitantes que a finales del XIX llegan a Mallorca.

Todos cuanto viajeros desembarcan en la isla —de Laurens a Dembowski, de Wood a Bidwell, de Boyd a Unamuno— siguen constatando la seguridad con que se puede circular por Mallorca, donde no existen bandoleros ni salteadores, como en otros lugares de la Península, y donde apenas hay crímenes.¹²⁵ Las casas, como recuerdan los autores que trataron de la Edad de Oro, permanecen abiertas o con las llaves en la cerradura¹²⁶. Rusiñol, en *La isla de la calma*, advierte que los mallorquines son buenos, en el buen sentido de la palabra. No hay crímenes ni robos. Cada uno se contenta con lo suyo y advierte con gracia que no pasa nada que merezca ser destacado; los periodistas, si no fuera por los telegramas y algún artículo literario, no sabrían cómo llenar el periódico. La Guardia Civil solo sirve para ir a las procesiones y llenarse de polvo en las carreteras (1974: 61).

En su tercera contribución sobre Mallorca, concretamente en un artículo de la serie de los publicados en 1919 en *La Esquella de la Torratxa* con el título general «Des de Mallorca»,¹²⁷ Rusiñol insiste de nuevo en que la gente del campo no puede ser más respetuosa y amable, y que, en cualquier *possessió* en la que el viajero se detenga, no dejan de ofrecerle asiento y agua. En cualquier parte se es bien recibido con la cordialidad de la que hablaba Rousseau.¹²⁸ No obstante, tras esta afirmación hecha en primera persona, Rusiñol incorpora la de un amigo, para quien esa amabilidad respetuosa es una prueba de que en Mallorca la gente del campo todavía no conoce sus derechos, es amable porque es esclava, incapaz de plantear reivindicación alguna. El escritor

catalán acepta el punto de vista de su amigo —tal vez Alomar—, lamentándose de que la lucha de clases rompa las buenas relaciones entre las gentes, algo que ha constatado ya en la Península, y se congratula de que todavía no haya ocurrido en Mallorca. El autor catalán es el único entre los viajeros de la primera mitad del siglo XX que reflexiona sobre esta cuestión.

Azorín no se refiere al carácter de los mallorquines, deja entrever tan solo que la calma, el sosiego y el silencio de las calles palmesanas son un reflejo de la calma, sosiego y tranquilidad de sus habitantes. Aunque tales atributos pudieran pertenecer a cualquier otra ciudad provinciana de la Península. Su conocido amor por los oficios tradicionales le empuja a entrar en el taller de un viejo artesano, guiado por el ruido del telar que este maneja, pero a la postre, su descripción pergeña más la de un tipo que la de un individuo. La estancia de Azorín en la isla, demasiado breve, no da para mayores penetraciones psicológicas sobre el carácter mallorquín. No obstante, dedica dos de sus artículos a sendos personajes: don Antonio Maura, al que trata con gran admiración y no menor respeto, ya que va a Valldemosa y le visita dos veces con la intención de que le incluya en las listas del partido conservador. Y don Juan Sureda Bimet, su anfitrión. El retrato de Sureda es dinámico: lo presenta moviéndose continuamente, nervioso, peripatético, con afán constante y reiterado de remodelar su enorme caserón, el antiguo palacio del rey Sancho, en el que acoge a Azorín.

Tampoco las prosas y versos de Darío aportan demasiado en relación con la idiosincrasia de los mallorquines. El poeta nicaragüense, desdoblándose en un sujeto sin nombre en las primeras crónicas y en Benjamín Itaspes en las

segundas, está mucho más interesado en sí mismo, en la literatura, en el paisaje y en sus amigos artistas que en captar la vida en minúscula de los lugareños. En cambio, sí lo hace, y bastante por extenso, Unamuno. Los tres escritores, que fueron huéspedes de los Sureda¹²⁹ en distintos momentos, coinciden en cambio en elogiar la magnífica hospitalidad de sus anfitriones en Valldemosa, cuyos nombres serán incluidos en sus respectivos textos, a manera de agradecimiento por tantas gentilezas.¹³⁰

Por su parte, Unamuno no es un viajero al uso. No viaja solamente para cambiar de aires, descansar o conocer, viaja «para cobrar amor y apego a la patria», como escribe en su artículo «Excursión» (2004: 301),¹³¹ en el que recomienda los recorridos por el territorio nacional para aprender a quererla. Detesta a los turistas, que frecuentan las rutas que les indica la Baedeker,¹³² incapaces de salirse de lo establecido de antemano y, lo que es peor, «de trabar conocimiento de la propia patria» (2004: 302). El hormiguero de las calles ciudadanas le lleva a buscar el amparo del recuerdo de los paisajes. Porque el paisaje no urbano le reconforta más que cualquier otro y necesita «sacudir el polvo de la biblioteca». La mejor manera de hacerlo es estar en contacto con la naturaleza y quienes la habitan: «comer lo que comen los pastores, a dormir en cama de pueblo o sobre la santa tierra» (2004: 306).

El programa viajero de Unamuno está perfectamente trazado: el objetivo es siempre su patria, en la que, iberista como es, cabe, por muchas razones, Portugal. El extranjero no le interesa en la medida que no se siente partícipe ni de su alma ni de su cuerpo. Patria, en consecuencia, son también los dos archipiélagos que pertenecen a España y, aunque no pueda llegar a trasladarse a todas las islas que los

conforman, sí se propone conocer, descubrir y «tomar apego» al menos a una parte importante de ese territorio insular, por lo que, en el caso de las Baleares, escoge Mallorca.

Para Unamuno, conocer un lugar implica conocer a sus «naturales», como le gustaba escribir. Su mirada intrahistórica saca a relucir a aquellos de los que no se ocupa la historia. Por esa razón, no le interesa codearse con los personajes ilustres de los lugares que visita, sino con la gente vulgar, anodina, para él relevante porque gracias a ella se manifiesta mejor el alma del país. Como hace en otros lugares, en Manacor, pueblo del llano en el que pasa unos días, invitado por sus primos políticos,¹³³ acude al casino para jugar al ajedrez y trabar conversación con los lugareños, cuyas opiniones no desdeña en absoluto, incluidas las de la Guardia Civil, un buen referente para temas de seguridad local. De «los naturales» extrae tantas o más informaciones provechosas que de los textos que consulta. Consta que Unamuno prepara concienzudamente sus viajes con bibliografía *ad hoc* sobre la historia y las costumbres de los lugares que visita, además de leer a los cronistas y escritores locales. En Manacor se enfrasca en el *Dietari* de mosén Alcover, como ya he señalado. Cuenta también con informaciones de primera mano proporcionadas por sus familiares, aparte de con sus dotes de buen observador. Así, en el primer texto, «En la calma de Mallorca» (1929: 507), confiesa que ha estado contemplando en la plaza de Manacor a un grupo de ancianos que esperaban el paso de la procesión del Corpus Christi, «y era algo para apegarle a uno a la vida que pasa, a la vida de todos los días, una vida pacífica y por decirlo así insular, que se resume en volver a ver lo que siempre han visto» (1929: 168-169). Tal vez Unamuno, frente a la inmovilidad aparente de esos mallorquines anodinos, piense, como Azorín,

que vivir es ver volver. Quizá en esta isla de costumbres «dulcísimas y patriarcales» (1929: 170), «de buena gente, cortés y morigerada»,¹³⁴ «apacible y calmosa, respetuosa y litúrgica» (1929: 172), «no pasa la vida», la vida permanece, «se queda», concluye Unamuno en su primera reflexión. Su visión, reconstruida con materiales provenientes del mito de la Edad de Oro, es idílica. También, como era de esperar, alude al *aurea mediocritas*, al bien distribuido bienestar de la sociedad mallorquina, en la que no hay pobres, «no se ve ni un borracho, ni un mendigo profesional y con esto queda dicho todo», y las casas permanecen abiertas.¹³⁵ No hay robos, «los crímenes de sangre son rarísimos» y «es acaso la región de España que da menos contingente a la criminalidad» (1929: 170). A su juicio, tan encomiable situación se basa en tres cuestiones: el prestigio de la autoridad, criterio que sustenta en una conversación con el jefe de la Guardia Civil de Manacor, quien le ha asegurado «que en ninguna parte es más querido y estimado el benemérito instituto» (1929: 170); el amor a la propia tierra, «a su roqueta», a la que los mallorquines no quieren dejar y, si la dejan, tratan de volver; y el respeto a las categorías sociales, que de una manera tan meridiana se reflejaba en los tratamientos, que, en su opinión, no tiene que ver con el inmovilismo ni con el servilismo del campesinado mallorquín, sino con el «sentido de la jerarquía», un aspecto que le parece encomiable.¹³⁶ Unamuno desconoce hasta qué punto la sociedad insular carecía de medios y cómo esta falta de medios forzó a muchos a tener que emigrar. Su mirada afectuosa y benevolente, quizá más que la de cualquier otro viajero, proyecta sobre los mallorquines los referentes utópicos de la insularidad y repite una y otra vez con diferentes palabras la «sensación de bienestar más que de abundancia, de discreta fortuna» (1929: 181)

de esta «isla de la paz del mar latino» (1929: 173), preguntándose si podría vivir mucho tiempo en «este apacible, respetuoso y no demasiado curioso pueblo mallorquín». La contestación a tal pregunta es que, en aquel momento, 1916, en que Unamuno está en plenitud de facultades, el sosiego mallorquín le enerva: «el amor a la inquietud se me enciende» (1929: 178).

Josep Pla, con su habitual ingenio, dedica a los mallorquines abundantes descripciones, especialmente en tres artículos: «El viatge», «Primeres Impressions» y «L'encant de Palma» (1970: 80-96). Lo que más llama su atención es la manera autóctona de hablar la lengua, una manera tan agradable, tan deliciosa, tan prodigiosamente hecha, amasada y civilizada que considera que solo por oír hablar mallorquín vale la pena ir a la isla.¹³⁷ A esa característica de los mallorquines añade, con buena dosis de sorna, otra: la importancia del mote por el que se llaman unos a otros, algo que despista al viajero, aparte de que el nombre de Tomeu abunda tanto que lo mejor es llamar Tomeu a todo el mundo (1970: 82). El periodista ampurdanés se pasea por la ciudad con actitud de *flâneur* y transcribe lo que ve: la gente anda despacio, sin prisa ninguna, va y viene plácidamente. Hablan en voz alta, observa —contrariamente a lo que Salaverría opinará unos años más tarde—, y algunos gesticulan toscamente; incluso, pese a ser gente reposada, tienen ataques de brusca violencia, utilizando entonces exclamaciones de un pintoresquismo frenético.¹³⁸ La sociedad insular, resume Pla, tras referirse a la belleza de las jóvenes mallorquinas, se compone de nobles, arruinados o a punto de ruina, una burguesía activa cada vez más fuerte y más emprendedora. El poder político se está desplazando de las viejas oligarquías a los plutócratas y hombres de acción. No hay que olvidar que por aquel entonces, 1921,

El Día, periódico que le acaba de contratar como corresponsal, está pagado por el financiero Juan March.

En cuanto a Salaverría, en sus dos aportaciones sobre la isla, insiste en el sosiego y en la calma:

Si hay algo que merece el nombre de exótico en Mallorca es la violencia. Además de isla de oro y de isla dorada, Mallorca merecería llamarse la isla del sosiego. Nada chilla, cruje o se apresura aquí. No he visto a nadie correr o apresurarse para alcanzar un tranvía. No he visto ninguna persona sofocada o sudorosa o malhumorada (1928: 21).

Con una excepción, la mujer de un barbero, que, claro está, resulta ser «de la costa de enfrente» (1928: 21).

El viejo tópico del *aurea mediocritas* se aviene, pues, perfectamente con Mallorca:

donde no hay nada excesivo, ni el gesto de la riqueza, ni el de la pobreza. Gente tática, el mallorquín, como buen insular cree que la prisa es la peor estupidez que puede cometer un hombre. Y el caso es que demuestra su filosofía con hechos, porque la isla abunda de todo, no carece de nada, y el buen orden y la perfección de los cultivos nos hablan de cómo sin apresurarse, llega aquí el hombre a los mejores resultados (1928: 22).

Salaverría, en el texto de 1933, saca parecidas conclusiones sobre la mayor de las Baleares, aludiendo a los apelativos con los que ha sido nombrada, Isla de la Calma, Isla de Oro, de la Luz o de la Belleza, y considera que el más apropiado es el primero, aunque, personalmente, prefiera calificarla

como el territorio que por fortuna ha sido anclado en medio del mar, a una prudente distancia de las conmociones continentales, y que por lo mismo puede seguir su pacífica vía de siempre como si en el mundo, como si en España, no estuviese ocurriendo nada de particular (1933: 8).

Lo que ocurre en España de particular es, ni más ni menos, que el advenimiento de la República, aunque los mallorquines, según un amigo discreto de Salaverría, «en la isla ni siquiera lo han notado». Pasa por alto la posibilidad de comentar las causas de tal inopia, descarta la falta de sensibilidad para los aconteceres políticos y se decanta por considerar que Mallorca «tiene su estilo propio para arrostrar las contingencias de la vida» (1933: 10). Algo que el drama de la Guerra Civil habría, cuando menos, de poner en tela de juicio.

Miomandre, por su parte, se refiere también al tópico de la calma y lo justifica:

Calma maravillosa, calma que ha dado su nombre al país, la isla de la calma, calma que no está solo en la atmósfera sino que durante siglos, impregna el alma de los habitantes, fija las tradiciones, apacigua y suprime todos los choques [...]. Esa calma de país guardado, esa calma de paloma que duerme en el hueco de un nido (1934: 126).

A la vez que considera que, para conocer a la población mallorquina, aún en los años veinte y treinta eminentemente rural, es necesario convivir con los campesinos, «compartir su existencia patriarcal» y ganar su confianza. Francis de Miomandre, que, como asegura en una breve nota introductoria, titulada «Preludio», «procuró decir solo lo que vio, ha-

blar solo de lo que amó ya que no quiere contribuir a las vulgaridades y tonterías que se han dicho sobre Mallorca»,¹³⁹ estuvo en contacto, sobre todo, con los habitantes de Pollensa y Formentor, donde residió durante sus largas estancias mallorquinas. No obstante, sus observaciones pueden generalizarse al resto de los isleños:

La gente trabaja, lenta, calmamente, pero con asiduidad, en la misma faena que el padre, que el abuelo, pues nadie sueña en cambiar de oficio. Por otra parte, salvo algunos comerciantes que se adormecen en las calles céntricas, tras sus escaparates, bizarramente llenos de anuncios yanquis, lo único que cabe hacer es conservar el menudo campo en el estado como los antepasados lo dejaron... Los frutos de la tierra no cambian. Y las estaciones siguen ritmo siempre igual, desde que se inventó la agricultura.

¿Cuánto tiempo perdurarán estas costumbres? ¿Está tan reciente la conquista de Mallorca por Europa! Y además los habitantes de esta bienhadada comarca tienen tanta sabiduría y prudencia tanta! Se dan cuenta de que sus tradiciones nada tienen de retrógrado, que representan no supersticiones sino experiencia milenaria. Si solo de ellos dependiera, creo que su isla seguiría siendo, por mucho tiempo el país afortunado donde no se encuentran más de tres carteles anunciadores en setenta km de carretera, donde los obreros hacen su comida en pleno campo [...], donde se fabrica aceite con aparatos del tiempo de don Pedro el Cruel...

Tengo confianza (1934: 138-139).

Pero esa confianza de Miomandre en que Mallorca sea «preservada» como país afortunado es utópica. La nueva con-

quista europea a la que se refiere dará al traste con la vida idílica y pondrá fin a «la Edad de Oro» en la que viven los isleños, paradójicamente deseosos de una vida mucho más trepidante e intensa «de la que tienen la suerte de poder vivir».¹⁴⁰

UNA ISLA Y SUS ISLAS

El imaginario insular nos advierte de que las islas encierran, a su vez, dentro de sí lugares prodigiosos, islas dentro de la isla, que acentúan su belleza. En ocasiones, se trata de palacios fabulosos; en otras, de grutas encantadas, ríos o fuentes, cuyas aguas devuelven la salud a quienes beben en ellas, o de jardines de eterna primavera. En Mallorca se encuentran algunos de esos sitios emblemáticos y los viajeros suelen detenerse, concretamente, en tres para glosar su relevancia. Dos tienen que ver con el paisaje y sus connotaciones de espacio singular maravilloso: el edénico valle de Sóller y las cuevas de Artá o las de Manacor, que podrían rivalizar con cualquiera de las grutas fabulosas descritas por los autores clásicos. El tercero es Valldemosa, que cobra importancia a partir de la estancia de George Sand y la multiplica cuando Luis Salvador de Habsburgo se instala en la zona, puesto que, gracias a su *Die Balearen*, el archiduque se convierte en el mejor y mayor propagandista internacional de Mallorca.¹⁴¹

Sóller o el jardín de las Hespérides

La descripción de Sóller es un motivo que todos los viajeros recogen de manera parecida desde que Vargas Ponce hizo referencia al «frondoso jardín» (2008: 30), «hermosísi-

mo valle» y «sitio deleitoso» (2008: 38), cuya vegetación describe:

Este valle visto desde lo alto parece un confuso bosque de árboles, que hasta en el rigor del invierno conserva su amena frondosidad; pero examinado desde cerca, se conoce que lo que parecía confusión todo es orden. La mayor parte de este terreno está destinado al cultivo de naranjos y demás árboles frutales (2008: 30).

Y añade que la mayoría de la cosecha de fruta va destinada a la exportación a Francia y eso convierte la villa en la más rica de toda la isla.

Siguiendo, sin lugar a dudas, a Vargas Ponce, Laborde, en las escasas páginas dedicadas a Mallorca de su *Atlas de l'itinéraire descriptif de l'Espagne* (1808), y contemplando Sóller desde lo alto, se refiere al bosque de árboles siempre verdes, cargados de flores y frutos, y añade que, al bajar al valle, uno se encuentra con el lugar más bello de la isla, cubierto de naranjos y limoneros, regados por riachuelos. Para que nada falte al *constructo del locus*, abunda en que los habitantes de Sóller viven holgadamente, enriquecidos con el comercio de las naranjas.¹⁴²

La relación de Sóller con Francia, establecida ya en el siglo XVIII, influye sin duda en el interés de los viajeros románticos franceses por el pueblo. Según Grasset, de lo «primero que los mallorquines le hablan a un viajero recién llegado es del famoso valle de Sóller. Lo hacen con una complacencia y un énfasis que despierta su curiosidad» (1952: 35). Así se explica que el cónsul francés tenga prisa por visitarlo y por disfrutar de las maravillas que acaban de descri-

birle. Sin embargo, Grasset, tras hacer caso de las recomendaciones de los autóctonos, concluye con una observación propia de su mentalidad ilustrada: «el valle, en efecto, gracias al arte que ha secundado los dones de la naturaleza, ha sido transformado en jardines encantados» (1952: 35). Admira la riqueza y bondad del lugar, «un bosque siempre verde» (1952: 43), pero se lamenta de que los isleños no saquen más provecho de él.¹⁴³

Laurens es el primero en considerar que Sóller es un travesaño del jardín de las Hespérides: «En octubre, una superficie de un verde intenso, parecido a un ancho prado que se extendía, lejos, sobre el gris de los olivos, me advirtió que estaba a punto de llegar al jardín de las Hespérides» (2006: 96). Así no es extraño que se deje llevar «por el sentimiento de admiración y bienestar que procurará el espectáculo de una naturaleza tan bella»; y que, en cierto modo mediatizado por el imaginario de la fecundidad insular, además escriba: «contaba con asombro los frutos que colgaban en racimos por docenas en el extremo de todas las ramas» (2006: 96).

También Dembowski insiste en los rasgos del jardín mítico: «Sóller goza de una primavera eterna y está aún cultivada por entero de naranjos, cuyo fruto envía a Francia» (2008: 460). Por su parte, el barón Davillier observa el lugar, lo mismo que Vargas Ponce y Grasset, desde un altozano: «se extendía la vista por el valle de Sóller, plantado todo de naranjos, bosque siempre verde que se extendía a nuestros pies como una inmensa alfombra bordada de oro» (1949: 964), reforzando con su entusiasmo metafórico —los naranjas son, sin duda, los frutos de oro con los que se borda la inmensa alfombra— las referencias de su antecesor, Laurens, al jardín de las Hespérides.

Algunos años antes, en 1837, Josep Antoni de Cabanyes señalaba también parecidas características del paisaje solle-rens. Los frutos hespéricos salen a colación, magnificados en su volumen: «son globos de oro». Y el valle es:

un continuo jardín sembrado de una infinidad de árboles frutales, como cerezos, manzanos, perales, etc., todos sumamente frondosos y elevados; pero los que más abundan son los naranjos, que plantados de manera regular [...] forman unas dilatadas calles cubiertas de un espeso techo que no permite el paso de un solo rayo solar. Debajo de aquel cobertizo de color verde oscuro y sembrado de dorados globos se respira un ambiente fresco, hasta en las siestas del riguroso verano, embalsamado con los perfumes de la flor de azahar y de los rosales y otros de los que está lleno el suelo (1970: 109).

De manera similar, Sóller sorprende positivamente por la abundancia de su vegetación a Gaston Vuillier, que se refiere a los tonos resplandecientes que la luz del sol arranca a los frutos de oro de los naranjos, y a los reflejos metálicos de las hojas de los olivos. Y también, para que nada falte en la evocación del *locus amœnus* en ese «jardín de las Hespérides» (1973: 84), añade un elemento que otros viajeros suelen olvidar: «los pájaros que cantan volando de rama en rama», un ingrediente más para hacer del valle de Sóller «un paisaje ideal, de vegetación impalpable» (2000: 87).

Asimismo, la escritora Mary Stuart Boyd, en el citado relato de su viaje a *Las islas afortunadas*, se admira de la cantidad de flores silvestres que crecen junto a los caminos y senderos que rodean Sóller: «camins tots bonics i sendes

totes pintoresques que sovint és difícil, fins i tot per a qui coneix bé la zona, trobar el camí que se cerca» (2008: 113).¹⁴⁴

En cambio, a Wood, el valle de Sóller, rodeado de montañas «cerrando todo horizonte», le parece opresivo, «enervante y las gentes están pálidas» (1968: 196), e insiste en el aspecto enfermizo de los lugareños. Sin embargo, considera encantador el camino que conduce hasta el puerto de la villa, «festoneado a ambos lados de naranjos y limoneros. Los árboles están cargados de fruto, con sus hermosas esferas doradas reluciendo entre el follaje. No hay nada tan verde y fresco como las hojas del naranjo».¹⁴⁵ «Es maravilloso andar por estas plantaciones, bajo los árboles; mientras el sol caldea la fruta y esparce su perfume por el aire; nos parece estar en un nuevo y magnífico mundo» (1968: 172), añadiendo una nota utópica al lugar común del *locus amoenus*.

El perfume de las flores —del que ya había dejado constancia Piferrer en 1842 mediante una terminología de época: «oloroso dosel» [...], «sube en alas de la brisa el perfume delicioso» [...], «los aromas de las plantas y de los árboles purifican el aire y robustecen y alargan la vida» (2004: 293)— es otro de los ingredientes que concuerda con el imaginario insular. En la leyenda de la Isla de San Brandán se asegura que su naturaleza es un jardín de perenne hermosura, cuyas flores exhalan dulces fragancias, igual que los frutos que los árboles dan en todas las estaciones del año. A ese tenor encajan perfectamente las afirmaciones de Vuillier,¹⁴⁶ cuando amplía a todo el territorio los cultivos de Sóller y asegura que «suele creerse que la isla de Mallorca está cubierta de naranjos» (2000: 84) y que desde el mar, a «más de veinte millas de distancia», se percibe el aroma a azahar, según testi-

monio directo de «un marino que había capitaneado durante mucho paquebotes que hacían el servicio entre Marsella y Argelia», que era quien le había contado que «al pasar por estos parajes —se refiere a las aguas cercanas a la costa— había olido su perfume» (2000: 84). Vuillier, no obstante, se cura en salud, al asegurar, a reglón seguido, que la percepción olfativa del capitán es «sin duda efecto de la imaginación» (2000: 84).

Con todo, no es menos cierto que Santiago Rusiñol, mucho más apegado a la realidad, advierte también que en primavera, desde lejos, «se sent pujar d'allà la plana una gran flaire de tarongina [...]. Com si et diguessin “Obre el cor”, et donen a respirar una alenada de flors que t'omple els sentits de fragància»¹⁴⁷ («La vall dels tarongers», 1974: 152). Rusiñol pretende reescribir con su prosa lírica las míticas referencias a los frutos de oro del edén sollerense: «La ciutat de Sóller és això: un estoig, una copa o una capella, per a guardar el tresor d'aquests arbres»¹⁴⁸ (1974: 153). Estas efusiones poéticas, sin embargo, no le impiden anotar consideraciones mucho más prosaicas e igualmente basadas en la observación de la realidad: la riqueza de Sóller proviene de la emigración de sus gentes a Francia y a América, es decir, del trabajo duro en lugares lejanos: «¿Per què [...] tenint aquests horts tan hermosos i aquests jardins on les Hespèrides hi haurien somiat a l'ombra, i el fruit d'or sota les finestres, per què emigren i abandonen aquesta primavera eterna?»¹⁴⁹ (1974: 155). Los años pasados lejos de Sóller, añorando Sóller y sus naranjos, han dejado una impronta incluso en el propio idioma de los lugareños emigrantes, al que incorporan galicismos y americanismos, como observa Rusiñol con su ironía particular:

—Bon jour tenga —diu el de Nimes.
—¿Cómo le va? —pregunta el del Plata.
—El temps me té buleversat —contesta el de Perpinyà.
(«Sa botigueta», 1974: 159)

Azorín y Unamuno también visitan Sóller. El primero permanece tan solo unas horas y se limita a señalar que es «un pueblecillo de calles estrechas y limpias», con «casas de piedra gris y ventanas verdes. [...] Al pasar atisbamos los zaguanes claros y anchos de sus casas viejas» (1952: 14). La glosa del tópico de las Hespérides se cambia por la referencia a los emprendedores sollerenses que han costeado de su bolsillo el ferrocarril que les une con Palma, personificados en don Jerónimo Estades, su anfitrión en las breves horas pasadas en Sóller. Unamuno ofrece un resumen, en el que me parece percibir ecos de Rusiñol, acerca de las consabidas características del pueblo y sus habitantes:

Cerrado Sóller al resto de isla por su ceñidor de rocas y abierto al mar, los sollerines buscaron más allá de este sus destinos. Se fueron más allá, sobre todo al Mediodía de Francia, a toda Europa, a vender sus naranjas, después las de otros, a comerciar en fruta. Y así se enriquecieron. Aspírase un aliento de bienestar por dondequiera. La *aurea mediocritas*, la discreta fortuna, se ha ido colando por entre aquellos naranjales. Es un pueblo donde la gente se retira a paladear lentamente el fruto del trabajo (1929: 188).

Salaverría, en sus dos textos sobre Mallorca (1928 y 1933), titula el capítulo dedicado a Sóller de la misma manera: «El paraíso de Sóller». En el primero, igual que nos cuenta Grasset de Saint-Sauveur, asegura que los isleños le recomendaron

que fuera a Sóller, en su caso, para comprobar no solo la existencia del tópico hespérico, sino el horaciano *dulce et utile*, «como expedición muy amena y en cierto modo instructiva. En Sóller, me decían, todos los habitantes son ricos...» (1928: 39 y 1933: 69).

Opta Salaverría por ir en tren, que, inaugurado en 1912, era un factor de dinámica modernidad para la población del valle. Tras salir del último túnel, desde lo alto del collado —lo mismo que los viajeros decimonónicos, aunque estos habrían llegado a pie o a lomos de burro—, nos ofrece una breve panorámica del pueblo. Cien años antes, Cabanyes había escrito que el valle de Sóller era «una olla», incluso había elucubrado que el nombre mallorquín venía de ese término precedido por el artículo salado, «s'olla» (1970: 108). Salaverría prefiere el sinónimo *cazuela*: «Allá abajo, en lo hondo, aparece la población como una joya clara empavesada de verdura. El valle no muy extenso y en forma de cazuela está salpicado de alquerías y de casitas de placer» (1933: 71). El párrafo continúa con una clara referencia rusiñoliana:

Toda la tierra es un canasto de huertos, arboledas y floridos cultivos. Y esta rica joya de Sóller, para aislarse mejor, con cierto natural egoísmo de cosa demasiado feliz, tiene próximas unas altas montañas en forma circular, que sirven efectivamente, de estuche cerrado, de barrera (1933: 71).

Para concluir con una sensación que, a tenor del título del capítulo, era previsible:

Pocas veces he sentido, como en Sóller, la impresión de encontrarme en un pueblo perfecto. No encuentro otra palabra para

expresar ese grado de armonía, de plenitud, de haberlo logrado todo, que se experimenta en día radiante de primavera. [...] Sóller es el modelo, el arquetipo, el ensueño logrado (1933: 71-72).

Igual que Azorín en 1906, Salaverría, en su segundo viaje a Mallorca en 1933, se entrevista con Jerónimo Estades, «rey fundido en patriarca, fanático progresista» (1933: 75), hombre de negocios y diputado maurista, que trataba por todos los medios de modernizar y dinamizar el paraíso, algo que precisamente los paraísos no permiten:

Nada menos que un gran espigón rompeolas que convertirá el modesto puertecillo de pescadores en una auténtica dársena segura donde podrán atracar los mayores paquebotes de viajeros. Y así, contando con la situación avanzada de esta costa, el viaje del continente a la isla, vía Sóller, se adelantará lo menos en cinco horas ¿No es admirable el progreso? (1934: 75).

Salaverría incorpora a su texto la voz del señor Estades. Pero, en lugar de dialogar con él, contestándole, se dirige a nosotros los lectores en tono confidencial:

El señor Estades desearía que mi admiración alcanzase el nivel entusiasta de la suya. Pero no puedo impedir que en el secreto de mi alma reserve un recuerdo nostálgico para el bonito y lindo puerto de pescadores que hacía antes tan buena figura al pie de la barriada pintoresca, con sus goletillas blancas y sus barcas de muelle balanceo. Ahora el progresista espigón lanza sus bloques de portland sobre la azulada y armoniosa bahía, y mañana acudirán los voluminosos paquebotes a transformarlo todo (1933: 76).

Aunque, finalmente y por fortuna, se desestimó que los barcos de pasajeros atracaran en Sóller en vez de en Palma, el texto de José María Salaverría permite constatar que, en efecto, en la década de los años veinte y treinta, algunos de los mallorquines más emprendedores habían hecho suyas las llamadas al progreso y la necesidad de modernización insular que, en el libro *The Balearic Islands* (1876), señalaba el cónsul británico Bidwell.¹⁵⁰ Así como también fueron tenidas en cuenta las peticiones de Sand, Cabanyes, Cortada o Wood, de abrir caminos, inaugurar hoteles y mejorar las líneas de comunicación con la Península. Algo que, a la postre, habría de acabar con el mito del paraíso isleño. Salaverría concluye su reflexión sobre la modernización del pueblo con un consejo al señor Estades:

—Defiendan ustedes lo que hay de verdadero y profundamente rico en Sóller. No se olviden nunca de la belleza, y consideren que los habitantes de este valle paradisíaco, nada más que obedeciendo a su instinto más hondo han conseguido realizar la difícil y afortunada obra de un progreso incomparable, sin renunciar a los bienes de una consumada hermosura (1933: 76).

Sin embargo, el escritor castellanense no se daba cuenta de que la conservación del paraíso choca con el progreso y que este da al traste con aquel.

Las cuevas, ensueño de las mil y una noches

Las cuevas de Artá y las de Manacor son, sin lugar a dudas, otra isla dentro de la isla. Sorprenden al viajero y le animan a dejar constancia de que ha sido capaz de adentrarse en

las entrañas de la tierra para describir no solo el itinerario realizado, sino, sobre todo, sus impresiones. Sin embargo, aunque se tenía conocimiento de las cuevas de Artá desde siglos antes —el cronista Dameto en su libro sobre Mallorca, escrito en el siglo XVII, ya deja constancia de ello— muy pocos se atrevían a internarse por sus galerías porque se contaba que quienes lo habían intentado habían perecido en su interior. También las de Manacor eran conocidas desde la Antigüedad, aunque no será hasta mediados del siglo XIX cuando los viajeros se animen a visitarlas. Por eso, algunos —Laurens, Sand, Dembowski— ni siquiera consignan la existencia de las cuevas en las páginas de sus libros, y otros, como Davillier, despachan su presunta visita en menos de una línea y con errores.¹⁵¹

En cambio, en 1842, Francisco Javier Parcerisa y Pablo Piferrer, en el volumen sobre Mallorca, prestan mucha atención a las cuevas de Artá. El dibujante con tres magníficos grabados y el escritor con diez páginas (2004: 319-329) en las que la emoción por el espectáculo que el interior de la tierra presenta ante sus ojos prima sobre la descripción. Piferrer alude, como harán después otros viajeros, al Canto I de la *Divina Comedia* —una de las salas era ya llamada el Infierno— y apela al horror, la grandeza y el silencio como rasgos de lo sublime. Influidos por lo que observa, aliado con su imaginación y «con las ideas agolpándose en el cerebro» (2004: 324), componen una pequeña pieza teatral en la que dialogan las voces y los sonidos de la gruta con las voces de los pueblos y un coro de sacerdotes y guerreros, que, insertada entre las páginas dedicadas a las cuevas, le permite concluir con un canto de alabanza a Dios, gran artífice de la naturaleza (2004: 324-327). El texto de Piferrer, fruto de su

romanticismo conservador, entusiasmó a sus contemporáneos. Cortada lo tuvo muy en cuenta y afirmó que la descripción «poética y artística» de Piferrer, «a propósito para despertar deseos de ver las cuevas en el hombre más apático, cómodo e insensible» (2008: 75), era insuperable. Cortada considera igualmente que las cuevas de Artá son un vasto templo cuyo artífice es Dios «y cuya existencia se siente al ver que sin otros materiales de gotas de agua y sin más operarios que esas mismas gotas su mano omnipotente ha construido esa obra portentosa» (2008: 75).

Pagenstecher y su amigo Bunsen, según cuenta el primero, «estuvieron tres horas por lo menos sumergidos en las entrañas de esta maravilla» (1989: 145). Su intención era, sobre todo, científica: «efectuar descubrimiento de restos animales y hombres de la edad de piedra», pero la suerte no les acompañó y tuvieron que conformarse con ver «la magnificencia del espectáculo que nos revelaba, en este rincón desconocido casi del mundo, una de sus verdaderas maravillas» (1989: 141). De nuevo insiste Pagenstecher en la admiración que las cuevas de Artá le causan: «En mi vida había visto cosa que pudiera compararse a esta maravilla» (1989: 142). Su descripción de las galerías, salas, pasadizos pretende ser científica, no literaria, un rasgo que diferencia las páginas del catedrático de Heidelberg de las del resto de viajeros que nos han dejado constancia escrita de su excursión.

Posteriormente, en 1884, en el tomo IV de *Die Balearen*, del archiduque Luis Salvador, se recoge una descripción de las cuevas de Manacor, que «aun cuando no iguale en grandiosidad a la Cova de Artá, sí lo hace en hermosura, e incluso la supera en este aspecto» (1984: 33), como queda patente en los grabados que acompañan el texto. El archiduque

contribuirá en gran manera al descubrimiento de nuevas salas en las cuevas de Manacor, ya que sufraga los trabajos del espeleólogo francés Martel y del naturalista Matheu. Pero no será hasta 1922 cuando se abran al público en general.

Vuillier dedica el capítulo IV de sus dos libros (1973 y 2000) a la descripción minuciosa y extensa de las cuevas de Manacor. Con las de Artá, que visita en segundo lugar, es mucho más parco, pese a señalar que no le producen el sentimiento de malestar indefinible, casi de terror, que le había atenazado al adentrarse en las de Manacor, fruto, sin duda, señala, «de la atmósfera recalentada y también de la calidad del aire que allí se respira» (1973: 126 y 2000: 138).¹⁵² Asimismo realiza unos estupendos grabados para acompañar su texto. Desde la propia entrada, la cueva del Drac se le antoja un lugar tenebroso e infernal; sobre el dintel de la roca oscura que da paso a la cavidad le parece leer las fatídicas palabras de Dante: «*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*» (1973: 112 y 2000: 122). En efecto, no sé si inspirándose en Piferrer de manera directa o indirecta, el recuerdo de la primera parte de la *Divina Comedia* planea sobre la percepción de la cueva. A la descripción sigue la narración: «avanzo pero no veo nada», «el camino es tortuoso, estrechas y oscuras galerías bajo pesados arcos. A veces noto que me falta el aire [...], una opresión y una angustia muy grande me atenazan» (200: 132-133). Sin embargo, las sensaciones negativas no empecen para que el lago sea calificado de «elíseo», «en el que parece habitar alguna náyade o la ondina de los ojos verdes del cuentista español» (2000: 133).¹⁵³ El resto, igual que las salas, cuyas estalactitas y estalagmitas muestran formas caprichosas, se perciben de manera desagradable, monstruosa, terrible e infernal. De manera que al acabar el recorrido escribe:

Vaig tornar a veure amb alegria el sol brillant, el cel blau, la mar i els espadats. Jo deixava una visió estranya, fantàstica, ombrívola, fatal, quasi tràgica, i la nostra terra plena de llum m'encantava. Ja en tenia prou d'aquest món entumit, d'aquests abismes contemplats per la nit, on viuen essers sense ulls, dins una fosca infernal, on dorm, dins l'etern silenci una aigua d'aparença fluida com l'aire, on s'obren abismes terribles on retrunyen potser, a profunditats que escarrufen, aigües sense claredat (1973: 125-126).

Me alegré de ver de nuevo el sol brillante, el cielo azul, el mar y los acantilados. Abandonaba una visión extraña, fantástica, oscura, fatal, casi trágica, y nuestra tierra llena de luz me parecía maravillosa. Ya tenía suficiente de todo aquel mundo adormecido, de aquellas simas contempladas por la noche, en las que viven seres sin ojos, en una infernal oscuridad, donde duerme, en el eterno silencio, agua fluida como el aire, donde se abren abismos terribles, donde rugen tal vez, a profundidades espantosas, aguas sin luz (2000: 135).

Probablemente, Edgard Allan Poe o Lovecraft no hubieran tenido inconveniente en hacer suya esta descripción.

Mucho más parco que Vuillier es Wood, que, en cambio, prefiere las cuevas de Artá a las de Manacor; a estas se refiere sobrecogido:

La atmósfera era húmeda y sofocante. Parecía como si cada revuelta nos fuera acercando a la fragua de Vulcano. La base de muchos parajes estaba formada por estanques o lagos, negros como el Erebo, en algunos de los cuales estuvimos a punto de caer de cabeza, debido a irregularidades del camino. ¿Conducían hasta abismos inexplorados aún? Su aspecto

parecía apto como para conducir a cualquier lugar prohibido (1968: 146).

Por el contrario, de las de Artá nos transmite una visión muchísimo más grata:

Una larga y empinada cuesta conducía hasta la entrada de las cuevas, un camino de los más hermosos que he visto; bello y salvaje, con algo grande e inspirador; el mar resplandeciente, perdiéndose a lo lejos, las verdes colinas de enfrente, altas y amplias, y el acantilado rocoso que constituía nuestro camino. Un verdadero paraíso. En tales ocasiones, un sentimiento de paz y reposo se asienta en nosotros. No hay nada en el mundo que se pueda comparar con este sentido de belleza y perfección que tan solo se encuentra en estos ignorados y no hollados senderos del mundo [...]. Las cuevas de Artá pueden contarse entre las maravillas del mundo; son extensas, con muchas cámaras, anchas y altas. Presentan gran variedad de formas fantásticas, todas ellas en gran escala. Inmensos pilares subiendo hacia lo alto, hermosos y estriados, cual si los hubiera diseñado algún genio [...]. Escenas ultraterrestres nos rozaron con su magia, más maravillosas que cualquiera de las noches de Arabia (1968: 154-155).

Santiago Rusiñol, en *L'illa de la calma*, dedica dos capítulos a las cuevas, «La calma interior» y «Més coves» (1974: 186-195). Coincide con Vuillier en preferir la luz del sol a la oscuridad de las entrañas de la tierra y con su habitual ironía asegura que la impresión más agradable que las cuevas ofrecen consiste en poder abandonarlas, saliendo al exterior. (1974: 190). Igual que Vuillier alude a los dos catalanes que,

junto a su guía, se perdieron en las cuevas de Manacor y permanecieron allí casi un día hasta que fueron rescatados. El autor francés trata de transmitirnos la angustia de los encerrados, acentuando el drama que están viviendo: por más que intentan buscar la salida no la encuentran, a medida que pasa el tiempo su desazón aumenta, el terror a perecer en la oscura cavidad se intensifica, sin auxilio de nadie, van a morir. Rusiñol, por el contrario, utiliza su sentido del humor, que tan buenos resultados le da. Así, por ejemplo, asegura que los naufragos de bajo tierra, al recapacitar sobre su situación, advirtieron que carecían de comida. Se podían comer al guía —que, por descontado, se lo merecía— aunque antes había que matarlo y no tenían con qué; además, una vez muerto hubieran tenido que comérselo crudo... y a un guía crudo no hay quien se lo coma.¹⁵⁴

Rubén Darío no visitó las cuevas en ninguno de los dos viajes, ni tampoco Azorín. En cambio Unamuno fue a las de Manacor y consideró que el lago de la Gran Duquesa de Toscana, madre del archiduque Luis Salvador, bautizado en honor de aquella en agradecimiento a su hijo, que, como ya se ha apuntado, había sufragado y alentado los trabajos de los espeleólogos, «es sin duda una de las maravillas que puede verse en el mundo» (1929: 175). A Unamuno le parecen «cosa de *Las mil y una noches*» en coincidencia con Wood, que igualmente evoca «Las noches de Arabia». Por el contrario, a Miomandre las cuevas no le gustan, prefiere las marítimas, a las que se «accede sin la tabarra que proporcionan los guías»; considera también «que satisfacen con creces el gusto de los imbéciles por lo raro, por lo excepcional. Y en un país donde cabalmente todo es bello en pleno día, esa extravagancia subterránea me deja frío» (1934: 89).

Opina además que el espectáculo, que ya a principio de los años treinta se ofrece a los turistas, es cursi.

Valldemosa, «El lugar más bello que he habitado»

No cabe duda de que Valldemosa debe, en primer lugar, su prestigio a la pareja formada por George Sand y Chopin. Ambos dedicarán a su paisaje los elogios más encendidos, Chopin en su correspondencia privada y Sand en sus memorias. Muchos años después de abandonar la isla, la novelista, al recordar, en la *Histoire de ma vie*, sus días en Valldemosa, asegura: «Es el lugar más bello que he habitado y uno de los más hermosos que he visto» (2009: 532). Con anterioridad, en *Un invierno en Mallorca* y aún más entusiasmada por el paisaje que se divisa desde la cartuja escribió: «Esta es una de las vistas que colman, porque nada dejan que desear, nada que imaginar. Todo lo que el poeta y el pintor puedan soñar, la naturaleza lo ha creado en este sitio» (1932: 106).

El elogio de Sand ayudará sin duda a mitificar Valldemosa, que muy pronto, a partir de la publicación de *Un hiver à Majorque*, se convertirá en un lugar esencial e ineludible para los viajeros, tanto para los que llegan en el siglo XIX como para los que visitan Mallorca durante la primera mitad del siglo XX, desde Rubén a Azorín o desde Unamuno a Borges o Salaverría.

Sin embargo, el imaginario valldemosino, inaugurado por Sand, tiene antecedentes en Jovellanos, que asimismo habitó la cartuja durante los primeros años de su destierro, y acaba de configurarse gracias al archiduque Luis Salvador, que, con el falso nombre de conde de Neudford, emprende el *Gran Tour* de formación y, en una de sus escalas mediterrá-

neas, desembarca en Mallorca en 1867. Se queda tan prendado de las bellezas de la isla que no solo regresa en 1871, sino que compra grandes extensiones de tierras entre Valldemosa y Sóller, para permanecer en ellas largas temporadas a partir de 1872.¹⁵⁵ Él contribuye poderosamente, tanto por su prestigio como por su extravagancia, a que el itinerario que, desde Valldemosa, pasando por Deyá, conduce hasta el tan recomendado pueblo de Sóller, quede preestablecido como imprescindible para cuantos viajeros lleguen a Mallorca. Incluso el cónsul británico Bidwell, poco dado a los entusiasmos paisajísticos, dedica un capítulo de su libro a la zona¹⁵⁶, que no tardará en convertirse en «la maravilla oficial» ofrecida a los viajeros, tal como constata Unamuno.¹⁵⁷

Valldemosa, por la época en que Jovellanos fue desterrado a la cartuja, era considerada uno de tantos pueblos mallorquines al que los viajeros apenas prestaban atención, como podemos documentar en Laborde o en Grasset. El único interés del lugar consistía en que había sido residencia del rey Sancho, antes de que el rey Martín el Humano, en 1399, cediera el edificio a los cartujos, que lo adecuaron y rehabilitaron hasta que tuvieron que abandonarlo en 1835, debido a la desamortización de Mendizábal. Son los textos de Jovellanos los que ponen por primera vez a Valldemosa en el mapa literario y artístico. El escritor ilustrado describe los frescos de la bóveda de la iglesia pintados por el cartujo Miguel Bayeu, cuñado de Goya, y toma notas sobre Catalina Thomás, la santa mallorquina, nacida en el pueblo. No obstante, no es el recuerdo de Jovellanos el que induce a George Sand a instalarse en Valldemosa, sino las alabanzas de su amigo Francisco Frontera, por entonces el maestro de canto más famoso de París, que era tan entusiasta de Valldemosa que utilizaba su

nombre como seudónimo. Sand frecuentaba las reuniones parisinas de españoles a las que, además de Frontera, solía acudir el exministro Mendizábal y los condes Marliani, que, igualmente, le recomiendan viajar a Mallorca. La Sand trata de huir de la maledicencia y cobijar sus amores chopenianos en un clima propicio, lejos de los dimes y diretes de sus amigos y, en especial, de los de Chopin, que no ven con agrado la relación entre ambos. Mallorca, que está lo suficientemente lejos y lo suficientemente cerca de Francia, cumple con los requisitos exigidos para una estancia agradable. Tras el fallido intento de quedarse en Establiments, Valldemosa y su desamortizada cartuja parecen propicios para la tranquilidad que la escritora y el músico necesitan.

El mito de Valldemosa se construye, pues, a base de literatura y ciertas dosis de morbosidad. Por un lado, gracias a los libros *Un hiver à Majorque* y *Die Balearen*. Aunque quizá sean las obras más personales del archiduque, como *Lo que sé de Miramar* y *Somnis d'estiu ran de mar*, ambas escritas en mallorquín, las que más hayan contribuido a la fijación de los tópicos paisajísticos del lugar. En ese sentido, *Un hiver à Majorque*, pese a ser un texto mediocre que no está a la altura del resto de las obras de la escritora, se convertirá en el más conocido y divulgado libro de viajes sobre la isla de la Europa de su tiempo, moldeando, a través de la visión romántica, la impresión que produce el paisaje, y sublimándolo, lo mismo que hace Luis Salvador de Habsburgo, una sublimación que también leemos en la mayoría de textos de los viajeros que vienen después. Por otro lado, tanto George Sand como Luis Salvador despiertan interés por sus vidas, no precisamente edificantes, sino escandalosas. A ambos se les atribuye una larga lista de amantes e, incluso, escauceos

con personas de su mismo sexo. Asombran por sus excentricidades: la escritora viste pantalones, mientras que el príncipe asegura no tener más que los que lleva puestos. Se les considera distintos, raros, se les condena y, a la vez, se les admira por ser libres y demostrarlo sin paliativos. Ambos, finalmente, se han convertido en sendas leyendas ligadas a un territorio determinado para beneficio de los autóctonos.

La fama de Sand influirá de manera especial en los viajeros franceses, que peregrinarán hasta la cartuja para buscar los vestigios dejados por la escritora. Así lo hace Laurens, que insiste en señalar que el paisaje más característico de Mallorca, el más emblemático, es la zona que va desde Sóller hasta Valldemosa. «Entonces creí tener que limitar mis incursiones a las zonas de Sóller y Valldemosa, que, según me decían, resumían los diversos aspectos pintorescos de la isla y las características de la vegetación que le es particular» (2006: 94). Aunque, a ese atractivo, hay que unir el hecho de que George Sand hubiera residido en la Cartuja:

La celda que ocupé es la que había alojado unos meses antes a la mujer célebre; las naranjas que cargaban los árboles del pequeño jardín que depende de la celda, y las granadas con las que me refrescaba, habían abierto sus flores ante los ojos de la mujer poeta; la lámpara modesta, o mejor dicho, rústica, que me iluminaba por la noche había ardido ante George cuando esta dedicaba sus veladas a su obra. Pero no encontré más rastro característico de su estancia que una pipa de largo cañón y su recuerdo que no perecerá (2006: 99).

También Demboswki recuerda que fue a Valldemosa para ver a George Sand y escuchar de su boca los duros jui-

cios sobre los habitantes del pueblo, aunque también se percate de los que estos vierten sobre ella por no ir a misa, fumar, tomar café o trasnochar... De todo ello deduce con ironía que el vendaval Sand puede ser comparado a la insurrección carlista de Manacor en 1835 (2008: 459).

Más comedido es el barón Davillier, que, por descontado, también viaja a Valldemosa, pero nada dice de la opinión que los lugareños tienen de la escritora, limitándose a apuntar que aún «la recuerdan» (1949: 964), y menos todavía del rechazo que los valldemosinos le provocaron. Se lamenta —eso sí— de no encontrar ninguna pertenencia suya en la celda: «no vimos ninguna reliquia, menos afortunados en esto que M. J. B. Laurens». En cambio, transcribe el párrafo en que la novelista describe con entusiasmo el bello panorama que divisa desde la cartuja (1949: 961).

Gaston Vuillier culpa a la mala suerte de todo cuanto les sucedió al músico y a la escritora «en este lugar admirable», y a la poca caridad que con ellos tuvieron los lugareños. En cambio, considera que, en compensación, la naturaleza desplegó bajo sus ojos maravillas que les deslumbraron (1973: 61). También se lamenta de que, pese a haber pasado todo un invierno en Valldemosa, «el recuerdo de sus dos grandes figuras no se haya conservado», nadie quiso mostrarle «las celdas en las que habitaron ni nadie entre los más ancianos recordaba haberlos visto» (1973: 61).

No solo los viajeros franceses van a Valldemosa en busca del lugar que cobijó durante unas cuantas semanas a la baronesa Dudevant, familia y amante; también lo hacen algunos ingleses, como sir Charles William Wood. A este, la vista del pueblo le lleva a escribir: «Apenas puede concebirse nada tan romántico, y un amigo mío, que ha visto gran parte del

mundo, me dijo que esta parte de Mallorca debía de ser uno de los lugares más sublimes del mundo» (1968: 275). A la zaga de Sand, desea «vivamente conocer el monasterio», que para él «tenía un encanto sin nombre» (1968: 276), pero encuentra la celda cerrada.¹⁵⁸ Tal posibilidad frustrada espolea la imaginación del autor, que asegura haber conocido a Sand en París cuando era niño y ahora percibe que la cartuja «está llena de su presencia. Me parecía ver su figura, y la del refinado, casi femenino Chopin, por todas las vueltas y revueltas del pasillo, como si asomara por todas las puertas»¹⁵⁹ (1968: 277).

Bidwell, por el contrario, aunque alaba el paisaje de Valldemosa y describe la cartuja, ni siquiera menciona a Sand. Sí lo hace Gordon West, que en *Un paseo por Mallorca*, opina que la escritora debiera de haber disimulado «que era una mujer emancipada» (1996: 77) e intentado trabar amistad con los lugareños en vez de enemistarse con ellos. Las buenas relaciones le hubieran hecho mucho más agradable la estancia.¹⁶⁰

Por el contrario, ninguno de los viajeros españoles se inclina a favor de Sand. Piferrer la menosprecia y se dedica a criticar *Spiridion*, cuyos personajes evidencian «espantoso desorden de ideas y mortal disgusto del ánimo»; defiende, en cambio, al pueblo, «que extraña atónito su aislamiento y sus nocturnos paseos [...] y en el que ha hecho asiento de muy antiguo la hospitalidad y la sencillez» (2004: 286). Por su lado, Cortada resume, en parte, los puntos de vista vertidos por Piferrer sobre Sand, aunque coincida con la escritora francesa en diversos aspectos relacionados con el atraso isleño.¹⁶¹

Rusiñol, en los textos mallorquines anteriores, no incluye referencia alguna sobre Sand. En cambio, en *L'illa de la calma*, libro aparecido en 1913, le dedica todo un capítulo,

en el que señala que su estancia es el hecho histórico que más eco ha dejado entre las piedras de este monasterio venerable.¹⁶² Como en tantas otras ocasiones, las notas de Rusiñol son, en mi opinión, las más certeras y también las más brillantes. El escritor catalán señala que las ideas librescas de Sand, tomadas de Rousseau y de Chateaubriand, repercuten en deformar la visión que sobre los valldemosinos ofrece la escritora, puesto que, en su opinión, al llegar no encontró en consonancia las cosas que ponían los libros¹⁶³ y de ahí surgió su desencanto. En vez de gentes pacíficas apegadas a las costumbres, Sand deseaba encontrar lugareños sencillos, pero deseosos de los aires de libertad que ella traía consigo; tranquilos, pero reivindicativos... «Però com que estaven contents de la seva illa i de la seva sort, naturalment no protestaven; i tenir una protestadora i no saber-la endevinar va ser un crim de lesa badada, que també degué contrariar-la»¹⁶⁴ (1974: 112). En consecuencia, el desencuentro de la escritora de ideas revolucionarias —aunque de costumbres muy burguesas— con los habitantes de Valldemosa, perplejos ante su comportamiento, estaba servido ya desde el momento de su llegada.

En 1956, Robert Graves traduce al inglés *Un invierno en Mallorca*, añadiéndole la refutación de José María Quadra, un prólogo (XI-XII) y un muy interesante «Historical Summary» (1996: 175-185),¹⁶⁵ en el que señala hasta qué punto el libro de Sand describe un conflicto personal entre el mundo clásico prerrevolucionario y el mundo del romanticismo posrevolucionario. La escritora trató de llevar a los mallorquines la buena nueva de que el mundo, tras la Revolución Francesa, había cambiado y de que, siguiendo su ejemplo de mujer liberada, los atrasados isleños podrían

librarse, a su vez, de sus trabas. Pero fracasó, y su derrota le dejó un pésimo sabor de boca.

Azorín, en sus artículos de 1906, no presta ninguna atención a George Sand, a la que dedicará, bastantes años más tarde, en 1929, un artículo, a raíz de una reedición de *Un hiver à Majorque*.¹⁶⁶ En cambio, Rubén Darío trata de ella por extenso en dos capítulos de *La isla de oro*: «George Sand y Chopin» (2001: 188-196) y «Todavía sobre George Sand» (2001: 197-206). De nuevo, en *El oro de Mallorca* le dedica el capítulo III (2001: 247-253). Darío maneja la traducción de Pedro Estelrich de *Un invierno en Mallorca*, con prólogo de Gabriel Alomar, que este le proporciona a petición suya.¹⁶⁷ Es de la lectura de tal texto de donde provienen las referencias incluidas en los artículos enviados a *La Nación*, integrados luego en *La isla de oro*. Sin embargo, durante su segunda estancia, como seguramente no tiene a mano la traducción española, es el propio Darío quien traduce de una de las ediciones francesas (Maristany, 1978: 94, nota 9). Echa mano de su ironía para tratar de la «incómoda» figura de George Sand.¹⁶⁸ Incómoda, en primer lugar, para los amigos mallorquines del autor de *Azul*, que todavía no le han perdonado sus improperios contra la población.¹⁶⁹ Y, en segundo lugar, incómoda para la acendrada misoginia de Darío, que llega a escribir: «Una literata, casi no es una mujer; es un colega» (2001: 189).

El escritor nicaragüense hace suya la idea, tan extendida a comienzos del siglo XX, de que solo virilizada la mujer podía entrar en el terreno vedado de la literatura, el terreno de la creación, que no le correspondía, puesto que su misión exclusiva debía consistir en la reproducción. En ese sentido, la diatriba de Darío no tiene nada de particular. Precisamente, George Sand había roto moldes y transgredido las

prohibiciones que la visión patriarcal imponía a su sexo: escribía y tenía amantes, como los hombres. Algo que a Darío no le parecía adecuado, de ahí que la moteje de «doña Juana» e incluso le dé la razón al marido de Aurora Dupin, que, en el proceso de divorcio, la acusa de depravada y de madre nada ejemplar. En «Todavía sobre George Sand», transcribe y glosa con sarcasmo diversos pasajes de *Un invierno en Mallorca*. El más interesante, quizá, es el que le propicia la propia Sand cuando, también con ironía, trata de la importancia que para los mallorquines tiene el cerdo, lo que le permite añadir unas malévolas conclusiones:

El cerdo preocupa a la escritora. Paréceme que su figura simbólica pasa a través de toda esa temporada romántica y de otras temporadas. La buena señora de Nohat está aún en los fuegos de sus fuertes años, y el chancho, como se dice en algunas partes de América, es su bestia favorita. Buenos son para los ratos de ensueño y de melodía ideal o musical, el cisne de Musset, entre las lagunas palúdicas de Venecia, el cisne de Chopin en la soledad claustral de donde debe brotar *Spiridion* al compás de tales o cuales nocturnos; mas llega la hora del cerdo y la terrible trigüeña no guarda sus entusiasmos sino para el compañero de San Antonio (2001: 201).

Frente al cerdo y lo que ese pobre animal representa —de materialismo sucio y lucrativo—, especialmente durante el fin de siglo,¹⁷⁰ Darío contrapone el poético cisne encarnado en dos personajes masculinos que admira: el poeta Musset y el músico Chopin. El único elemento que considera positivo en George Sand es —¿podía ser de otro modo?— «su lado maternal» para con Chopin, aunque continúa:

en su obra no hay un solo pasaje en que se revele entusiasmo por el arte que es la adoración y la vida del pobre polaco, lleno de ensueño y de armonía. En cambio, aparece a cada paso la *ménagère*, la burguesa que no descuida la despensa, y que nota en Valldemosa cuando la criada María Antonia le roba un bizcocho o una chuleta (2001: 202).

Y si en *La isla de oro* el animal asociado a la escritora es el cerdo, aunque no se atreva a llamarla directamente *cerda*, en el capítulo tercero de *El oro de Mallorca* la describe como una gata rijosa: «Chopin enamorado, víctima de aquella curiosa hembra, caso teratológico por su intelectualidad y que cuando no era toda literatura era toda sexo... Una gata rijosa que comía ruisseñores... ¡Pobre Chopin, pobre Musset!» (2001: 247). También en el mismo libro, Itaspes, músico como Chopin, considera igualmente que se ha visto sometido a los influjos de una *femme fatal*:

La mujer, amigo mío, es la peor de nuestras desventuras, por sí misma, por su naturaleza, por su misterio y su fatalidad. Muchos padres de la iglesia han dicho sobre eso cosas ciertas y profundas. Y su daño está en el amor mismo, en un paraíso de temporada, en un goce que pasa pronto y deja mucha amarga consecuencia. Y no me juzgue usted un misógino (2001: 247-248).

Remacha, para acabar, con la sarta de lugares comunes. Unamuno no se extiende sobre George Sand en la visita a Valldemosa, que describe en la segunda parte de «En la isla dorada». Creo poder deducir que se acerca a ella a través de los textos de Darío. Dudo que leyera *Un hiver à Majorque*,

aunque lo cita. Me inclino a pensar que su falsilla son los dos artículos que Darío mandó a *La Nación*¹⁷¹ y que Unamuno, colaborador del mismo periódico, conocía sin duda, puesto que la conclusión a la que llega es la misma que se desprende de los textos del autor nicaragüense: «Chopin —escribe Unamuno— estaba enfermo de tisis y enfermo de la Sand». Además, la palabra *ménagère* utilizada por Darío y las referencias a la maternal escritora, a quien el músico estorba, proceden, en mi opinión, de «Todavía sobre George Sand» (Darío, 2001: 202). Unamuno, a quien la escritora resulta antipática, concluye las breves líneas que le dedica con otra nota negativa: «Es curioso leer que se quejaba de la falta de caminos en un país que está entretejido de ellos» (1929: 194). Cabe puntualizar que Sand no se quejaba de la falta de caminos, sino de que eran pésimos, un reproche que también encontramos en Cabanyes y en Cortada.

También desde 1913, el nombre de Rubén Darío irá de manera indisoluble unido a la cartuja de Valldemosa. Unamuno destina mucho mayor espacio al poeta nicaragüense, que «se refugió maltrecho» al amparo de los Sureda, y ofrece algunos datos sobre la atormentada estancia rubeniana, facilitados por sus anfitriones.

Las diatribas contra George Sand, en especial de los viajeros españoles, se truecan en alabanzas cuando se refieren al archiduque Luis Salvador. A partir del momento en que este se instale con su pequeña y estrafalaria corte en sus fincas de Miramar, cuantas personas lleguen a Mallorca con la intención de escribir sobre su estancia tratarán de conocerle o se acercarán, por lo menos, a sus posesiones.¹⁷²

Durante los años en que se elabora *Die Balearen*, científicos, antropólogos y dibujantes extranjeros serán sus huéspedes

des en Son Moragues o en Son Marroig.¹⁷³ Además, Luis Salvador sufraga una hospedería, *Ca madó Pilla*, junto a la carretera que une Valldemosa con Deyá, en la que cualquiera podía alojarse sin pagar hasta un máximo de tres noches. Allí recalca Charles Wood en sus dos viajes (1886 y 1887) y deja constancia en unas notas líricas de la vista «más gloriosa que nunca; aquella maravillosa combinación de colores, del azul del cielo con el azul del mar, las alturas perdiéndose a lo lejos pobladas de bosques, fértiles laderas de viñas y olivos, con el sol dorado brillando y resplandeciendo intensamente sobre todo» (1968: 285), antes de pasar a narrar su encuentro con Luis Salvador en Miramar.¹⁷⁴ Gaston Vuillier también fue huésped de *Ca madó Pilla*, y un criado de la casa le guió a través del bosque hasta un mirador de la *possessió*. Ante los acantilados de Miramar, el escritor francés —pese a que asegura ser noche cerrada y sin luna, y que solo se alumbra con una linterna— divisa «un espectáculo lleno de grandeza y extrañeza y casi de horror» (1973: 65). El lugar une a su fiera belleza salvaje la huella de Ramon Llull, que fundó allí el colegio de lenguas orientales. El archiduque, respetuoso con las tradiciones baleáricas y con su naturaleza —no permite que los campesinos talen árboles y les paga para que los mantengan—¹⁷⁵, lo es más aún con el culto al autor de *Blanquerna*, en cuyo honor organiza en 1877 una sonada fiesta literaria para celebrar el sexcentésimo aniversario de la fundación de Miramar, además de erigirle un oratorio con piedras traídas desde Bugía, donde el beato había sido martirizado, según cuenta Vuillier (1987: 20). El interés de Luis Salvador por Llull, el primer europeo en abandonar el latín para escribir sobre filosofía en lengua vernácula, le lleva incluso a proteger a los lulistas mallorquines, Jeroni Rosselló y Mateu Obrador.

Vuillier escribió sobre el archiduque no solo en *Les îles oubliées* y *Viaje a las Islas Baleares*, sino también, y de manera especial, en *Miramar de Mallorca* (1895), inaugurando entre los viajeros franceses el culto al archiduque y a sus tierras mallorquinas. Un culto que también le rendirán Bidwell —muy poco dado a expansiones entusiastas—, Wood, Rusiñol, Azorín, Rubén Darío y Unamuno. Todos sin excepción ensalzan la generosidad del príncipe para con Mallorca. Incluso Rusiñol abandona sus divertidas ironías cuando trata de Luis Salvador:

És un príncep que viu retirat, en plena contemplació. No mira la roba; no mira els títols; és un home que es creu ben home. Un l'interessa, s'hi apropa i li allarga una mà gruixuda. Té ulls blaus i cabell ros del Nord; però el sol de la terra i del mar li ha patinat el rostre, amb una morenor de penya daurada. A casa seva obre les portes als caminants i als peregrins. Escriu, mira el mar i contempla, car sols un contemplatiu podia deixar la seva pàtria i les vanitats de la cort, i les sumptuositats del luxe per escollir-ne una de nova i arribar a parlar sa llengua, i no per un mes com a turista, sinó quaranta anys de vida, i arrelar-se, en contemplació, com un roure d'aquestes serres.¹⁷⁶ (1974: 131)

Azorín, que visita los predios de Miramar, se detiene en el museo del archiduque por recomendación de Maura, y considera que de él se debería tomar ejemplo en todo el país para reunir y mostrar los objetos artesanales, que tanto dicen de las tradiciones y de la antropología de los distintos lugares. Recordemos que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, los Gobiernos europeos se interesaron por la crea-

ción de museos etnológicos coloniales (Litvak, 1984: 12). Algo debió de influir este hecho en el interés del archiduque por organizar su colección.

Rubén Darío se refiere al príncipe austríaco con entusiasmo desde su primera estancia y, en la «Epístola a la señora de Lugones», alude al personaje «que las pomas de Ceres y las uvas de Baco / cultiva, en un retiro archiducal y egregio». A ese respecto, sin duda atractivo para la estética dariniana, hay que añadir que el archiduque fuera hermano del misterioso Juan Salvador que, bajo el nombre plebeyo de Juan Orth, decide embarcarse un buen día rumbo a los mares del sur sin que de él ni de su barco se volviera a tener noticia alguna. Sobre este insólito personaje, el político y periodista Eugenio Garzón publicó, en 1906, un libro, *Juan Orth, su huella, su carácter, su destino*, que Darío leyó con avidez y reseñó elogiosamente.¹⁷⁷

Al archiduque y a Ramon Llull dedica Rubén un capítulo de *El oro de Mallorca*, titulado «El imperial filósofo», a raíz de una visita que el protagonista del libro hace a Miramar, andando por una estrecha senda sobre el acantilado. Una caminata que recuerda otra de George Sand en *Un invierno en Mallorca*. Ambos mencionan, con tintes netamente románticos, el peligroso abismo que se abre sobre las olas, y también ambos aluden a la belleza del mar. Rubén echa mano de su lujoso repertorio modernista: «Allá abajo, húmedos zafiros marinos, líricos cristales de poemas. Allá abajo, como a la altura de dos o tres torres Eiffel, las aguas de las barcas de Homero» (2001: 205).

Darío no escatima adjetivos para ofrecernos su impresión del paisaje de Miramar, que le subyuga. Le parece recién creado, lleno de

una frescura cual la de la primera mañana del mundo. Surgen gigantes, rompiendo el seno secular, los huesos del globo. [...] Mas mis entusiasmos, ante el maravilloso espectáculo, uno de los más maravillosos que puedan contemplarse sobre la faz de la tierra, convergieron a la augusta persona luminosa (2001: 209).

Se refiere al creador de *Blanquerna*, por quien el archiduque se apasionó. ¿Qué mejor patrono podía escoger para huir de la corte austríaca?, se pregunta Darío y prosigue: «muy cristiano y lulista no llegó, naturalmente, al misticismo del beato eminente. Hay en él algo de pagano, puesto que tiene algo de poeta. Es poeta por el amor a la naturaleza y por la filosofía» (2001: 212). Un texto del propio archiduque, *Somnis d'estiu ran de mar*, corrobora la opinión de Rubén:

En aqueixa vora, bella entre ses més belles des Mediterrani, varen néixer aquests somnis [...]. Sa contemplació de sa naturalesa presa així com és degut, ha d'esser mirada com una oració en la qual s'homo s'inclina, sumís, davant es Criador de tots aqueixos miracles¹⁷⁸ (1990: 101) .

Luis Salvador distingue muy bien entre los trabajos científicos de su *Die Balearen*, basados en la objetividad de los datos que las encuestas de sus *Tabulae Ludovicianae*¹⁷⁹ ofrecen de acuerdo con las nuevas corrientes positivistas, y las múltiples sensaciones que le depara su comunión con el paisaje, especialmente el de la costa norte mallorquina, cuya belleza grandiosa no se cansa de contemplar:

En aquesta solitud de sa vorera sa veu humana casi destorba i quan aquí un parla amb un altre ho fa petit com si tengués

por de rompre aquest elevat silenci. Un té por d'introduir un desacord en aquest acord de sa naturalesa a on tan sols ressalta es girar de ses valzies a l'entorn de ses timbes llunyadanes, que sembla acompanyar es rítmic batre de la mar. Casi se sent un temptat de retenir sa respiració a fi de poder escoltar millor. [...] A vegades corren els nigulats prop de ses muntanyes i llavors van cap enrere com empesos per una força invisible, i és que d'allà ses muntanyes hi ha un altre vent qui los sempenteja. S'aire reposa tranquil lo mateix que la mar, o millor dit, aquesta reposa perquè no hi ha vent, i així sa nostra ànima en aquesta tranquil·litat de sa naturalesa reposa doblement. Perquè si veim reflectits els nostres sentiments dins sa naturalesa, per altra banda també sa naturalesa influeix damunt noltros excitant, inspirant o tranquil·litzant, segons ses circumstàncies. És una influència de la qual en els primers instants de possessionar-se de noltros no mos ne temem; no la podem tocar, ni veure, i la sofrim inconscientment. És un ambient consemblant a s'esfera d'idees dins la que fórem educats i que pel mateix ens proporciona també s'educació. És es to que dóna sa naturalesa. Per tot aquest contorn hi fa ombra, però fins ara havia resplandit aquí es sol. Ses roques són encara calentes, i s'olor des fonoll marí umpl de tal manera s'aire, que s'embatol no és capaç de dur-les-se'n i quasi entabana. Ses ombres llunyanes tornen blavenques. Ses roques que encara banya es sol passen des color vermell de coure a n'es dorat. Cap barco es veu en tot s'horitzó, sols ses barques de sa fantasia caminen cap envant, i malgrat això no s'experimenta aquí sa sensació d'isolament que s'experimenta damunt una muntanya. S'ona, aquí, apar que juntí tot el món en una abraçada gegantina i que a tots nos reunesca. Sovint he escoltades ses ones i moltes vegades me sembla que modulen conversacions

de coneguts estimats qui són a lluny. Hores i hores les he escoltades i sempre me sembla que diuen coses noves¹⁸⁰ (Lluís Salvador, 1990: 139).

El archiduque escogió la costa norte mallorquina, pero, a la vez, la costa norte lo eligió a él para transmitirle los secretos de su mágica atracción.

FINAL

Durante casi un siglo, entre 1837, fecha en que Josep Antoni de Cabanyes llega a Palma, tras inaugurarse la primera línea regular entre Mallorca y Barcelona, y 1936, fecha poco propicia para emprender viaje alguno a tierras españolas, he podido constatar, a través de más de una treintena de textos, hasta qué punto la visión del imaginario insular se ajusta a Mallorca, con alguna excepción como la de Pla, y se convierte en un tópico recurrente, tal como puede observarse en las páginas transcritas y en otras muchas que no he traído a colación porque resultarían redundantes.

La cronología que los libros de viajes sobre Mallorca nos permiten trazar indica la evolución del molde literario, en el que la experiencia viajera se vierte, de acuerdo con las diferentes épocas y modas: notas y observaciones, diarios, itinerarios, cartas, artículos periodísticos y, finalmente, entre los últimos viajeros, Salaverría y Miomandre, estampas. Pese a esa diversidad y a la de sus autores —ilustrados como Cabanyes, románticos como Piferrer o modernistas como Darío—, el encuentro con la otredad mallorquina es mucho menos divergente de lo que cabía esperar.

Si en los textos de los viajeros que van a Mallorca se cumple con creces la característica autorreferencial del género, en mi opinión, este hecho no solo puede achacarse a que los libros de viajes se suelen escribir tras la lectura de otros libros de viajes haciendo acopio de intertextualidad, sino a lo que comporta el arquetipo isleño.

El viaje adquiere una dimensión especial cuando el viajero se dirige a una isla, y no al continente, por lo que esta implica en el imaginario humano como espacio edénico acotado y aislado microcosmos paradisiáco, lugar primigenio en el que se conserva una naturaleza y unos naturales incontaminados. La llegada a la isla, la llegada a Mallorca, implicará, en consecuencia, la posibilidad de acceder a todas estas prerrogativas que parecen al alcance de la mano, como sueño largamente aplazado que por fin va a convertirse en realidad. En consecuencia, todas las peculiaridades de los *loca ficta mirabilia* se acoplan a Mallorca, para algunos incluso el de una isla terapéutica, como se ha visto.

En los textos examinados se reiteran una y otra vez los elementos del mito de la Edad de Oro que los viajeros traían consigo: paisaje bellísimo, naturaleza fértil, clima templado, bondad de sus hospitalarios habitantes. Precisamente por eso a algunos les costará tanto aceptar que lo que presuponían no se cumpla, como le ocurre a George Sand, especialmente con su relación con los isleños, que se comportan, a su juicio, de un modo muy distinto a lo esperado de la idiosincrasia tipificada en las páginas de los libros que ha leído sobre Mallorca. O con respecto al clima templado, que constituye otra condición de la isla ideal. Sand, pese a anotar esa otra bondad insular en las primeras páginas, no pasa por alto el terrible frío del invierno, el viento huracanado o la lluvia torrencial; y Cortada, que llega

a Mallorca en verano, anota que agosto resulta insoportablemente caluroso. Solo algunos advierten que las cualidades de los autóctonos pueden deberse al atraso, pero no aventuran cuál puede ser su origen ni les interesa indagar sobre sus causas. Tampoco la naturaleza mallorquina es tan ubérrima como la describen, ni por descontado da frutos sin ser sembrados, como puede parecer cuando leemos muchas de las descripciones de los viajeros, pero eso poco importaba a quienes pretendían recuperar con el viaje a la isla todo cuanto el continente parecía negarles, deseosos de corroborar que el mito de la Edad de Oro no pertenecía a un pasado remoto y ficticio, que seguía existiendo en una isla asimismo llamada de oro. De ese mito proceden también tres magníficas alabanzas a la isla que he querido dejar para el final de estas páginas. Se trata del homenaje a Mallorca de tres autores que escriben en lengua castellana: Azorín, Unamuno y Borges.

Azorín, tras su único viaje a Mallorca, a finales de agosto de 1906 envía al *Diario de la Almudaina* unas cuartillas con el título «Deseo»:

Cuando me abrume la fatiga, cuando mi mano esté cansada de escribir, cuando los años pesen sobre mi cerebro —si llegan a pesar—, así quisiera yo vivir, así quisiera yo morir. La tierra que amo es Mallorca. El paisaje que quisiera ver a todas horas es el de Miramar, y esta casa vieja con su ancho patio, en el que yo quisiera vivir, está en la costa frente a la inmensidad sosegada y azul. («Cuartillas para *La Almudaina*», *La Almudaina*, 30 de agosto de 1906).

Unamuno, en sintonía con Azorín, coincide en considerar que «La maravilla máxima que para los ojos del alma y para

el alma de los ojos ofrece Mallorca, está aquí, en Valldemosa y es la soberbia cornisa de Miramar». Y, a su vez, lo mismo que el Pequeño Filósofo, hace explícita una premonición en su primer artículo, «En la calma de Mallorca»:

Si un día la batalla de la vida me rinde, si mi coraje flaquea, si siento en el corazón del alma la vejez, me acordaré, estoy de ello seguro, de este pueblo tranquilo y feliz; me acordaré de su luz espléndida y también de su lago subterráneo de aguas tenebrosas y quietas; me acordaré de sus quietas legiones de almendros y de higueras, todos bien alineados; me acordaré de sus patriarcales molinos de viento volteando sus velas sobre los arreboles que deja el sol al ponerse en la sierra de la costa brava, me acordaré de esta paz (1929: 177-178).

Y, aunque en el momento de escribir ese texto la paz y el sosiego mallorquín le enerven, acabará por concluir con una admiración y una interrogación: «Y sin embargo, ¡qué grato es esto! ¿Quién acierta?» (1929: 178). Es difícil dar con la respuesta. Casi un siglo después de que Unamuno fuera a Mallorca me pregunto también: ¿acertaron los mallorquines que convirtieron la calma, la inmovilidad, el sosiego en rasgos de su idiosincrasia ligados al imaginario insular o acertaba el inquieto Unamuno, a quien ponían nervioso esas características, aunque paradójicamente las ensalzara? Mallorca como espacio de maravilla —de luz espléndida, lago subterráneo, naturaleza ubérrima, en la que viven las gentes tranquilas y felices— es para Unamuno un lugar que cobrará todo su sentido al ser recordado. «Me acordaré» aparece mencionado cinco veces en un párrafo de seis líneas. El recuerdo de la isla le servirá de antídoto contra las inclemen-

La catedral es un avión de piedra
que puja por romper las mil amarras
que lo encarcelan
la catedral sonora como un aplauso
o como un beso.
(Revista *Baleares*, 15 de febrero de 1921)¹⁸⁷

Tal vez contraponiéndolos al poema «Vésper» de Rubén Darío:

Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro
ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
en un azul de arcaicas mayúsculas
de los antifonarios y misales.
Las barcas pescadoras estilizan
el blancor de sus velas triangulares,
y, como un eco que dijera: «Ulises»,
junta aliento de flores y de sales.
(*El canto errante*, 1952: 337)

Ambos poetas enfocan desde la misma perspectiva la catedral y la bahía de Palma, aunque la plasman de manera distinta. El modernismo de «Vésper» se trueca en ultraísmo en «Catedral». Es el momento del fervor ultraísta de Borges, que, como he indicado en nota, firma precisamente en Mallorca el «Manifiesto Ultra», junto con Jacobo Sureda, Juan Alomar y Miguel Angel Colomar, y polemiza contra los enemigos literarios del ultraísmo en la prensa local.¹⁸⁸ Así, el verso dariniano «La catedral es

un gran relicario» pasa a ser en Borges «La catedral es un avión de piedra», observación muchísimo más vanguardista y arriesgada, aunque en ambos poemas siga primando lo sacral.

A este poema, no recogido en ninguno de los libros borgeanos, cabe añadir otro texto mucho más revelador titulado «Mallorca», un elogio bellísimo, en el que, como no podía ser menos, se le da otra vuelta de tuerca a la cuestión del imaginario isleño:

Mallorca es un lugar parecido a la felicidad, apto para en él ser dichoso, apto para escenario de dicha, y yo —como tantos isleños y forasteros— no había poseído casi nunca el caudal de felicidad que uno debe llevar adentro para sentirse espectador digno (y no avergonzado) de tanta claridad de belleza. Dos veces he vivido en Mallorca y mi recuerdo de ella es límpido y quieto, unas tenidas discutidoras con los amigos, una caminata madrugadora que empezó en Valldemosa y acabó en Palma, una niña rosa y dorada de la que estuve enamorado tal vez y a la que no se lo dije nunca, unos días largos remansándose en el cálculo de las playas. Ahora dejo de escribir y sigo acordándome.¹⁸⁹

Se cree que este texto fue enviado a su íntimo amigo de los días mallorquines, Jacobo Sureda Montaner, a juzgar por la correspondencia, publicada en parte por Meneses (1987) y por Bosch (1991), cuando aquel convalecía en la Selva Negra de una tuberculosis que habría de acabar con su vida en 1935. Al parecer, fue Jacobo Sureda quien, a su vez, se lo remitió al periódico *El Día*, en el que colaboraba, que lo publicó el 26 de noviembre de 1926.

No sé si Borges, tan interesado por la cultura hindú, al referirse a la isla como «un lugar parecido a la felicidad», hacía referencia al concepto que en el pensamiento oriental connota la isla, esto es, el lugar donde la dicha se consigue, o aludía solamente al espacio paradisíaco que la isla comporta.

Sea como fuere, con el texto del poeta argentino quisiera cerrar el imaginario utópico con que los viajeros se enfrentan a Mallorca. A partir del momento en que estos sean sustituidos por los turistas y Mallorca quede a menos de una hora de avión de los principales aeropuertos españoles, desaparecerán las connotaciones míticas, a través de las que, durante casi un siglo, entre 1837 y 1936, fue mirada, contemplada y admirada. La isla ya no está «en borrador», como estaba en 1845, según Antonio Reniu, el amigo de Cortada (2008: 109), sino que ha sido pasada a limpio, aunque no siempre de manera idónea.

Los libros de viaje sobre Mallorca, a partir de la Guerra Civil, van a ser menos abundantes y serán sustituidos por las guías, algunas de una banalidad clamorosa. La isla descubierta y redescubierta por millones de turistas ha dejado por desgracia de ser paradisíaca. Hoy quedan solo algunos espacios preservados, pocos ya, en la sierra de Tramontana, en la todavía magnífica cornisa de Miramar. Ahí sí, como Borges, podemos seguir contemplando tanta claridad de belleza e impregnarnos con absoluta avaricia de tanta luz como la que ofrece el paisaje de esta zona privilegiada de la isla, Patrimonio de la Humanidad, y guardarla tras la retina para cuando tengamos que enfrentarnos a la cotidianidad de los días sin sol, los días en que estemos lejos del oro de Mallorca.

AGRADECIMIENTOS

La autora quiere agradecer la inestimable ayuda de Luisa Cotoner Cerdó, Pilar Beltrán y Almudena Cotoner Cerdó, y la eficacia y amabilidad de las bibliotecarias de la Biblioteca Juan March de Palma de Mallorca y de la Biblioteca de la Universitat de les Illes Balears.

NOTAS

¹ Debo la referencia a la amabilidad de su hija Pilar García Mouton.

² Tomo el dato de la nota biográfica sobre su padre que me ha facilitado asimismo Pilar García Mouton.

³ *Anecdotes of the English Language; chiefly regarding the local dialect of London and its environs; whence it will appear that the natives of the metropolis and its vicinities have not corrupted the language of their ancestors*, recogido por Coby Lubliner (2002).

⁴ Tal vez fuera también un interés político, relacionado con el espionaje, el que motiva, muchos años después, al cónsul de su graciosa majestad británica en las Baleares, Charles Toll Bidwell, a escribir *The Balearic Islands* (1876), descripción minuciosa de cuantos aspectos podían ser útiles a la hora de facilitar los intereses expansionistas de su país, que, en el pasado, ya había dominado Menorca.

⁵ En su dedicatoria a Talleyrand, advierte: «Si la historia tiene por finalidad perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos de las naciones, los viajes se encaminan a hacer conocer la verdadera topografía, las costumbres, el carácter, los usos, las leyes y las riquezas naturales, la industria, las relaciones políticas, en resumen, el estado actual de los diferentes pueblos. Esta rama de la literatura exige, sin duda, mucha atención, perseverancia, observaciones continuas, e incluso, sacrificios, pero presenta una finalidad utilitaria» (1952: 15). De ello podemos extraer dos conclusiones: primera, que Grasset considera las relaciones de viaje una rama de la literatura; segunda, que su interés por la utilidad permite que le relacionemos con el espíritu de la Ilustración. El libro fue traducido al alemán y al inglés en 1808, y al italiano en 1825. La versión castellana apareció casi un siglo después,

en 1952, de manera incompleta, porque solo uno de los dos tomos previstos vio la luz. En 2003 fue traducido entero al catalán.

⁶ Además, entre los científicos que pasaron por Mallorca, cabría citar a François Arago, que fue a la isla para completar las mediciones de un arco del meridiano, con objeto de establecer con la mayor exactitud el metro patrón (Ortega, 1999), aunque en sus memorias apenas dejara escritas unas páginas sobre Mallorca, en las que cuenta sus aventuras al ser confundido con un espía francés (1854: 82-85).

⁷ Otro de los factores que influye en el turismo de masas son las agencias que se ocupan de la organización de los viajes. La primera agencia de viajes es la de Thomas Cook, que comienza su exitosa andadura en 1845 y que convierte la explotación de los viajes en una industria. España se incluye en los itinerarios de la agencia Cook en 1872.

⁸ En el original francés, Gaston Vuillier incluye una cita textual en castellano sobre la costa norte mallorquina «escarpada y horrorosa sin abrigo ni resguardo», dit Miguel de Vargas» (1893: 44). Rubén Darío, en el capítulo tercero de *El oro de Mallorca*, escribe que George Sand «conocía los trabajos de Dameto y de Miguel de Vargas» (2011: 249).

⁹ Mesonero, tras enumerar de manera caricaturesca los disparates, anacronismos e inverosimilitudes de los que los viajeros franceses hacen acopio —las señoras esconden las navajas en las ligas para defenderse de los importunos; el pueblo, que no hace más que cantar y dormir a la sombra de las palmas o limoneros—, concluye: «por este estilo siguen, en fin, nuestros gállicos viajeros daguerreotipando con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y después de permanecer en España un mes y veinte días, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, Andalucía, Valencia, Aragón y Cataluña; apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera a decir buenos días en español, regresan a su país, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentárselas de nuevo sus editores mandatarios, responden a cada uno con su ración correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto

título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en tomos a guisa de folletín» (1925: 15).

¹⁰ El archiduque escribió el texto en alemán: «Die Sonne sank am Horizont und wie Gold schimmerte das Meer und umgab gleich einer Glorie beide Gestalten. Es war wie eine Transfiguration. Wer hätte damals geahnt, dass diese irdische Verklärung in wenigen Jahren für beide sich in eine himmlische verwandeln sollte» (Ludwig Salvador, 1905: 87). La traducción al castellano es de José Sureda Blanes (Luis Salvador, 2000). Al parecer, el que el archiduque equiparara a la emperatriz con Catalina Homar molestó mucho a sus imperiales parientes y el texto fue muy mal recibido entre los miembros de la corte austríaca.

¹¹ La frase, atribuida a Alejandro Dumas no se incluye en su libro *Impressions de voyage: de Paris a Cadix* (1861). Fue el barón Davillier, en su *Viaje por España*, quien la divulgó, adjudicándosela erróneamente. El hijo de Dumas negó que el autor fuera su padre al corresponsal de *La Ilustración Española y Americana*, Pedro de Prat. Es posible que la frase funcionara como un lugar común entre los viajeros franceses, puesto que, con una variante mínima, la encontramos en Dominique de Pradt, en cuyo libro leemos: «C'est une erreur de la géographie que d' avoir attribué l'Espagne à Europe, elle appartient à l'Afrique: sang, mœurs, langage, manière de vivre et de combattre; en Espagne tout est africain» (1816: 168).

¹² También Chopin (*Cartas desde Mallorca*) sufre ese contagio orientalista. Así escribe a Jules Fontana el 15 de noviembre de 1838: «Seguramente iré a vivir en una encantadora cartuja, enclavada en el país más hermoso del mundo, el mar, montañas, palmeras, un cementerio, una iglesia del tiempo de los Cruzados, una mezquita en ruinas, olivos milenarios» (1952: 8). En otras cartas a Fontana hace igualmente referencia a los aspectos orientales, por ejemplo, en la primera: «La ciudad, como todo lo que hay aquí, recuerda África» (1952: 7); en la quinta: «Tienes que imaginarme así: entre el mar y las montañas en una gran cartuja abandonada, alojado en una celda que tiene puertas más grandes que las mayores de las cocheras de París. Imagíname sin guantes blancos, con los cabellos sin rizar, pálido como de costumbre. Mi celda tiene la forma de un ataúd de gran tamaño, con las bóvedas recubiertas de polvo y una

ventana pequeña, que da sobre naranjos, palmeras y cipreses. Frente a mi ventana, bajo un rosetón recortado al estilo morisco, está mi cama» (1952: 12). En la sexta: «A veces tengo bailes árabes, el sol de África y siempre, delante de los ojos, el mar Mediterráneo» (1952: 15).

¹³ En *Recuerdos y bellezas de España* escribe: «A trechos colúmpianse airoas y altas las palmeras, y hasta los campanarios de las iglesias modernas, a favor de las aéreas galerías, cúpulas, linternas y pirámides que los coronan se armonizan con el carácter oriental del conjunto» (Piferrer, 2004: 138).

¹⁴ Gaston Vuillier, al contemplar desde la borda del vapor Cataluña, en el que ha embarcado en el puerto de Barcelona el 5 de octubre de 1888, la silueta de Palma, la describe «inundada por los rayos de sol, iglesias y edificios, monumentos de aspecto árabe, sombreados por palmeras» (1973: 15). Tal vez sean las palmeras las que refuercen esa sensación oriental que a muchos de los viajeros decimonónicos les produce la isla.

¹⁵ Dembowski, en *Deux ans en Espagne et Portugal pendant la guerre civile 1838-1840* (1841), se refiere al «hermoso castillo morisco de Belveder» [*sic*] para añadir unas líneas más adelante: «En cuanto a la ciudad, sus estrechas callejuelas y la arquitectura de sus viejas casas dice lo bastante de su origen morisco, sin que haya necesidad de exhumar las pruebas en los libros polvorientos de la historia de la época». Aunque señala —menos mal— que «los mejores monumentos son, sin embargo, posteriores todos a la expulsión de los moros» (2008: 452). Del barón Karol Dembowski tenemos pocas noticias. Su familia, de origen polaco, había emigrado a Italia, donde él había nacido. Su libro sobre el viaje por España está escrito en francés, idioma que no es el suyo. (*Vid.* «Nota del editor», 2008:7). Su viaje por España transcurrió entre enero de 1838 y febrero de 1839. A Mallorca llegó el 25 de enero de 1839.

¹⁶ Esa visión oriental de Mallorca hace mella igualmente en los viajeros ingleses. Charles W. Wood (*Letters from Majorca*, 1888), que visita Mallorca en dos ocasiones, primero entre noviembre y diciembre de 1886 y de nuevo desde primeros de mayo a finales de junio de 1888, tarda algo más que el resto de los viajeros en identificar «el encanto y la magia de oriente», pero lo encuentra en su segundo viaje y son las mu-

rallas de Alcudia —por otra parte, romanas— las que le permiten, contemplándolas, «sentirse inmediatamente envuelto en doradas visiones, en sueños orientales de magnificencia y esplendor»; tras la referencia a «las murallas de Alcudia que tienen sobre sí el encanto y la magia de oriente», en el párrafo siguiente escribe: «También en Alcudia hay una doble hilera de murallas: romanas o medievales» (Wood, 1968: 251).

¹⁷ Salaverría, en el capítulo III, «Mansiones señoriales», matiza de nuevo: «Los jardines mucho más que al oriente musulmán recuerdan las frondosidades de las Antillas. Y hay trechos en que, cruzando por un largo túnel de bambús, nos figuramos que nos han conducido, en efecto, al mismo corazón de los Trópicos» (1933: 28).

¹⁸ Aunque Sand matiza el orientalismo mallorquín con otros referentes clásicos —«Mallorca es la verde Helvecia, bajo el cielo de Calabria, con la solemnidad y el silencio de Oriente» (1932: 10)—, insiste en la cuestión oriental cuando asegura que la lectura del libro de Laurens le proporciona la inmensa alegría de «volver a Mallorca con sus palmeras, sus aloes, sus monumentos árabes y sus vestidos griegos. Reconocí todos los sitios con su valor poético y volví a sentir todas mis impresiones, que creía ya completamente borradas» (1932: 8). Tampoco Charles Davillier, que llega a Mallorca en 1862, pasa por alto la existencia de vestigios de una época desconocida, «monumentos árabes y cristianos de la Edad Media» (1949: 953).

¹⁹ Incluso la Rambla de Barcelona es evocada por Wood con connotaciones orientales, gracias al aroma de las flores: «El aire estaba densamente perfumado. Uno andaba como en sueños, sueños de un esplendor oriental; era algo que no se podría encontrar bajo un cielo del norte, en manera alguna. El norte y el sur están tan separados como el cielo y la tierra» (1968: 213).

²⁰ Cortada, que, pese a estar imbuido de romanticismo nos ofrece una visión mucho más realista de Mallorca en su *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845* (2008), no deja de referirse a la asociación provocada por la palmera: «Y una palmera que levanta sus encorvadas ramas por encima de los árboles a fin de que el viajero la vea y no pueda olvidar que se halla cerca de África» (2008: 87). También de mane-

ra alusiva: «todo salpicado con tal cual palmera e higuera chumba que no dejan olvidar el país en que uno se encuentra» (2008: 65).

²¹ En la edición española de *Recuerdos de un viaje artístico a la isla de Mallorca*, también la referencia al cielo no «empañado por caliginosa bruma» del verso tercero será sustituido por «En el aire de fuego languidece el mirto verde» (2006: 26), en perfecta correspondencia con el texto francés, en el que leemos: «Sais-tu la terre où les citrons fleurissent? / Où les fruits d'or des orangers mûrissent? / Dans l'air de feu languit le myrte vert», / Et le palmier s'élève grand et fier!» (Laurens, 1840: 41). Sin embargo, Goethe no menciona palmera alguna ni se refiere a la caliginosa bruma ni al aire de fuego, sino a una suave brisa: «Kennst du das Land, wo die Zitronen blühen, / Im dunkeln Laub die Gold-Orangen glühen, / Ein sanfter Wind vom blauen Himmel weht, / Die Myrte still und hoch der Lorbeer steht? Kennst du es wohl? / Dahin! Dahin! Möcht ich mit dir, o mein Geliebter, ziehn» («Mignon, Kennst du das Land?»). En consecuencia, la traducción de Laurens se acopla al imaginario oriental al que he aludido.

²² Las corrientes positivistas europeas trajeron también una nueva manera de mirar el paisaje, que en España hubo de confluir con los planteamientos regeneracionistas. Fueron los institucionistas, con Giner a la cabeza, quienes consideraron que, para conocer el «cuerpo físico del país», era necesario observarlo de una manera directa. Cabe citar el famoso artículo «Paisaje», de Giner de los Ríos (1886: 103-109), publicado en *La Ilustración Artística*. En el programa pedagógico que la Institución Libre de Enseñanza trata de imponer, la excursión y el viaje suponen elementos importantes para la formación del individuo (Ortega Cantero, 1988: 73). Además, en el interés por la naturaleza, hay también a menudo un sentimiento religioso que bordea el panteísmo. Giner y Unamuno, por otro lado bien distintos, coinciden en el interés por la necesidad de recorrer el país y «darlo a luz» (Llorens García, 1992: 20-21), pero discrepan en la manera de enfrentarse a este. Giner utiliza los datos científicos en tanto que Unamuno huye de ellos; más que observar el paisaje, Unamuno lo contempla y vierte en él su emoción.

²³ Azorín, que, por otra parte, advierte su deuda y la de sus compañeros de generación con los institucionistas, cuyo espíritu —escribe— «ha suscitado el amor por la Naturaleza, y en consecuencia al paisaje y a las cosas naturales» (1961, III: 1215), nos ofrece una serie de rasgos que cualquier viajero que se precie debe asumir: distanciamiento temporal; la no utilización de lo que uno ve; la fatiga como obstáculo; la huida de las recomendaciones turísticas; la búsqueda de lugares inexplorados; los momentos idóneos para realizar el viaje; el turista como antiviajero; los medios de transporte (Llorens García, 1986: 265-273).

²⁴ Cinco publicados en *ABC* y uno más en el *Diario de Barcelona*. Se trata de «En Mallorca. El viaje» (*ABC*, 28/08/1906); «En Mallorca. Paseo por Palma» (*ABC*, 29/08/1906); «En Valldemosa. La casa de Sureda» (*ABC*, 30/08/1906); «En Valldemosa. Con el Sr. Maura» (*ABC*, 31/08/1906); «En Mallorca, De Valldemosa a Sóller» (*ABC*, 02/09/1906); y «El veraneo del señor Maura» (*Diario de Barcelona*, 04/09/1906). Todos los artículos fueron reproducidos en el periódico *La Almudaina*, en el que Azorín colabora desde 1904 hasta 1912, y que dio cumplida cuenta de su llegada a Mallorca en crónicas firmadas por Andrés Corzuelo el 26, 28 y 29 de agosto. Este último día, *La Almudaina* publica también el bellissimo texto «Cuartillas para *La Almudaina*. Deseo». El 31 de agosto y los días 1, 2 y 5 de septiembre se reproducen los artículos publicados por *ABC*, con la excepción del que lleva por título «En Valldemosa. Con el Sr. Maura». El día 6 de septiembre se recoge el aparecido en el *Diario de Barcelona*. Si se omite el que sobre Maura manda al *ABC* es porque puede considerarse un calco del publicado en el *Diario de Barcelona*, periódico mucho más afín a *La Almudaina*, un diario muy vinculado al que fue su director, el escritor mallorquín Miquel dels Sants Oliver, por aquel entonces director del *Diario de Barcelona*. Con excepción del primero y del último, los artículos de Azorín fueron recogidos en el opúsculo *Verano en Mallorca*, publicado por Luis Ripoll en la colección *Panorama Balear*. Azorín, que comparativamente escribió muy poco sobre las islas Baleares y al que la insularidad no le llamaba demasiado la atención, se refirió a «Mallorca» en el último capítulo de *El paisaje de España visto por los españoles* (1961,

III: 1205-1210). También aludió a las «Baleares» y a «Mallorca» en *España clara* (1966: 161 y 169). El artículo sobre «Mallorca», originalmente publicado en *La Vanguardia* («La amada España: Mallorca», 10/04/1917), vuelve a ser incluido en *Visión de España* (1941: 54-59). «George Sand en Mallorca» es tema de otro texto recogido en *La amada España* (1967: 145-151). Entre los amigos mallorquines de Azorín, destacamos, en primer lugar, al periodista Miquel dels Sants Oliver y, en segundo lugar, a Gabriel Alomar, el escritor republicano y catalanista, al que dedicó por lo menos dos artículos: «Gabriel Alomar» (*ABC*, 30/03/1913), incluido en *Valores literarios* (1913); y «España, un libro de Alomar» (*ABC*, 21/08/1917); y prologó su libro *Verba* (1917). En la Fundación Maura se conserva una carta (28/03/1913) dirigida a don Antonio en la que Azorín le pide una recomendación para su compatriota y enemigo político, «que ha realizado contra usted violentas campañas». Alomar, que está opositando por segunda vez en Madrid, a la cátedra de Retórica del Instituto de Barcelona, según Azorín, «de todos los opositores es el más bien preparado, sus ejercicios han sido los mejores, pero hay temor de que la cátedra no se la lleve él, parece que se están ejerciendo determinadas presiones en cierto sentido. Si Alomar no fuera nombrado [...] se cometería con él una notoria injusticia. Y esta es la causa de que me dirija a usted: no pidiendo un favor para Alomar, sino sencillamente para que se proceda con estricta equidad». El gesto prueba la generosidad de Azorín, pronto a interceder por alguien con quien «he cambiado agrios ataques en la prensa; pero admiro la claridad de su talento, su erudición, la impetuosidad y elegancia —tan castizamente baleares— de nuestro lírico». El encomio de Alomar, vertido en la carta, que fue dada a conocer por Laureano Robles (1996: 292), sirve de punto de partida para el primer artículo dedicado al escritor mallorquín, que Azorín publica muy oportunamente, dos días más tarde, mientras Alomar está opositando. En la Fundación Maura, a cuyo director, Alfonso Pérez-Maura, quiero dar las gracias por su amabilidad, se conserva otra carta del poeta Joan Alcover a don Antonio, recomendando a Gabriel Alomar (11/04/1909) cuando se presentó a las primera oposiciones, que perdió.

²⁵ [Su obra marca la transición entre la Ilustración —con la que colmulga plenamente— y el Romanticismo, iniciando la valorización del estilo gótico sin complejos]. En adelante, las traducciones al castellano que aparezcan entre corchetes y sin referencia bibliográfica son mías.

²⁶ Sobre los textos de Jovellanos concernientes a Mallorca, de manera especial sobre el más famoso, *Descripción histórico-artística del castillo de Bellver*, debe verse la edición del manuscrito de la Real Biblioteca, publicado por Daniel Crespo Delgado y Joan Domenge i Mesquida (2013).

²⁷ Grasset se refiere, por ejemplo, a que «la catedral es bella pero de estilo gótico» (1952: 88). Erróneamente, también considera gótico el ayuntamiento (1952: 94).

²⁸ Laurens llega a Mallorca a bordo de El Mallorquín, el 22 de septiembre de 1839, y se marcha el 9 de octubre del mismo año. El escritor, pintor y músico francés ya había colaborado con el barón Taylor como ilustrador, según anota él mismo en el prólogo de su obra. Recordemos que Isidore Severin Justin Taylor es el autor de *Voyage pittoresque en Espagne en Portugal et sur la cote d'Afrique, de Tanger a Tetuan* (1827).

²⁹ Cabe señalar que *Recuerdos y bellezas de España* (1842) va más allá de lo que podemos considerar un libro de viaje. Piferrer y Parcerisa se trasladan a Mallorca para informarse directamente de la historia, el arte, la geografía y las costumbres isleñas con la intención de proseguir una obra cuyo primer volumen ha aparecido en 1839 y que tiene un marcado carácter erudito e histórico (Villalonga de Cantos, 1989: 352). La percepción de la realidad, en deuda con el romanticismo que impregna la obra —no en vano el Chateaubriand y Hugo serán puntos de partida señalados por el propio Parcerisa— induce a muchos a leer *Recuerdos y bellezas de España* como un texto avicinado con los de los viajeros románticos franceses.

³⁰ *Vid.* «Apéndice 4.º. Memoria sobre las fábricas de los conventos de Santo Domingo y San Francisco de Palma» (Jovellanos, 2013: 309-335).

³¹ Ricardo Güiraldes, perteneciente al grupo de argentinos, evoca a Anglada y su entusiasmo por Mallorca en su artículo «Hermen Anglada Camarasa (Exposición amigos del arte)»: «Era la época de la *rue Ganneron*, de la Academia Bitti, de las noches de charla en *Magic City*.

Nuestro entusiasmo rodaba como una calesita en torno a Anglada, a quien oíamos comentar lo que había transpuesto o transpondría a sus telas. [...] Vivíamos en el París nocturno, entre focos de luz contradictorios y faldas femeniles sombreadas de lujosos colores. Anglada solía evocar Mallorca. Entonces nos parecía que su pintura se transformaba en montañas, en bahías, en peces. Una primavera de almendros florecidos, de cielo africano, de rocas salvajes, una frescura salobre de mar, castigaba nuestro vigor siempre listo para encabritarse» (1962: 660).

³² Lo mismo recuerda el pintor Tito Cittadini: «Por aquellos días Anglada me habló de Mallorca como de un edén donde hallaría remedio mi *cafard* y deleitoso cauce mis inquietudes. Sus descripciones, ilustradas con gráficos que se superponían en el mármol de las mesillas o en el reverso de una carta y salpicadas de imágenes que le brotaban de entre la negrura de la barba encaramada hasta los pómulos, tuvieron por resultado una decisión: allí iría, a la isla de los legendarios honderos. O mejor dicho iríamos, puesto que con el mismo Anglada proyectamos expedición para el verano» (1950: 40).

³³ [Surge una Mallorca misteriosa que se ignoraba a sí misma en el sueño misterioso de *Belle au bois dormant*].

³⁴ Horacio en el epodo XVI trata de las islas como lugares míticos y conmina a los romanos a abandonar el continente y hacerse a la mar en busca de las felices islas. «Vosotros, los valientes, acallad / las quejas femeniles, / y volad más allá de las costas etruscas. / Nos espera el Océano que rodea la Tierra, / vayamos a los campos, a los campos felices, / a las fértiles islas donde todos los años / la tierra sin labrar entrega a Ceres, / donde siempre las viñas, sin podarlas, / florecen, y las ramas del olivo / rebrotan y no engañan, y los negruzcos higos / adornan al propio árbol, / y la miel mana de la hueca encina, / y de los altos montes bajan ligeras aguas / con resonante pie. / Por sí mismas, allá, van las cabritillas / hacia el ordeñadero, y el rebaño amistoso, / regresa con las ubres bien repletas, / y cuando cae el día / no gruñe el oso cerca del redil, / y la tierra profunda no está hinchada de víboras, / y, felices, podremos admirar / aún muchas más cosas: cómo el Euro lluvioso / no desgasta los campos con grandes aguaceros / ni las pingües simientes / se abrasan en la gleba

desecada, / pues el rey de los dioses celestiales / modera esto y lo otro. /
Hacia aquí no vinieron los remeros del Argo / ni la impúdica cólquida
aquí puso sus pies, / ni hacia aquí dirigieron sus antenas / los marinos
sidonios, tampoco la sufrida / tripulación de Ulises. / Ninguna enferme-
dad aquí daña al ganado / ni el calor excesivo de astro alguno / abrasa
los rebaños. A los hombres piadosos / Júpiter destinó tales lugares, /
cuando mediante el bronce transformó la Edad de Oro, / mediante el
bronce y luego con el hierro / endureció los siglos, de los cuales / a las
piadosas gentes se concede / una evasión feliz que vaticino / yo, poeta
inspirado por los dioses» (Horacio, 1998: 137-138).

³⁵ Hesíodo es el primer autor que hace referencia al mito de la Edad de Oro cuando narra el origen de la humanidad. Aunque con propiedad debería llamarse mito de las razas, es conocido como mito de las edades. A la primera raza de oro, le sucede la segunda, la de plata, y a esta, la de bronce, a la que sigue una «cuarta más justa y virtuosa». Vino después una quinta, la del hierro (Hesíodo, 1990: 130-134). Platón se refiere a la clasificación tripartita de las edades y también a las cinco razas de Hesíodo. Por otro lado, según Hernández de la Fuente (2006), en la concepción del mito de la Edad de Oro, más importante que Cronos es Dionisios.

³⁶ Además de Tibulo, Ovidio, Virgilio y Séneca, en los que me detengo porque sus textos tienen mayor relación con mi trabajo, se ocupan de la Edad de Oro otros autores clásicos. Véase para esta cuestión Bauzá (1993). Agradezco a mi buen amigo José Martínez Gázquez su ayuda en la localización de los textos.

³⁷ «Nondum caeruleas pinus contempserat undas, / Effusum ventis praeberatque sinum, / Nec vagus ignotis repetens compendia terris / Presserat externa navita merce ratem. / Illo non validus subiit iuga tempore taurus, / Non domito frenos ore momordit equus, / Non domus ulla fores habuit, non fixus in agris, / Qui regeret certis finibus arva, lapis. / Ipsae mella dabant quercus, ultroque ferebant / Obvia securis ubera lactis oves. / Non acies, non ira fuit, non bella, nec ense / Inmiti saevus duxerat arte faber» (*Elegías* I, III, vv. 37-48, 1990: 20). No transcribo la traducción española de Bauzá, sino la de Soler Ruiz (1993) porque me parece más adecuada.

³⁸ Y porque sus fuentes quizá no contemplan el denuesto de la «perversa nave», ya que no todos los textos clásicos se refieren al tópico. Además, en tiempos de Cervantes y tras la conquista de América, debía de resultar inoportuno o anacrónico (Traver-Vera, 2001: 84, nota 6).

³⁹ «Bene dissaepi foedera mundi / traxit in unum Thessala pinus / iussitque pati uerbera pontum / partemque metus fieri nostri / mare sepositum. / Dedit illa graues improba poenas / per tam longos ducta timores, / cum duo montes, claustra profundi, / hinc atque illinc subito impulsu / uelut aetherio gemerent sonitu, / spargeret arces nubesque ipsas / mare deprensam» (*Medea*, 335-346, 1979: 307).

⁴⁰ «Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo, / sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat. / Poena metusque aberant, nec uerba minantia fixo / aere legebantur, nec supplex turba timebat / iudicis ora sui, sed erant sine vindice tuti. / Nondum caesa suis, peregrinum ut uiseret orbem, / montibus in liquidas pinus descenderat undas, / nullaque mortales praeter sua litora norant; / nondum praecipites cingebant oppida fossae; / non tuba directi, non aeris cornua flexi, / non galeae, non ensis erat: sine militis usu / mollia securae peragebant otia gentes. / Ipsa quoque immunis rastroque intacta nec ullis / saucia vomeribus per se dabat omnia tellus, / contentique cibus nullo cogente creatis / arbuteus fetus montanaque fraga legebant / cornaque et in duris haerentia mora rubetis / et quae deciderant patula Iouis arbore glandes. / Ver erat aeternum, placidique tepentibus auris / mulcebant zephyri natos sine semine flores; / mox etiam fruges tellus inarata ferebat, / nec renovatus ager gravidis canebar aristis; / flumina iam lactis, iam flumina nectaris ibant, / flavaque de viridi stillabant ilice mella» (*Metamorfosis I*, vv. 89-112, 1990: 10).

⁴¹ «Ante Iovem nulli subigebant arua coloni; / ne signare quidem aut partiri limite campum / fas erat: in medium quaerebant ipsaque tellus / omnia liberius nullo poscente ferebat. / Ille malum virus serpentibus addidit atris / praedarique lupos iussit pontumque moveri, / mellaque decussit foliis ignemque remouit / et passim riuus currentia uina repressit, / ut varias usus meditando extunderet artis / paulatim et sulcis frumenti quaereret herbam. / [Ut silicis uenis abstrusum excu-

deret ignem]. / Tunc alnos primum fluvii sensere cavatas; / navita tum stellis numeros et nomina fecit, / Pleiadas, Hyadas, claramque Lycaonis Arcton» (*Georgica*, I, vv. 125-138, 1990: 10-11).

⁴² Franco desterró al conde de los Andes a la isla de la Palma en 1942; al general Kindelán en Garachico en 1948. Los demócratas participantes en el llamado «Contubernio de Múnich» (1962) fueron a su vez desterrados a distintas islas Canarias.

⁴³ En el libro II de la *Eneida* se cuenta que al cuarto día de navegación desembarcan en una de las islas Estrófogas, habitadas por las arpías, encarnación de la maldad femenina.

⁴⁴ Luis Miguel Fernández advierte que en la descripción de Palma Jovellanos «parece seguir las normas del buen pintor de panoramas: elige el punto de vista elevado que mejor puede armonizar el conjunto y plantea una visión en círculo y no en perspectiva sobre la totalidad», y añade que se trata de «una visión ordenada según un modelo racionalista sobre un mundo no conflictivo» (2006: 300).

⁴⁵ Sobre Westphalen puede verse el artículo de Areta Marigo (2001).

⁴⁶ Llegó desde Barcelona, procedente de París, aunque sus biógrafos desconocen la fecha exacta y quién pudo haberle inducido a visitar Mallorca. Macaya asegura de manera errónea que la amistad de Sureda y de su esposa «fue la razón última y la más decisiva para encaminar el poeta a Palma» (1967: 498), confundiendo el primer viaje con el segundo, ya que fue durante la primera estancia cuando Darío y Sureda Bimet se conocieron. Oliver Belmás, tomando la referencia de Ghirardo (1943), asegura que «Alomar fue el poeta que llevó a Mallorca a Darío» (1968: 242). No tenemos constancia de que esto sea así. A mi juicio, pudieron influir Rusiñol y Anglada, más amigos de Darío que Alomar. Lo que sí sabemos es que el poeta se encuentra en Mallorca en noviembre, gracias a una carta de Gabriel Alomar, fechada el 20 de noviembre de 1906. El primero en darla a conocer fue Oliver Belmás (1968: 348) y la reproduce Fernández Ripoll (2001: 28).

⁴⁷ Del segundo viaje a Mallorca tenemos muchas más referencias fidedignas gracias a sus anfitriones, el matrimonio Sureda-Montaner. Fueron ellos los que le invitaron, cuando viajaron a París en mayo

de 1913, a que pasara una temporada en su casa de Valldemosa. Darío acepta y va solo. Llega el 16 de octubre desde Marsella y regresa, rumbo a Barcelona, el 27 de diciembre del mismo año. La información ofrecida por su anfitrión es, a mi juicio, fundamental. La conocemos gracias a una solicitud de datos sobre Darío que Jorge Guillén le pide a Juan Sureda Bimet, publicada por Bosch (1996: 393-412).

⁴⁸ Se trata de seis textos: «Divagaciones» (05/04/1907), «Jardines de España» (07/04/1907), «George Sand y Chopin» (08/07/1907), «Todavía sobre George Sand» (14/07/1907), «El imperial filósofo» (23/02/1907) y «Sóller: Azul, velas, rocas» (25/07/1907).

⁴⁹ Como ha visto Fernández Ripoll (2001: 181), Darío recoge, sin nombrarle, los puntos de vista que José Subirá ofrece sobre la isla, en el artículo «El alma de Mallorca», publicado en *La Almudaina* (12/01/1907). Así, suele atribuirse a Rubén la frase «Antes de Jovellanos, Mallorca parecía un país sin alma», cuando, en realidad, la toma de Subirá. En honor de Darío hay que señalar que es un personaje de *La isla de oro*, lady Perhaps, la que tiende un periódico al protagonista, en el que este lee el texto de Subirá que transcribe en parte.

⁵⁰ Sobre la polémica suscitada por la fotografía de Rubén en hábito de cartujo, puede verse Bosch (2011: 25, nota 62).

⁵¹ Según los datos recogidos por Fernández Ripoll (2002: 32 y 94), Darío escribió, durante su primera estancia en Mallorca, los siguientes poemas: «Revelación», «A Remy Gourmont», «Epístola / A la señora de Leopoldo Lugones», «La bailarina de los pies desnudos», «La canción de los pinos», «Hondas», «La caridad» y «Pájaros de las Islas». A los que cabe añadir «Eco y yo», «Eheu», «A un pintor» y «Tant Mieux». Y durante su segunda estancia «Los motivos del lobo», «Valldemosa», «Danzas gymnesianas», «Sueños», «Estrofas de Mallorca», «Los olivos» y «La Cartuja». Aparte compone algunos otros poemas, escritos en fechas y lugares distintos, que guardan una estrecha relación con Mallorca: «Lírica», «Canción de la noche en el mar», «La vida y la muerte», «Visión», «Mater Pulchra», «Versos de otoño» y «Poemas de otoño».

⁵² El 14 de junio de 1916, un suelto publicado en el periódico *Última Hora* incluía la siguiente noticia: «Ha llegado a bordo del Jaime I

don Miguel de Unamuno, el cual pasará una temporada en casa de don Gumersindo Solís, registrador de la propiedad de Manacor. Viene para descansar, aunque también se dedicará a la terminación de algunos trabajos literarios. Es la primera vez que viene a Mallorca». También *La Almudaina* se hacía eco de la llegada de Unamuno el 15 de junio; otro suelto repetía la noticia dada por *Última Hora*, a la que añadía algunas precisiones: «Viene para pasar una temporada al lado de su pariente el registrador de la propiedad de Manacor y el hijo de este, el notario Santa María. El Sr. Unamuno al bajar del vapor salió para Santa María de donde se trasladará a Manacor». De nuevo el 17 de junio, el médico otorrinolaringólogo guatemalteco José Aris García, que colaboraba en *La Almudaina* y firmaba «Doctor Aris», escribe: «La llegada del ilustre exrector de la Universidad de Salamanca debió ser anunciada con veintitún cañonazos». Unamuno dejó Mallorca, rumbo a Barcelona, el 23 de julio de 1916; había pasado en la isla un mes y nueve días.

⁵³ En una carta al poeta Joan Alcover, que dio a conocer Josep Capó Juan (1973: 157), Unamuno se refiere a sus escritos sobre Mallorca y anuncia el proyecto de un tomito sobre la isla, que nunca llegó a publicar, en el que habría de incluir «unas notas que recojo trabajando ahora mis impresiones sobre libros y literatura», además de cuatro artículos. Tres fueron enviados a *La Nación* de Buenos Aires. Se trata de «En la calma de Mallorca», aparecido el 6 de septiembre de 1916 (pág. 6), y de las dos partes de «En la isla dorada», publicadas el 3 de noviembre la primera (pág. 6), y el 9 de noviembre la segunda (pág. 6). Sin variantes con respecto a la edición de *Andanzas y visiones españolas*. Debo la localización de estos textos a la amabilidad de mi amigo bonaerense Roberto Bonifacio. Asimismo agradezco a María Celeste Requena, de la Biblioteca Nacional de Argentina, las facilidades ofrecidas. El cuarto, del que sí da el título, «Los olivos de Valldemosa», lo publicó *El Imparcial*. Unamuno no solía hacer correcciones, enviaba a la imprenta los recortes de los artículos publicados en *La Nación*. De los textos que vieron la luz en el diario bonaerense proceden la mayoría de los capítulos de *Por tierras de Portugal y España* y de *Andanzas y visiones españolas*.

⁵⁴ Editado en Barcelona por Lux, no lleva fecha, aunque en el ejemplar consultado de la Biblioteca March (Palma de Mallorca) se indica que es de 1926. Cito solo un fragmento que permite ver hasta qué punto Verdaguer sigue la huella dariniana: «Nos hallamos de pronto, en un tránsito deslumbrante y repentino, ante el inmenso llano de la Isla de Oro, envuelta eternamente en la gloria del sol» ([1926]: 34).

⁵⁵ Gabriel Alomar, que tan ligado estuvo a Rubén Darío durante sus estancias mallorquinas, tituló su artículo para el catálogo de la exposición de pintura de Mallorca de 1928 en Buenos Aires, «Mallorca, la isla de oro».

⁵⁶ Se trata de la colección de la editorial Moll, «Les Illes d'Or», inaugurada en 1934, interrumpida durante la Guerra Civil, y que se reanuda a partir de 1941. Trata de temas y autores de las islas Baleares.

⁵⁷ En el texto, muy breve, cuarenta y nueve páginas, se hace constar que la edición ha sido costeada «por un mallorquín amigo de Salaverría» (1928: 2), cuyo nombre desconocemos.

⁵⁸ El tercer capítulo comienza haciendo referencia al tópico: «Hay costumbre de darle un sobrenombre encomiástico a Mallorca: la isla de oro. [...] Quisiera uno poseer la isla de oro en esa forma rotunda, como se posee una heredad, y cuidarla y gozarse en ella, y sentirse en medio del Mediterráneo el hombre más dichoso y rico de la tierra» (Salaverría, 1928: 20).

⁵⁹ Dieciocho días, del 22 de septiembre de 1839 al 9 de octubre del mismo año.

⁶⁰ En sus notas de 1953, Graves escribe: «La primera persona que me recomendó Mallorca fue Gertrude Stein. [...] Gertrude, que siempre hablaba con sentido común, me aseguró que los mallorquines eran alegres, limpios y amables, culturalmente afines al sur de Francia y agriculturalmente todavía anclados en el siglo XVIII. Añadió que en todo aquello no había trampa alguna: si me gustaba el Paraíso, Mallorca era eso, el Paraíso. Ella, por su parte, prefería pasar la mayor parte del año en París» (1996: 8).

⁶¹ «Lo que sé es que al descubrir el lugar y mientras el barco avanzaba hacia la playa, hube de exclamar a pesar mío: “La Oceanía”. Y to-

das las historias de los antiguos navegantes se me representaban, ese sueño de un Paraíso terrestre al que todo se opone en nuestros tristes climas. ¡Formentor! Nunca había visto tan hermosa playa en el mediterráneo. Nunca su par he visto después» (Miomandre, 1934: 24).

⁶² Vuillier, antes de recopilar en volumen sus textos sobre las Baleares y Pitiusas bajo el nombre de *Les îles oubliées* (1893), cuya edición francesa comprende también Córcega y Cerdeña, los publicó como artículos en *Le Tour du Monde*, entre 1888 y 1890. No hay traducción al español de *Les îles oubliées*, sí catalana, con el título de *Les illes oblidades*, pero excluyendo Córcega y Cerdeña. Un segundo libro, *Viaje a las Islas Baleares*, al que también me refiero, se basa en los artículos publicados en *Le Tour du Monde*, que Vuillier modificó muy poco al incluirlos en su texto de 1893. El interés de la edición del *Viaje a las Islas Baleares* consiste, pues, en que se ha vertido al castellano.

⁶³ Laurence cita a Grasset de Saint-Sauveur sencillamente como Sauveur.

⁶⁴ En la nota al lector que precede a la bellísima edición francesa de *Les îles oubliées*, las califica como «Îles mystérieuses, lointaines, indéçises, entrevues comme dans un flottant mirage, ne quittèrent plus ma rêverie» (Vuillier, 1893: 5).

⁶⁵ La recopilación de José García Mercadal (1999), en seis volúmenes, *Viajes de extranjeros por España y Portugal* resulta en este sentido paradigmática. De los veintiún textos antologados en el volumen primero, solo uno incluye referencias a Mallorca. En el tomo segundo, que los recoge de veinticinco autores, no hay ninguna; tampoco entre los catorce del tomo tercero ni entre los doce del cuarto ni entre los once del quinto. Solo, entre los dieciocho del sexto y último volumen, se encuentran las alusiones de Young a Mallorca, isla que no visita y sobre la que le informan. En resumen, de un total de ciento un textos, únicamente dos contemplan Mallorca, uno de estos, de manera indirecta. También cabe destacar que Mallorca no se incluye en la Baedeker hasta 1901.

⁶⁶ La línea se inauguró el 6 de octubre de 1837, embarcando veintidós pasajeros, ciento seis cerdos y mercancía diversa (Pou Muntaner, 1977).

⁶⁷ El mal viaje de Pagenstecher y su amigo Bunsen se inicia justo en el momento en que el barco zarpa del muelle barcelonés: «a la vista misma de la ciudad ya éramos el juguete de las olas [...], la trepidación del buque afectaba la cabeza [...], las crestas de las olas parecían aves gigantes de blancas plumas [...], la noche se presentaba oscurísima, y la violencia del viento fue creciendo [...]. Aprecié los movimientos del buque con el reloj; sobre una longitud de unos 140 pies, se levantaba y bajaba unas ocho veces por minuto. También el balance de costado era muy frecuente. Los marineros apenas podían caminar por la cubierta» (1989: 40). Con todo, el mal viaje le sirve a Pagenstecher para observar el movimiento del barco y para reflexionar sobre los síntomas del mareo y plantear una hipótesis sobre las causas que lo provocan. Por su parte, Rusiñol escribe: «El mar, en tanto, presentaba lo que se ha dado en llamar mar de fondo. Agitadas las olas por otras olas que había sin duda en el fondo de las aguas y por el viento que soplabla Sur-Oeste, o sea en dirección contraria a nuestro intento, empezaba a imprimir al transatlántico lo que en mala hora se ha dado en llamar un suave balanceo. Ora subíamos por un lado y veíamos Barcelona alejándose y perdiendo el equilibrio; ora era Monjuich [*sic*] que se inclinaba con toda su artillería, ya las montañas perdían su graciosa silueta, o bien la tierra, a más de aquellas vueltas que da en calidad de planeta, daba otras que eran de un gusto exquisito y que nos hacían perder la clara y estricta noción de toda geografía» (1999: 34). Rusiñol se demora en describir la pésima travesía y con dosis de humor recuerda lo terrorífico de la situación: «A veces se me subían los pies a alturas inverosímiles, quedándome pies arriba como un gimnasta aguerrido; a veces, me incorporaba erguido como los fantasmas del Roberto; ya nos sentíamos en un abismo, como si bajáramos al fondo de las aguas o nos cargaran de lastre, ya subíamos para caer más tarde en los abismos de las algas» («El viaje», 1999: 34-35). Los artículos con el título general «Desde una isla» se publicaron en *La Vanguardia* el 16 y el 23 de marzo; el 2, el 9, el 18 y el 27 de abril, y el 13 de mayo de 1893.

⁶⁸ «El preu que s'ha de pagar, de vegades, no pas sempre per anar a Mallorca, son unes hores de mareig; unes poques hores de malestar, un preu ben petit, atès l'interès del viatge. Ara: com que el mal de mar és una malaltia desagradabilíssima, que té, però l'avantatge de no com-

portar convalescència, perquè de seguida que poseu els peus a terra ja us ha passat, el seu resultat és que us obre la gana i us aviva, per tant, la curiositat. Potser els viatgers que han apreciat més Mallorca foren els que hi arribaren marejats» (1970: 80). [El precio que hay que pagar, a veces, no siempre, por ir a Mallorca son unas horas de mareo, unas pocas horas de malestar, un precio bien pequeño comparado con el interés del viaje. Ahora bien, aunque el mal de mar es una enfermedad desagradabilísima, tiene la ventaja de no conllevar convalecencia, puesto que en cuanto pones los pies en tierra, se te pasa; de resultas, abre el apetito y aviva, por tanto, la curiosidad. Quizá los viajeros que más han apreciado Mallorca sean los que han llegado mareados].

⁶⁹ Las «Notes de Mallorca» pasarán a integrar el volumen xv de la *Obra completa*, titulado *Les illes*. Pla volverá a Mallorca en diversas ocasiones y escribirá, años más tarde, una voluminosa *Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza*, (1950), con fotografías de Català-Roca.

⁷⁰ «Gracias al cerdo he visitado la isla de Mallorca, pues si hace tres años se me hubiera ocurrido visitarla, hubiera tenido que renunciar a mi deseo por no hacer un viaje largo y peligroso en buque de vela. Pero a partir de la exportación del cerdo, la civilización ha comenzado a penetrar en la isla. Se ha comprado en Inglaterra un pequeño y hermoso *steamer* [...] que, con buen tiempo, transporta una vez por semana 200 cerdos a Barcelona y algunos pasajeros como exceso de carga. Es hermoso ver con qué cuidados y con qué ternura son tratados a bordo estos señores (no hablo de los pasajeros) y con qué amor se los coloca en tierra» (1932: 22). Sand dedica a los cerdos varias páginas del capítulo III de la primera parte su libro, y no es para menos, ya que, según la autora, «los mallorquines llamarán a este siglo en los siglos futuros la edad del cerdo» (1932: 21). De nuevo, en el capítulo VII de la primera parte, al recordar su estancia en Establiments, vuelve a ironizar sobre los cerdos que gruñen de un modo «que no me es posible definir» y «a la voz de sus cerdos queridos [...] se despierta el *pagés* que les reprende con voz impenitosa» (1932: 42).

⁷¹ «Dos horas después de su llegada, el barco vuelve a salir para Barcelona, adonde conduce raras veces viajeros; sí, en cambio, una can-

tividad inmensa de cerdos, porque el cerdo mallorquín tiene mucha fama en Cataluña...» (Dembowski, 2008: 451).

⁷² «A las tres de la tarde de este día 19 de julio de 1845 hemos entrado con unos 40 pasajeros en el vapor El Mallorquín que suele llevar a Palma carne humana y traer de allí carne cerduna» (Cortada, 2008: 23).

⁷³ «Nos vamos hacia el barco. Lo que se nos dijo sobre los cerdos es bastante verídico. Apenas se puede andar a bordo, a causa de estos grandes, gordos, gruñones, negros y horribles animales. La bodega está llena de ellos y también cada pulgada de la cubierta. Los pasajeros no somos nadie. Solo se nos reservan unas pocas yardas para tomar el aire y hacer un poco de ejercicio durante el viaje. Seguramente, también se les cedería este espacio a los cerdos de no ser porque, si sobreviniera un súbito temporal, se irían al agua y se ahogarían sin remedio» (1968: 209). Líneas más adelante asegura que los pasajeros no pueden desembarcar antes de que desembarquen los cerdos, algo que reitera en el capítulo siguiente, el XI: «Terminé mi última carta en Barcelona y allí la eché al correo, tras habernos retenido absurdamente en el barco durante tres horas y media, mientras desembarcaban hasta el último de los cerdos mallorquines» (Wood, 1968: 211).

⁷⁴ El barco tenía en primera clase una cámara para señoras separada de la de los caballeros, de ahí que Cabanyes escriba: «Como mi mujer era la única que había en la Cámara de popa, el capitán Sabater me hizo pasar con ella en la parte destinada a las señoras» (1970: 71).

⁷⁵ La cortesía del capitán, sin duda el mismo que comandaba el barco cuando Sand regresa a Barcelona, es cuestionada de manera absoluta por esta: le acusa de poca amabilidad, nula hospitalidad («El capitán de El Mallorquín había disputado el lecho a un moribundo»), rapacería («había cobrado el doble»), etc., etc. De hecho equipara al capitán de El Mallorquín con la pira por ser tan poco considerado con el moribundo Chopin. A las calamidades sufridas, añade el asfixiante calor del camarote. Además, la comparación entre la nave mallorquina y su tripulación, y «el Phenicien, magnífico vapor de nuestra nación» resulta una estupenda muestra de chauvinismo (Sand, 1932: 24).

⁷⁶ Gaston Vuillier hace referencia a la inseguridad de la navegación cuando el vapor pasa entre la isla Dragonera y la costa (1973: 14).

⁷⁷ No hay traducción española. Utilizo la traducción catalana *Les illes venturoses. Vida i viatge a Mallorca, Menorca i Eivissa* (2008).

⁷⁸ Grasset recuerda que, a consecuencia del buen clima, Estrabón les da el nombre de Islas Afortunadas (1952: 39). También en una página de su libro, Demboswki llama isla afortunada a Mallorca (2008: 460). Davillier observa que la islas Baleares son «un rincón bendecido por el cielo» (1949: 953), mientras que Unamuno se refiere asimismo «a la isla afortunada» (1929: 187).

⁷⁹ «Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del África diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras, pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no solo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten a alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas, pues los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiendo por la distancia de donde vienen en un vasto espacio van decayendo y pierden su fuerza; y los del mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo común, con una serenidad humectante es con la que refrigeran y con la que mantienen las plantas, de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión, que corre muy válida, haber estado allí los Campos Elíseos, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Homero» (Plutarco, 2004: 8, 61-62).

⁸⁰ [Habíamos dejado atrás la penumbra de Londres y París. Aquí todo era más vívido y burbujeante. El aire más tonificante; el puerto, con sus embarcaciones modestas era una fiesta de color. Las voces que hablaban en la lengua de la isla sonaban extrañas a nuestros oídos poco acostumbrados. Nuestra primera impresión de Palma fue de brillantez: una sensación transmitida en parte por los cálidos tonos ámbar y dorados de la piedra en que están contruidos los edificios de esta ciudad encantadora].

⁸¹ «Ante el maravilloso marco de la ciudad llena de sol» (Vuillier, 2000: 23).

⁸² Agradezco a mi amigo el periodista y escritor Lluís Permanyer, que está trabajando en un documentado libro sobre el autor ampurdanés, la confirmación de mi suposición sobre las falsas referencias de Pla. Permanyer me facilita una serie de datos que prueban hasta qué punto el Pla periodista no es de fiar, puesto que inventa entrevistas: la de Hitler en 1923, publicada en *La Publicitat*, y las dos de Simenon, en *Destino*. Véase Xavier Pla (2007: 3-4). Josep Pla asegura también que fue testigo de la muerte de Salvador Seguí, algo imposible porque consta que el 10 de marzo de 1923 estaba en el extranjero, o de inexistentes encuentros con Renoir en Florencia diez años después de la muerte del pintor, o con Modigliani, que llevaba medio año enterrado.

⁸³ [Se ve la ciudad —visión deliciosa— esfumada en un punto de niebla, el cielo repleto de nubes; entre las grietas se vislumbra un sol nórdico, color paja, a veces anaranjado, un sol de Claude Monet. No podía pedir una mejor llegada a Palma. El sur me enerva. El sol me molesta. Me gusta el norte, lo gris, la lluvia. La grisácea ciudad de Palma que tengo ante mi vista es una prodigiosa maravilla de colores desvaídos, retocados por el agua].

⁸⁴ «És la que com certes llums, sols atrau certes papallones» («Ocells de pas», 1974: 143). [Es como la de ciertas luces, solamente atrae a ciertas mariposas]. Se trata, por tanto, de artistas-pintores en especial, matiza en *Lilla de la calma*.

⁸⁵ Mir, que llega a Mallorca a propuesta de Rusiñol para seguir los pasos de su admirado Degouve de Nunques, cuenta que los primeros días que pasa en la isla se siente desorientado porque tanta claridad le ciega. Por fin, una tarde sube con sus pertrechos a la montaña y, después de andar media hora, en un recodo del camino encuentra lo que buscaba. Según transcripción de Pla, el pintor confiesa: «Me cayó como si dijéramos la venda de los ojos. Me encontré delante de un azul de cielo y de un mar indescriptible, frente a un paisaje terriblemente (*esgarri-fosament*) bello, de un colorido que incendiaba la vista. Me quedé plantado, trémulo de emoción. Sentí en mi interior, por un momento, el

deseo irrefrenable de arrodillarme: besé con fervor de unción y entusiasmo delirante las hierbas, las piedras, la tierra de aquella montaña. Me pareció que haciendo eso mi conciencia quedaba descargada por no haber tenido fe. Y esta fue mi conquista de Mallorca» (Pla, 1944: 69).

⁸⁶ [El crepúsculo ha afinado el mar. Las aguas del puerto son de color de rosa. La alta mar, más azulada, presenta unas grandes manchas verdes y opalinas, irisadas por el carmín de las nubes. Con el vientecillo de la caída de la tarde, unas velas latinas, ligeras como gamos, pasan volando. Un vapor viejo y negro, herrumbroso, expeliendo nubarrones de humo negro —como dibujados por un niño—, sale lentamente del puerto].

⁸⁷ George Sand adelanta en forma de artículos en *Revue des deux mondes*, concretamente el 15 de enero, el 15 de febrero y el 15 de marzo de 1841, bajo el título de «Un hiver au midi de l'Europe», la edición de *Un hiver à Majorque* (1842).

⁸⁸ Con esta opinión George Sand se anticipa a sus contemporáneos, puesto que la pintura de paisajes apenas si se consideraba. De hecho, en España los paisajistas estuvieron marginados de las exposiciones nacionales hasta 1890 (Litvak, 1991: 16).

⁸⁹ Un antecedente de estas páginas de Rusiñol sobre los almendros podemos encontrarlo en Gaston Vuillier, que saca punta a su lápiz más lírico: «Torno trobar els boscos d'ametlers. No són com els nostres ametlers de França petits i dèbils, sinó bells i grossos arbres de brancaatge esponerós, elevat. M'imagin que la primavera a Mallorca deu ésser meravellosa dins aquestes planes completament florides on el rosa i el blanc dels arbres en flor brillen sota el cel blau dins la immensitat de les herbes que s'extremeixen amb la brisa com les ones de la mar» (1973: 82). En *Viaje a las Islas Baleares*, se repite en castellano la misma referencia: «Encuentro de nuevo el bosque de almendros. No son como nuestros almendros de Francia, pequeños y enclenques, sino árboles grandes y hermosos de poderoso y alto ramaje. Imagino que la primavera en Mallorca tiene que ser algo maravilloso de ver en estas llanuras totalmente floridas en las que el rosa y el blanco de los árboles en flor revientan resplandecientes bajo el cielo azul en la inmensi-

dad del verdor que se estremece bajo las brisas como las olas del mar» (Vuillier, 2000: 90).

⁹⁰ «El florir aquí no es un treball: és un respir de la mateixa illa. Se sent el cor ple i fecundat, li surt la vida per les branques, i pareix bellesa dolor, i, com que és el sol que li fa de mare, i com que és el mar qui l'apadrina, els infants surten de blanc d'or, i en surten tants, que la terra canta» (1974: 95). «Aquests arbres florits, tots plegats, tenen la mateixa nota, però d'un a un, són com teclcs o com matisos d'un sol color, però d'una gradació sense fi. Des del groc clar al rosa encès, tota la gamma de rosats; groc de lliri, groc de blanc de nacre, blanc blau de perla, rosa englantina, rosa violeta. Des del pàlid de la magnòlia a la quasi vermellor de la clavellina rosada, no n'hi manca ni un de la paleta. Un músic podria dir que és una sonata en rosa. Nosaltres no trobem paraules. La vista no en sap de parlar. Mira i admira, i veu el blanc i s'embriaga de claror, i, com més ne veu, més ne mira» (1974: 94). [Florecer aquí no cuesta nada, es el respirar de la misma isla. Nota el corazón lleno y fecundado, le sale la vida por las ramas y pare belleza y dolor, y como es el sol quien les hace de madre, como es el mar quien les apadrina, los niños salen de blanco dorado y salen tantos que la tierra canta. Estos árboles floridos, todos juntos tienen una misma nota, pero uno por uno, son como teclas o como matices de un solo color, pero de una gradación sin fin. Desde el amarillo claro al rosa encendido, toda la gama de rosados, amarillos de lirio, amarillo anacarado, blanco azulado de perla, rosa, eglantina, violeta. Desde el pálido de la magnolia al casi bermellón de la clavellina rosada, no falta ni uno solo de la paleta. Un músico podría decir que es una sonata en rosa. Nosotros no encontramos palabras. La vista no sabe hablar. Mira y admira, y ve el blanco y se embriaga de claridad, y cuanta más ve, más mira].

⁹¹ «Si Mallorca no tingués res més, valdria la pena d'esser-hi, tan sols per veure-la florir. Ni les postes de sol de Rigui, ni el sol de la nit de Noruega, ni les catarates del Niàgara no valen tant com veure una illa que es torna una rosa blanca» (1974: 95). [Si Mallorca no tuviera nada más, valdría la pena estar allí solo por ver como florece. Ni las puestas de sol de Riga, ni el sol de media noche de Noruega, ni las cata-

ratas del Niágara valen tanto como ver una isla transformada en una rosa blanca}.

⁹² Pagenstecher, tras una larga descripción, muy interesante por los datos que aporta, concluye: «Estos cuerpos subdivididos, enredados, descarnados, llenos de voluminosas y raras excrescencias, con sus altas ramas, en las que la savia, siempre más abundante en sus extremidades superiores, adorna con un follaje tanto más fresco, cuanto que en este mismo momento del año es el de la aparición de las flores, cuyos innumerables capullos de un verde claro, resaltan sobre las hojas, excitan y provocan la imaginación y concluyen por dar nacimiento al mito de las Driadas. No sin llegar en algún caso a inspirar la poética imaginación de Ovidio, con la graciosa fábula de la transformación de Filemón y Baucis» (1989: 152).

⁹³ J. Charles Davillier, acompañado por Doré, visita España en varias ocasiones entre 1861 y 1873. Fruto de sus recorridos van a ser sus colaboraciones en la más importante revista europea de viajes, *Le tour du monde. Nouveau journal des voyages*, entre 1862 y 1873. Al año siguiente, en 1874, Hachette, editora de la revista, publicará a su vez en volumen los textos anticipados en las entregas con el título de *L'Espagne*. También el prestigio de Doré influyó, sin duda, en que *L'Espagne* fuera traducido a diversas lenguas: al italiano pocos meses después de su aparición; en 1876, al inglés, y en 1878, al danés. Mucho más tardíamente se tradujo al castellano con el título *Viaje por España* (Sazatornil, 2010: 10-21).

⁹⁴ «Torn trobar aquelles formes estranyes que em creia que Gustau Doré havia tret d'alguns dolorós malson i que el seu geni havia endevinades. Les haig de tornar a veure més tard a la claror de la lluna... aquestes oliveres monstres, alçant vagament dins la nit les seves formes espectrals, i malgrat de mi mateix em vaig esgarrijar, perquè semblava que es movien, mentre la brisa nocturna parlava com en veu baixa entre les fulles arruades i era com si lluïssin ullades a través de les tenebres» (Vuillier, 1973: 59). «Me encuentro de nuevo con esas formas extrañas que creía que Gustavo Doré había tomado de alguna dolorosa pesadilla y que su genio había adivinado. Más tarde, a la luz de la luna, volví a ver aquellos olivos monstruosos, levantando vagamen-

te en la noche sus formas espectrales y a mi pesar me estremecía, pues parecía que se movieran mientras la brisa nocturna hablaba como en voz baja entre las arrugadas hojas y parecía que brillasen miradas entre las tinieblas» (Vuillier, 2000: 67).

⁹⁵ «Pero la isla es enemiga de la tragedia. Entonces para corregir ese ademán atormentado de los viejos olivos, Mallorca se viste con la gloria de sus almendros innumerables. La isla entera, en los radiantes días del final del invierno, es una inmensa, una unánime flor. De este modo recupera el sentido vital, jocundo, que los dramáticos olivos le habían arrebatado. Y torna así a la pura expresión de alegría armoniosa que su destino profundo le ordena. En esos momentos de floración unánime la isla se vuelve musical, como un gran canto de adolescencia sostenido en la nota aguda, vibrante y delicada del blanco más inspirado» (Salaverría, 1933: 33-34).

⁹⁶ En el capítulo primero: «Se atravesó el dantesco trecho de los olivos centenarios, milenarios, que perpetúan, como en eternidad, sus como petrificados gestos y ademanes de metamorfosis» (Darío, 2001: 234).

⁹⁷ El primer verso se ha editado a menudo con variantes: «Los olivos que tú, Pilar, pintas son ciertos», aunque Rubén escribió, sin duda, «Los olivos que tu Pilar pintó», ya que el poema iba dirigido al marido de la pintora Pilar Montaner Maturana, que al referirse a ella decía «mi Pilar» (Bosch, 2010: 26, nota 64).

⁹⁸ [Los olivos, afianzados en terrenos pobrísimos, tiene tendencia a deformarse, a adoptar formas dramáticas y crispadas, de caracteres violentos]. [... los rincones cerrados y los pequeños valles dulcísimos con limoneros y naranjos en un aire extático, tan calientes y resguardados, sobre los que se posa una calma parada y una luz de sueño].

⁹⁹ «L'espectacle és literalment imponent, però jo confesso que no dispo de la suficient quantitat d'histrionisme per a parlar del que es veu —suposant que es vegi alguna cosa— des d'aquests cims horrífics» (Pla, 1970: 121). [El espectáculo es literalmente imponente, aunque yo confieso que no dispongo de la suficiente cantidad de histrionismo para hablar de lo que se ve —suponiendo que se vea algo— desde estas cimas terroríficas].

¹⁰⁰ [Se puede pintar la realidad —este vaso de vino, esta petaca, esta taza de café—, se pueden pintar los objetos de la realidad, pero lo sublime como tema no puede pintarse].

¹⁰¹ [Se trata de pintar; no se trata de enseñar las vergüenzas de la vida íntima. Mientras se producía el descubrimiento de Mallorca, Cezanne, sin quitarse jamás ni el cuello ni la corbata, pintaba en Aix cuatro manzanas sobre un mantel y leía “La Croix” con aprovechamiento muy patente].

¹⁰² «Libre de las garras de hechizo de París emprendí camino hacia la isla dorada y cordial Mallorca. La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad. Por cariñosa solicitud de mi excelente amigo don Juan Sureda, por su cariño vigilante, mi alma y mi carne ganaban de día en día la conveniente fortaleza» («Postdata, en España», *Autobiografía*, 1990: 129).

¹⁰³ Ampliamente recogida por la edición de Fernández Ripoll (2001).

¹⁰⁴ [Amigo lector: si padeces neurastenia o piensas padecer, que ya es padecer; si estás aturdido por los ruidos que comporta la civilidad, por esta angustia de ir deprisa para llegar antes que nadie donde no tenemos nada que hacer [...], si el desasosiego ya no te deja vivir y quieres gozar de un poco de reposo [...], sígueme a una isla que te diré, a una isla donde siempre hay calma, donde los hombres nunca tienen prisa, donde las mujeres nunca se hacen viejas, donde no se malgastan ni siquiera las palabras, donde el sol se queda más tiempo y la señora Luna camina más lentamente, contagiada por la pereza].

¹⁰⁵ En la correspondencia de Unamuno con mallorquines, encontramos una carta de Rafael Ballester —que por aquel entonces está preparando oposiciones a cátedras de instituto—, fechada en Madrid el 30 de septiembre de 1906, en la que le pide a Unamuno que vaya a Mallorca el año próximo, asegurando que así «he escrito a algunos amigos de Palma anunciando que usted iría» (Bastons, 1996a: 77).

¹⁰⁶ Para lo concerniente a los detalles de la estancia mallorquina de Unamuno, véase el artículo de Capó (1973).

¹⁰⁷ Escobar Borrego se refiere a que Unamuno evoca en este párrafo la *Epístola moral III*, 28 de Séneca a Lucilio (2003: 111).

¹⁰⁸ A los premios que otorgaba la Asociación de Prensa podían presentarse textos tanto en lengua castellana como catalana, circunstancia que enfadó mucho a los catalanistas.

¹⁰⁹ Según Bosch (2011: 253), Juan Sureda Bimet apunta en su diario que el 30 de junio se entrevistó con Unamuno para pedirle que fuera mantenedor de los Juegos Florales —«Se resiste. Convénzole»— que tuvieron lugar el 8 de julio en el Teatro Principal de Palma. En ese mismo epistolario, Bosch se refiere a las cartas, enviadas por el matrimonio Sureda-Montaner a Unamuno en julio de 1922, solicitando su ayuda para que «les recomiende a algún poderoso de Madrid», pues se encuentran arruinados. Más adelante, cuando Unamuno ya está en el destierro de Fuerteventura (4-10-1924), vuelven a dirigirse a él solici-tándosela nuevamente, quizá Unamuno conozca algún capitalista a quien pudiera interesar convertir su casa-palacio de Valldemosa en un hotel de lujo (Bosch, 2011: 253).

¹¹⁰ En el «Discurso», reproducido en el diario *Última Hora* (8 de julio de 1906) y recogido por Capó (1973: 152-156), Unamuno dice: «Y por espíritu de crítica he de fijar mi atención en un doctor de Teología, catalán de Mallorca, el cual descubrió hace nueve años, Baedeker en mano, Alemania. Este dice que en Alemania le hicieron hablar en catalán y les pareció un idioma armonioso y en cambio el castellano les pareció semejante al turco y opinaron que era una lengua áspera y seca, y hay que tener en cuenta, añade el descubridor de Alemania, que nosotros lo pronunciábamos con acento catalán y el efecto que producía era mejor». Para los detalles de la polémica, véase Perea (2003: 165-199).

¹¹¹ Años antes de su visita a Mallorca, en 1899, Unamuno ya había polemizado con el periodista mallorquín Damià Isern, a raíz de que este se metiera con él en «El regionalismo y las crisis de España», publicado en *Última Hora*, el 14 de agosto de 1899. Unamuno contestó en el mismo periódico con su artículo «Del regionalismo» el 24 del mismo mes.

¹¹² En el archivo de la Casa-Museo de Unamuno en Salamanca se conserva la carta manuscrita de Sureda Bimet, fechada en Palma el 26 de junio de 1916, invitando a Unamuno a pasar unos días en su casa de Valldemosa. La reproduce Bastons (1996: 131-132).

¹¹³ «Un mois de plus, et nous mourions en Espagne, Chopin et moi, lui de mélancolie et de dégoût, moi de colère et d'indignation. Ils m'ont blessée dans l'endroit le plus sensible de mon cœur, ils ont percé à coups d'épingles, un être souffrant sous mes yeux, jamais je ne le leur pardonnerai, et si j'écris sur eux, ce sera avec du fiel» (Sand, 1968: 576).

¹¹⁴ Cabanyes, con su mujer y su hijo primogénito de pocos meses, llega a Mallorca el 21 de octubre de 1837. Permanece en Mallorca dos años, donde nacen otros dos de sus hijos.

¹¹⁵ «Uno de los muchos y poderosos motivos que me determinaron a venirme a esta Isla fue la congoja que me causaban los muros de la cultísima Barcelona, donde me hallaba encerrado hacía dos años y las vivas ansias que sentía de respirar aire puro y gozar de su quietud y paz» (1970: 77). Rius y Vila, en la «Introducción» a la edición del libro de Cabanyes, señala el clima de terror en que se vivía en Cataluña, debido a la primera guerra carlista (1970: 23). En Barcelona, amurallada y protegida por centinelas, la vida era menos angustiada, pero, a la vez, se hacía irrespirable, por lo que, como otros catalanes, Cabanyes decide marcharse a Mallorca.

¹¹⁶ Cabanyes destaca también otra característica gastronómica: la afición de los isleños a los «pimentones», que no son tales, sino guindillas. El autor traduce de manera incorrecta «pebre de cirereta» (*capsicum frutescens*), un tipo de pimiento muy picante, en efecto, por «pimentón», considerando que tal vez el sabor picante permita no reparar en lo soso que está todo, incluso el pan, que todavía hoy en Mallorca se amasa sin sal.

¹¹⁷ Cortada, con anterioridad, probablemente sin mala intención, había incomodado a los descendientes de los conversos mallorquines al publicar, en 1838, *Las revueltas de Cataluña o El Bastardo de Entenza*. Con voluntad conciliadora, mandó que se retiraran los pliegos de la escena que pudo ofender a aquellos mallorquines, «nada diferentes por su carácter y conducta moral de los otros habitantes», tal y como anunciaba el 15 de junio de 1838 una nota publicada en el *Diario Constitucional de Palma* (Ghanime, 2008: 9).

¹¹⁸ Para muestra, un botón: «José Company, apodado Trinc y que nos encarecieron como el mejor guía de la isla [...] es el hombre más ne-

cio, majadero borrico y bonazo que hay en gran parte de lo descubierto en la tierra y por el peor guía que come pan en la isla» (Cortada, 2008: 81-82). Y en otro lugar, refiriéndose al hostelero de Manacor: «a las cuatro de la mañana nos hemos despedido del señor fondista, de quien según la cuenta que nos ha presentado, decimos que vive honradamente con su hacienda y con la agena [*sic*]» (Cortada, 2008: 68).

¹¹⁹ En su visita a la cartuja, al referirse a la próxima desaparición del cementerio, escribe: «por las noches iba ocho años atrás George Sand a hacer sus *rêveries* o quizá a coordinar el argumento de *Spiridion*, o a escribir las páginas del libro en que tan mal juzgó a la isla y a los mallorquines, sin haber visto a la una ni a los otros: libro que con razón tiene muy amostazados a los isleños» (2008: 104). Cortada no añade nada más. Los motivos pueden ser dos: primero, cierta coincidencia con Sand en sus juicios sobre el atraso de la isla, ya que no deja de referirse en numerosas ocasiones a la cuestión; segundo, aunque menos probable, el hecho de ser traductor de Sand. Quizá piensa que la escritora puede incomodarse con él si hace según qué comentarios.

¹²⁰ Cortada pasó en Mallorca casi dos meses: llegó el 19 de julio de 1845 a bordo de El Mallorquín y zarpó para Barcelona el 10 de septiembre. Le acompañó su joven amigo, Antonio Reniu, del que se tienen pocos datos. Al llegar se les unió Joaquim Rubió i Ors, que estaba en Mallorca desde el 6 de julio y se quedó con ellos hasta el 20 de agosto, fecha en que volvió a Barcelona. Rubió había ido a Mallorca por recomendación de la autoridad militar para evitarse problemas el día del sorteo de quintos (Mas i Vives, 1989).

¹²¹ En otras páginas insiste sobre lo mismo de manera parecida: «Todo esto significa en buen romance que los mallorquines no son grandes trabajadores, y así es la verdad. Reflexionando imparcialmente no debe admirarnos, en primer lugar porque es achaque común de los hombres de todos los países muy fértiles, y en segundo porque las gentes sobre todo las del campo tienen poquísimas necesidades. Nuestros trabajadores comen bien y en cantidad bastante; los de Mallorca comen mal y en cantidad corta, y para comer así no es menester gran trabajo. En último análisis es preciso convenir en que el hombre trabaja

por fuerza, y por esto el que tiene con qué subsistir trabaja poco o nada» (Cortada, 2008: 47).

¹²² Grasset considera, además, que es la aversión al trabajo lo que lleva a que muchos muchachos robustos pueblen los seminarios y que quienes sirven en las casas de los nobles sean gandules; todo ello redundando en que no se dediquen a la agricultura, que necesita más brazos (1952: 71). Con respecto a las mujeres, señala la inactividad peligrosa de las prostitutas, al parecer autorizadas de manera indulgente por los gobernantes, y se refiere al libertinaje que reina, tan perjudicial para la población y el bien de la sociedad (1952: 50).

¹²³ «L'amic Sellarès, que em veia constantment delerós de visitar el que la ciutat ofereix d'interessant —i no és poc— a vegades em deia: —Quan haureu menjat quatre o cinc dotzenes d'ensaimades, començareu a estar a to amb Mallorca. Jo us trob encara massa parisenc, nerviós, ple d'ardor en tot. Mirau com som a Palma: sempre tenim temps; ens apressam lentament, segons l'expressió d'un dels vostres poetes. També tenim salut; la nostra existència passa sense esforços, les nostres necessitats són modestes, i tornam vells després d'haver gaudit molt de temps del sol i de les meravelles de la nostra illa» (Vuillier, 1973: 41). «El amigo Sellarés, que me veía impaciente por visitar lo que la ciudad ofrece de interesante, y no es poco, a veces me decía: —Cuando hayáis comido cuatro o cinco docenas de ensaimadas, empezareis por estar a tono con Mallorca. Os encuentro todavía demasiado parisino, nervioso, inquieto, demasiado apasionado. Mirad cómo somos en Palma: siempre tenemos tiempo; nos apresuramos lentamente, según expresión de un poeta de ustedes. Por eso estamos tan bien; nuestra existencia transcurre sin esfuerzos, nuestras necesidades son modestas y envejecemos tras haber disfrutado del sol y de las maravillas de nuestras islas» (Vuillier, 2000: 48).

¹²⁴ Bidwell ve muestras de actividad en tres factores: el establecimiento de unas atarazanas, el barco correo a vapor que une Palma con Barcelona, la fábrica de gas y la creación de un banco; todo eso extiende sus beneficios sobre todas las clases sociales (1997: 40).

¹²⁵ Así lo asegura Laurens: «Mallorca es verdaderamente el lugar del mundo en que se cometen menos crímenes» (2006: 60); Demboswki:

«Tal es la suavidad de costumbres de estos pacíficos insulares, que han transcurrido dos años sin que la Real Audiencia de Palma haya tenido que entender en un solo caso de asesinato» (2008: 457); Wood: «No hay nada, realmente, que sea poco seguro en Mallorca. El pueblo es honrado, o se dice que lo es. Los forajidos son desconocidos, aparte de que no hay mucho que robar, y no creo que haya nadie que merezca ser asesinado» (1968: 143-144); Bidwell: «Les Illes Balears posseeixen un atractiu, que contrasta, amb moltes, per no dir amb la majoria de les províncies de la península. Es pot cavalcar o conduir a qualsevol hora amb una perfecte seguretat. Qualsevol home i fins i tot qualsevol dona, pot anar a qualsevol hora del dia o de la nit d'un extrem a l'altre de l'illa sense el més petit risc de ser molestat» (1997: 110). [Las islas Baleares poseen un atractivo que contrasta con muchas, por no decir con la mayoría de las provincias de la península. Se puede cabalgar o conducir a cualquier hora con absoluta seguridad. Cualquier hombre e incluso cualquier mujer puede ir a cualquier hora del día o de la noche desde un extremo a otro de la isla sin correr el más pequeño riesgo de ser molestado].

¹²⁶ «Una característica agradable de la part forana de Mallorca és que no fa falta tancar amb clau [...]; quan tanquen és perquè no entrin els porcs o els cans, deixen la clau al pany» (1997: 156). [Una característica agradable de los pueblos de Mallorca es que no hace falta cerrar la puerta con llave [...]; cuando la cierran, para evitar que entren los cerdos o los perros, dejan la llave en la cerradura].

¹²⁷ Se trata del artículo titulado asimismo «Des de Mallorca», aparecido en *L'Esquella de la Torratxa* el 14 de agosto de 1919, pág. 522, recogido luego en *Des de Les Illes* (1999: 100-101).

¹²⁸ «La gent del camp en aquesta Mallorca no pot ser més respectuosa, més complaent i més amable. No passa ningú per la carretera sia a peu sia en cotxe, que no vos saludí; no vos aturereu a cap mas que no surti la madona i vos ofereixi una cadira i no vos convidi a beure un vas d' aigua. No entreu enlloc que no sigueu ben rebut amb aquella cordialitat que parlava J. J. Rousseau, si bé és veritat que no exercia» (Rusiñol, 1999: 100). [La gente del campo en esta Mallorca no puede ser más respetuosa, más amable y complaciente. No pasa nadie por la carre-

tera, sea a pie o en coche, sin que os salude; no os detendréis en una finca sin que salga la *madona* a ofrecer una silla y convidaros a un vaso de agua. No entraréis en cualquier lugar sin que seáis bien recibidos con aquella cordialidad de la que hablaba J. J. Rousseau, aunque la verdad es que no la ejercía].

¹²⁹ A las referencias ya apuntadas sobre Juan Sureda Bimet (Valldemosa, 1872 – Palma 1947), puede añadirse el mecanuscrito de Bosch, «Juan Sureda Bimet» (Biblioteca March, Fol. 195 (7), b11969763 i 13992326). Para establecer las relaciones entre los Sureda y los escritores que pasaron por su casa palacio, remito de nuevo al interesantísimo epistolario editado por Bosch (2011). También el padre Batllori (1950) ofrece más datos sobre el mecenas, que recibió también a Jorge Guillén cuando fue a Mallorca en viaje de novios con su primera mujer, Germaine, en 1921, y a Chamberlaine, en octubre de 1927. En casa de Sureda se hospedaron Azorín, Darío, Bazil, Unamuno, Rusiñol, Sorolla, Borges y Eugeni D’Ors, por citar solo a los más significativos. Juan Sureda, bajo el nombre de Luis de Arosa, anfitrión y amigo del protagonista, aparece en muchas de las páginas de *El oro de Mallorca*. Vigoleis, en cambio, lo introduce con su verdadero nombre en su novela *La isla de la segunda cara*; y vuelve a ser personaje en la de Federico Díaz Falcón, *Las guapas hacen sufrir*, bajo el nombre de don Joaquín. Sureda Bimet era rico por herencia paterna —su padre, Juan Sureda Villalonga, había sido un importante financiero—, pero se arruinó a finales de los años 20. En octubre de 1927 su casa de Valldemosa fue embargada por deudas pendientes con la Caja de Ahorros de las Baleares, aunque el embargo no fue ejecutado hasta 1931. Durante ese lapso, los Sureda y su numerosa prole —de sus catorce hijos, sobrevivieron once— continuaron viviendo allí. Vigoleis cuenta en su novela *La isla de la segunda cara* que Sureda trató de salvar cuanto pudo trasladándolo a casa de la nodriza en la calle Amargura de Valldemosa, donde el novelista contempla los colchones, apilados del suelo al techo, y provistos de los correspondientes letreros en los que constaba qué personaje había dormido en cada uno: Alomar, Darío, el archiduque Luis Salvador, Chopin, Jovellanos, Mutter Ey... La ironía de Vigoleis está clara. Sin embargo, tiene una base real: en Ma-

llorca se contaba que don Juan Sureda Bimet guardaba devotamente las sillas en las que habían reposado las ilustres posaderas de sus no menos ilustres huéspedes. Sureda Bimet murió pobre en Palma en un piso humilde. El padre Batllori le dio la extremaunción y le amortajó con el hábito de cartujo, que había comprado en su juventud con esa finalidad, hábito con el que Rubén Darío había sido fotografiado. Culto y erudito, autor de artículos publicados en revistas locales, fundó Falange Española en Mallorca en 1933, aunque abandonó toda actividad política durante la guerra. Fue asimismo el padre del notable pintor y escritor ultraísta Jacobo Sureda Montaner, gran amigo de Borges.

¹³⁰ Así Azorín, en su segundo artículo «La casa de Sureda» (1952: 5-8). Darío dedica «Los olivos» a Juan Sureda, que aparece como personaje en *El oro de Mallorca*, como ya he mencionado. También en las páginas de este libro, la «artista gentil y madre infatigable» (2002: 242) encubre a Pilar Montaner, bajo el nombre de «María, la castellana, la señora de la morada estaba sonriente entre sus niños, semejantes a blancos y sonrosados principitos de Vandyck [*sic*]» (2002: 235). Según escribe la pintora en sus *Memorias*, Darío compuso para ella el poema «La Cartuja» (2010: 93), aunque este dato no consta en la edición de *Poesía* de Darío (1952: 415); fue su confidente durante la estancia del poeta en Valldemosa y trató incluso de retratarle, aunque no consiguió hacerle más que un esbozo, que se conserva en la colección de su nieta Elvira Sureda Cañellas. Miguel de Unamuno, a su vez, dedica a Pilar Montaner de Sureda «Los olivos de Mallorca» (1929: 204-210); y ella pinta su retrato, hoy en el fondo de la Col·lecció Sa Nostra. Caixa de Balears.

¹³¹ En aras del amor a la patria, apunta: «Por razones de patriotismo deberían fomentarse y favorecerse las sociedades de excursionistas, los clubs alpinos y toda asociación análoga» (Unamuno, 2004: 300).

¹³² Reacciona Unamuno contra «Los que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel ni saben comer sino con una de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago a todos los tontos, y una comida internacional, que es la peor de las comidas» (2004: 302).

¹³³ Una prima de su esposa Concha Lizarra, Zoaila de Ecénarro, estaba casada con el registrador de la propiedad manacorese, Gu-

mersindo Solís de la Huerta, en cuya casa pasó Unamuno parte de su estancia mallorquina. Por otra parte, también residió en Santa María del Camí, en casa del hijo de estos, el notario Jesús Solís de Ecénarro, que había estudiado en Salamanca, y había sido atendido por Unamuno y su familia. (Para más detalles, véase Capó, 1973: 144-159).

¹³⁴ Como adjetivos, *morigerada* y *cortés* y, como sustantivos, *morigeración* y *cortesía* (1929: 170 y 171). Unamuno considera que estas cualidades distinguen a los mallorquines, de ahí que los términos se repitan una y otra vez.

¹³⁵ «Hay familias que al salir el lunes de casa para irse al campo y no volver hasta el sábado, dejan la puerta abierta, seguros de que nadie intentará robarles» (Unamuno, 1929: 170).

¹³⁶ «Pues donde hay esta separación ritual de clases o de castas se observa que cada una de ellas está orgullosa de sí misma, y que no son los que pasan por últimos menos celosos que los primeros en mantener su categoría» (Unamuno, 1929: 173).

¹³⁷ «El hablar mallorquí és una cosa tan agradable, tan deliciosa, tan prodigiosament feta, pastada i civilitzada, que només per sentir parlar mallorquí val la pena anar a les Illes» (Pla, 1970: 82).

¹³⁸ «Els mallorquins, que són generalment gent reposada, tenen de vegades atacs de brusca violència, i llavors utilitzen interjeccions d'un pintoresquisme frenètic» (Pla, 1970: 86-87).

¹³⁹ «Se han dicho tantas tonterías sobre Mallorca, sobre todo, tantas vulgaridades. El autor procuró decir solo lo que vio —aunque no haya podido ver todo— hablar solo de lo que amó. Su libro no es guía hecha para presentar al viajero lugares famosos, sino diario del viaje del cual arranca apuntes, hoja por hoja, comentándolos a media voz» (Miomandre, 1934: 15).

¹⁴⁰ «Mientras que el prisionero de las metrópolis absurdas y trepidantes de hoy en día vuelve sus ojos fatigados a una edad de oro con calles sin camiones y patios sin TSH, quienes tienen la suerte de vivir allí, en esta edad de oro, envidian confusamente el ritmo intenso de nuestros días» (Miomandre, 1934: 118).

¹⁴¹ A estos lugares emblemáticos cabría añadir Pollensa a partir de la llegada de los pintores internacionales a la zona, y la península de Formentor, desde la construcción del hotel que lleva su nombre por parte de Adan Diehl.

¹⁴² «Sóller presenta sempre l'aspecte d'un bosc d'arbres constantment verds, carregats de flors i fruits; hom hi davalla i es troba amb la més bella contrada de l'illa [...], la plana coberta de tarongers i llimoners regats per una infinitat de riuets que es reuneixen en un sol prop de la vila de Sóller. Aquesta està situada en un lloc molt agradable. Té una població d'uns cinc mil habitants que viuen tots folgadament. La vila de Sóller s'enriquí amb el comerç de les taronges. Està situada dalt d'una muntanya [*sic*] a la vora del port en front de Barcelona, on els anglesos van a cercar les taronges, les llimones i els vins que abunden en el seu terme» (Laborde, 1975: 165). [Sóller presenta siempre el aspecto de un bosque de árboles constantemente verdes, cargados de flores y frutos; al bajar uno se encuentra con el más bello paraje de la isla [...], la llanura cubierta de naranjos y limoneros, regados por una infinidad de riachuelos que se juntan en uno cerca de la villa de Sóller. Esta está situada en un lugar muy agradable. Tiene una población de unos cinco mil habitantes, que viven todos holgadamente. La villa de Sóller se enriqueció con el comercio de naranjas. Está situada en lo alto de una montaña [*sic*] junto al puerto, enfrente de Barcelona, donde los ingleses van a buscar las naranjas, los limones y los vinos que abundan en su término].

¹⁴³ Grasset amplía su descripción: «todo el valle está sembrado de naranjos y limoneros, regados por una infinidad de acequias, que confluyen en un solo torrente» (1952: 43). Y se fija en la cantidad prodigiosa de naranjas y limones que producen y el beneficio que los habitantes sacan de tal producción exportada a Francia. Todas esas referencias minuciosas a la producción agrícola de la isla y las posibilidades de mejorarla indican de manera rotunda que estamos ante una mentalidad dieciochesca.

¹⁴⁴ [Caminos, todos bonitos y senderos, todos pintorescos, que a menudo es difícil, incluso para quien conoce bien la zona, encontrar el camino que se busca].

¹⁴⁵ Unas páginas más adelante, Wood insistirá en la descripción de la vegetación del valle: «Viajamos a través de un paisaje hermosísimo. Había palmeras con sus racimos bronceados, plantaciones de naranjos [...]. Los naranjos estaban llenos de fruto y su espléndido follaje se extendía sobre la tierra con un manto brillante» (Wood, 1968: 182).

¹⁴⁶ En la traducción catalana leemos: «Generalment es creu que l'illa de Mallorca està coberta de tarongers. Un mariner que havia dirigit durant molt de temps paquebots que feien el servei entre Marsella y Alger, m'havia dit que passant per aquests paratges havia sentit el seu perfum, més de vint milles dins la mar. Efecte d'imaginació, sens dubte» (Vuillier, 1973: 75).

¹⁴⁷ [Se nota como, desde allá, desde la llanura sube el intenso aroma de las flores de azahar [...]. Como si te dijese "abre el corazón", y te diesen a respirar un aliento de flores que llenan los sentidos de fragancias»].

¹⁴⁸ [La ciudad de Soller es esto: un estuche, una copa o una capilla para guardar el tesoro de estos árboles].

¹⁴⁹ [¿Por qué [...] teniendo estos huertos tan hermosos y estos jardines donde, a su sombra, habrían soñado las Hespérides, y estos frutos de oro bajo sus ventanas, por qué emigran y abandonan esta primavera eterna?].

¹⁵⁰ Para Bidwell lo que más necesita la isla es un buen puerto en la bahía de Palma (1997: 184). No sabemos si la desiderata tenía que ver con la posibilidad de un cómodo desembarco de tropas británicas.

¹⁵¹ «Después de una visita a sus cuevas [de Artá], tan curiosas como las de Adelsberg, con sus *clapers* de *gegans* y sus *talayots*, tumbas de épocas desconocidas, entramos en Palma» (1949: 967). Téngase en cuenta que los monumentos talayóticos no están en las cuevas, sino fuera de ellas, aunque en la misma zona.

¹⁵² «No s'hi experimenta aquell malestar indefinible, quasi de terror, que m'havia oprimit a Manacor, i que venía, sens dubte, de l'atmosfera rescalfada i també de la qualitat de l'aire que s'hi respira» (Vuillier, 1973: 126). «No se experimenta aquí el sentimiento de malestar indefinible, casi de terror que me había atenazado en el Drac, y que

se debía, sin duda, a la de la atmósfera sobrecalentada y también a la calidad del aire que allí se respira» (Vuillier, 2000: 138).

¹⁵³ En *Les illes oblidades* escribía: «Deixam aquest llac elisi, aquest palau que sembla habitar alguna misteriosa nàiade o la fada dels ulls verds del rondallista espanyol» (Vuillier, 1973: 124).

¹⁵⁴ En el original: «Es varen posar sobre si, com uns nàufrags de sota terra i varen calcular què farien. De moment no tenien menjar. Es podien menjar el guia —que en bona fe, s’ho mereixia—; però, primer, l’havien de matar, i no tenien res per matar-lo; i un cop mort, com no hi havia foc, se’l tenien de menjar cru, i un guia cru, no hi ha qui se’l mengi» (Rusiñol, 1974: 192-193).

¹⁵⁵ Además junto a una pequeña corte científico-literaria, se convierte en un estudioso de los usos y costumbres de los isleños, de la geografía, flora y fauna de las Baleares, como puede constatarse en su obra magna, *Die Balearen*, una enciclopedia monumental sobre el archipiélago, aún hoy en día de gran utilidad. Comenzada en 1869 y terminada en 1891, a través de siete volúmenes acompañados de una importante sección gráfica, dio a conocer las Baleares en toda Europa. No hay que olvidar que en 1878 la parte publicada de esta obra obtuvo la Medalla de Oro de la Exposición Internacional de París, en unos momentos en que la capital francesa constituía una extraordinaria caja de resonancia para cualquier promoción. *Die Balearen* se conforma así como uno de los mejores apoyos para el lanzamiento internacional de nuestras islas, especialmente entre aquellos cuya sensibilidad artística permitía que captasen las bellezas y singularidades del archipiélago, que la obra del archiduque y sus colaboradores ponían de manifiesto.

¹⁵⁶ El capítulo IX, «La vida en el camp», asegura que Valldemosa es uno de los valles más fértiles y bellos de la isla, en donde recomiendan pasar el tercer trimestre del año (Bidwell, 1997: 147-161).

¹⁵⁷ «Tengo que ir a las maravillas, por así decirlo, oficiales de la isla, a lo que se ofrece a los turistas; a Valldemosa, en cuya cartuja de un tiempo reposó Rubén Darío sus turbulencias del alma» (Unamuno, 1929: 182).

¹⁵⁸ Wood justifica la mala opinión que Sand tiene de los mallorquines: «Hace cincuenta años, la vida de un extranjero aquí debía de

ser algo horrible. Nadie querría nada con él. Era una especie de espía, un intruso». Y continúa con sus exageraciones: «A Chopin casi le costó la vida, y no cabe duda de que aceleró su fin» (Wood, 1968: 276), una afirmación, a todas luces, inexacta, puesto que Chopin murió once años después, en 1849.

¹⁵⁹ Wood reitera esa sensación por extenso y el excurso le permite hacer referencia a la singularidad del genio del artista incomprendido por la sociedad, por eso las excentricidades de Sand le parecen perfectamente disculpables (Wood, 1968: 277-283).

¹⁶⁰ En ese sentido, escribe: «Los famosos amantes, el músico y la escritora, podrían haber sido felices aquí, y sin embargo no lo fueron. En parte por culpa de George Sand. Era una mujer emancipada y no hizo ningún esfuerzo por ocultar su emancipación a las gentes de Valldemosa. Los escandalizaba con sus acciones, llevando pantalones y fumando en público. Suscitó tanto antagonismo entre los lugareños, para quienes el feminismo era y sigue siendo un misterio y su religión una forma de paganismo, que su presencia en el pueblo dio lugar al resentimiento. Si George Sand, en lugar de enemistarse, hubiese trabado amistad con esta gente, ella y Chopin se habrían ahorrado muchas incomodidades que padecieron. Pero George Sand se mostró desdeñosa ante la estrechez de miras de los valldemosinos; hablaba de ellos con amargura porque no la comprendían y les resultaba antipática. “Egoístas, impertinentes y despiadados” eran los adjetivos más suaves que utilizaba. Los valldemosinos le negaron la ayuda que de lo contrario habrían concedido a los recién llegados, dejando que los forasteros se las arreglaran por sí mismos» (West, 1996: 77).

¹⁶¹ Véase nota 112 y *passim*.

¹⁶² «És el fet històric que ha deixat més eco entre les pedres d'aquest monastir venerable» (Rusiñol, 1974: 111).

¹⁶³ «En arribar no va trobar prou bé les coses que li dictaven els llibres» (Rusiñol, 1974: 112).

¹⁶⁴ [Sin embargo, como estaban contentos con su isla y con su suerte, naturalmente, no protestaban; y tener con ellos a una contestataria y que no supieran adivinarlo, fue un crimen de lesa embobamiento, que también debió de contrariarla].

¹⁶⁵ Graves recoge ambos textos en «George Sand en Mallorca», capítulo final de *Por qué vivo en Mallorca*. Compara, además, las cartas de Chopin a Julio Fontana, optimistas y entusiastas, con el texto de *Un hiver à Majorque*, al tiempo que se permite sospechar que fue la perversa Solange la culpable de la desaparición de algunas vituallas, y no los campesinos de Valldemosa (Graves, 1996: 137).

¹⁶⁶ Se trata de «Jorge Sand en Mallorca», publicado en *La Prensa* el 27 de octubre de 1929, incluido después en *La amada España* (Azorín, 1967: 145-151).

¹⁶⁷ Consta, en una carta de Alomar a Darío (20 de noviembre de 1906), que va a proporcionarle la traducción que le pide. (Vid. Oliver Belmás, 1968: 348).

¹⁶⁸ «Era una dama poco cómoda»: así empieza el tercer capítulo de *El oro de Mallorca* (Darío, 2001: 189).

¹⁶⁹ Habría que añadir entre paréntesis que en la actualidad parece que todo esté olvidado, puesto que, por paradojas del destino, los habitantes de Valldemosa viven a expensas de comerciar con su recuerdo y la escritora ha llegado, incluso, a ser declarada hija adoptiva de Mallorca.

¹⁷⁰ Basta asomarse a las páginas de las revistas humorísticas como *Madrid Cómico* o *La tralla* para observar cómo, en torno a 1898, los americanos son asociados a los cerdos. En muchas caricaturas aparecen como choriceros; su ejército, como piaras, y las damas americanas pasean con un lechón bajo el brazo por las calles de Nueva York.

¹⁷¹ «George Sand y Chopin» (08/07/1907) y «Todavía sobre George Sand» (14/07/1907). Véase nota 41.

¹⁷² El príncipe austríaco, que había nacido en el palacio Pitti de Florencia, falleció en el castillo de Brandais (Bohemia) el 12 de octubre de 1915.

¹⁷³ La lista de invitados ilustres es extensa. Cabe citar a los prehistoriadores Georges Bartoli y Emilie Cartailhac; al naturalista Odón de Buen; a los botánicos Roberto H. Chorat, catedrático de la Universidad de Ginebra, y Carlo di Marchesetti; al ornitólogo alemán Alfred von Jordans; a los geólogos Eduard Alfred Martel, Jules Lambert y Leon William Collet; a los escritores Margarita d'Este, Jules Leclerk, Johan

Fustenbach, y Jacinto Verdager; al tenor Viñas; al bajo Uetam; y al sacerdote y naturalista menorquín Francisco Cardona Orfila, entre muchos otros.

¹⁷⁴ Wood relata a continuación lo que le había contado el archiduque: una mañana, paseando por sus posesiones, se encontró con un extranjero cuyo amigo, natural de Mallorca, había muerto, «perdiendo cuanto amaba en el mundo». Para honrar su memoria de un modo inhabitual, decidió ir a las Canarias para traer unos canarios y soltarlos en Mallorca para que su dulce canto fuera un réquiem dedicado al amigo muerto (Wood, 1968: 284). En mi opinión, la muerte del amado, que sume en la desesperación al amigo, recuerda la muerte de Wratislao Vyborni en julio de 1877, amigo del alma del archiduque, en honor al cual, Luis Salvador mandó esculpir un monumento, que se conserva en Miramar.

¹⁷⁵ Vuillier alude con gracia al hecho de que el archiduque pagaba en cuanto se percataba de que iban a talar un árbol para que pudiera seguir en pie: «Desde el principio había recomendado a sus sirvientes y empleados que respetaran los olivos, pinos y encinas, viejos y retorcidos y agrietados, pero magníficos en su pintoresca presencia y sus jirones de corteza. Pero un día, los pájaros que no cesaban de gorjear alegremente quedaron silenciosos, mientras estremecían los alrededores los golpes resonantes de unos hachazos que resonaban a lo lejos en la profundidad de los bosques. En una propiedad colindante con Miramar un mallorquín abatía un árbol centenario: tenía derecho. Para detener su vandalismo el Archiduque pagó mucho para comprar toda la propiedad del campesino. Días más tarde, volvió a producirse lo mismo del otro lado de Miramar: el Archiduque volvió a comprar. Y llegó un momento que, conocidos estos hechos, el Príncipe ya no podía abrir la ventana por la mañana sin oír por todos lados hachazos encarnizándose con árboles gigantes. Así, progresivamente, y casi sin sospecharlo, dedicó millones a la compra de las bellezas de aquella maravillosa costa y al reposo de los grandes árboles que mueren lentamente de vejez inclinándose sobre las aguas» (Vuillier, 2000: 18). También Unamuno alude a la cuestión: «Prohibía que se derribase ni un solo árbol y así el bosque tiende a trechos a convertirse en manigua. Cerca de Deyá hay junto a la

carretera un magnífico pino de parasol y lo compró nada más que para que no lo derribaran» (Unamuno, 1929: 196).

¹⁷⁶ [Es un príncipe que vive retirado en plena contemplación. No se preocupa por el vestir, no se preocupa por los títulos; es un hombre que se cree solo hombre. Si alguien le interesa, se le acerca y le tiende una mano gruesa. Tiene los ojos azules y el cabello rubio del Norte, pero el sol de la tierra y del mar ha patinado su rostro con una morenez de peña dorada. Abre las puertas de su casa a caminantes y peregrinos. Escribe, mira el mar y contempla, porque solo un contemplativo podía dejar su patria y las vanidades de la corte y las suntuosidades del lujo para escoger una nueva patria y llegar a hablar su lengua, y no durante un mes como turista sino durante cuarenta años de su vida, y arraigarse, en contemplación, como un roble de estas sierras].

¹⁷⁷ Se trata de «Jean Orth y Eugenio Garzón» (Darío, 1918: 129).

¹⁷⁸ [En aquella orilla, bella entre las más bellas del Mediterráneo, nacieron estos sueños [...]. La contemplación de su naturaleza, captada como es debido, debe ser mirada como una oración en la que el hombre se inclina, sumiso, ante el Creador de todos estos milagros].

¹⁷⁹ Las *Tabulae Ludovicianae* consistían en una serie de cuestionarios impresos, a los que los habitantes de cada zona estudiada por el archiduque contestaban. Así empezó sus investigaciones acerca de los usos, costumbres, peculiaridades lingüísticas, folklore, flora, fauna, etc. Con sus *Tabulae* se adelantó a lo que hoy denominamos «trabajo de campo». Las *Tabulae Ludovicianae* estaban impresas en alemán, francés, italiano y español.

¹⁸⁰ [En esta soledad de la costa la voz humana casi estorba y cuando aquí uno habla con otro lo hace bajito como si tuviera miedo de romper este supremo silencio. Uno tiene miedo de desentonar en este acorde de la naturaleza, en el que solo sobresale el girar de los vencejos en torno a los lejanos despeñaderos, que parece acompañar el rítmico batir del mar. Casi se siente uno tentado de contener la respiración a fin de poder escuchar mejor. [...] A veces, corren los nubarrones junto a las montañas y entonces van hacia atrás como empujados por una fuerza invisible, y es que, desde más allá de las montañas, viene otro viento que los empuja.

El aire reposa tranquilo lo mismo que la mar, o mejor dicho, esta reposa porque no hay viento y así, en esa tranquilidad de la naturaleza, nuestra alma reposa doblemente; puesto que, si vemos reflejados nuestros sentimientos en la naturaleza, por otro lado, también la naturaleza influye en nosotros excitándonos, inspirándonos o tranquilizándonos según las circunstancias. Es una influencia de la que, en los primeros instantes en que se posesiona de nosotros, no nos damos cuenta; no podemos ni tocarla ni verla y la sufrimos inconscientemente. Es un entorno parecido a la esfera de ideas en la que fuimos educados y que, precisamente por eso, nos hace partícipes también de su educación. Es el tono que da la naturaleza. Todo este contorno está en la sombra, pero hasta ahora aquí había resplandecido el sol. Las rocas están aún calientes y el olor del hinojo marino llena el aire de tal manera que el embate no es capaz de llevárselo y casi aturde. Las sombras lejanas se vuelven azuladas. Las rocas que todavía están bañadas por el sol pasan del color rojo cobre al dorado. No se ve ningún barco en el horizonte, solo las barcas de la fantasía caminan hacia delante y, a pesar de ello, aquí no se experimenta la sensación de soledad que se experimenta en la cima de una montaña. Aquí la onda parece que junte al mundo entero en un abrazo gigantesco que a todos nos reúne. Con frecuencia escucho las olas y muchas veces me parece que modulan conversaciones de personas queridas que están lejos. Las he escuchado horas y horas y siempre me parece que dicen cosas nuevas].

¹⁸¹ Sobre las estancias de Borges en Mallorca ni siquiera la biografía de Edwin Williamson (2004: 92-114), tan presuntamente documentada, añade datos de interés a los que ya ofreció Coco Meneses en sucesivas publicaciones (1987 y 1996). Muy al contrario, Williamson es confuso e impreciso respecto a esos episodios borgianos.

¹⁸² Se cree que a su llegada se instalaron en el hotel Continental y sabemos que pasaron el mes de agosto en La Pensión del Artista de Valldemosa, donde Borges pudo relacionarse con Jacobo Sureda, al que tal vez conoció por mediación de Adriano del Valle (Meneses, 1996: 18).

¹⁸³ La segunda estancia fue más larga y literariamente mucho más fructífera. Por entonces, además de estudiar latín, intensifica su

amistad con Jacobo Sureda, que le pone en contacto con otros jóvenes. Entre ellos, Juan Alomar, hijo de Gabriel Alomar (el amigo de Darío, Azorín y Unamuno), y Miguel Ángel Colomar, con los que firmaría el «Manifiesto Ultraísta»; y José Luis Moll, que, con el nombre artístico de Fortunio Bonanova, tomaría parte como actor secundario en películas producidas en Hollywood. Borges, además, le presta a su propio padre «algunas metáforas infames» para que las incluya en su novela *El Caudillo*, que se editará en Palma.

¹⁸⁴ «Fuimos a Mallorca porque era barata, hermosa y difícilmente habría más turistas que nosotros. Vivimos así un año en Palma y Valldemosa, una aldea en lo alto de las colinas», escribe Borges en «Autographical notes», publicadas en *The New Yorker*, New York, 19 de septiembre de 1970, traducidas al castellano por José E. Pacheco en *La Gaceta*, n.º 10, octubre de 1971 (Fondo de Cultura Económica, México). Tomo la referencia de Meneses (1996: nota 15, pág. 63).

¹⁸⁵ En el citado texto *Por qué vivo en Mallorca*, Graves asegura: «elegí Mallorca para establecer mi hogar hace un cuarto de siglo porque su clima tenía fama de ser el mejor de Europa. Y porque me aseguraron correctamente como pude comprobar que allí podría vivir con una cuarta parte de lo que necesitaba en Inglaterra» (1996: 7).

¹⁸⁶ Solamente el poema «Catedral», publicado en la revista *Baleares*, n.º 131, el 15 de febrero de 1921 y más adelante en *Ultra*, n.º 19, 1921. Ese mismo año, también en *Ultra*, n.º 11, publicó una prosa sobre un conocido burdel de Palma: «Casa Elena. (Hacia una estética del lupanar en España)». Aunque las referencias a Mallorca sean tan escasas en sus dos estancias mallorquinas, especialmente durante la segunda, Borges escribió otros textos. Meneses distingue entre lo que fue publicando mientras estaba en la isla o muy poco después de partir y lo que el propio Borges asegura haber escrito (Meneses, 1996: 27). De lo que sí tenemos constancia, tras un rastreo por la prensa local, es de los textos publicados en Mallorca. El primero lleva por título «Poema», está fechado en Valldemosa el 25 de 1920, sin indicar el mes, y con una errata en la firma: «Jorge Llinás Borges»; se publicó en la revista *Baleares* el 20 de octubre de 1920. Borges firma asimismo «Réplica» en *Última*

Hora (19 de octubre de 1920). También vio la luz en *Última Hora* (5 de enero de 1921) «El arte de Fernández Peña», una crítica del pintor castellano, afincado por entonces en Mallorca. El «Manifiesto del Ultra», firmado por Borges y sus tres amigos mallorquines, Alomar, Sureda y Bonanova, puede verse en *Baleares* (15 de febrero de 1921). Finalmente, hemos encontrado otro texto conjunto, «Ultraísmo», firmado con el seudónimo Dagesmar, compuesto a partir de la última sílaba de los apellidos Sureda, Borges, Alomar, publicado en *Última Hora*, el 3 de febrero de 1921. Todo ello está recogido por Meneses (1996: 73-113).

¹⁸⁷ Lo recoge Meneses (1996: 74).

¹⁸⁸ Para la cuestión del movimiento ultraísta mallorquín, puede verse el artículo de Díaz de Castro y Pons i Pons (1979-1980); y Meneses (1996: 44-49).

¹⁸⁹ También lo recoge Meneses (1996: 95).

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- AZORÍN (1952), *Verano en Mallorca*, Panorama Balear, n.º 21, Impreso en Talleres Mossén Alcover, Palma.
- AZORÍN (1956 [1941^{1a}]), «Mallorca», en *Visión de España* (páginas escogidas por Erly Danieri), Espasa-Calpe, Madrid, págs. 54-59.
- AZORÍN (1961), *El paisaje de España visto por los españoles* (1917), en *Obras completas*, t. III, Aguilar, Madrid.
- AZORÍN (1966), *España clara*, Editorial Doncel, Madrid.
- AZORÍN (1967), «Jorge Sand en Mallorca», en *La amada España*, Destino, Barcelona, págs. 145-151.
- BIDWELL, Charles Toll (1876), *The Balearic Islands*, Sampson Low & Co., London.
- BIDWELL, Charles Toll (1997), *Les illes Balears* («Estudi preliminar» de Joan Miquel Fiol Guiscafré; traducció de Rosa Plasencia, Apol·lonia Nadal), Lleonart Muntaner, editor, Palma.
- BOUVY, Pablo (1867), *Ensayo de una descripción geológica de la isla de Mallorca, comparada con las islas y el litoral de la cuenca occidental del Mediterráneo*, Imp. de Felipe Guasp y Vicens, Palma.
- CABANELLAS, Jaime (1845), *Le cicerone français à Palma de Majorque*, P. J. Umbert, Palma.
- CABANYES I BALLESTER, Josep Antoni de (1970), *Notas y observaciones hechas en mi viaje y permanencia en Mallorca* (introducció, notes i comentaris de Joan Rius i Vila), Pòrtic, Barcelona.

- CABRER I VERGER, Antoni (1841), *Viaje a la famosa gruta llamada cueva de la Ermita en el distrito de la villa de Artá de la isla de Mallorca*, P. G. Gelabert, Palma.
- CAMBESSÈDES, Jacques (1826), «Excursions dans les Îles Baléares», *Nouvelles Annales de Voyages*, vol. XXX, Paris, págs. 5-37.
- CAMBESSÈDES, Jacques (1827), *Enumeratio plantarum quas in insulis Balearibus collegit*, transcriptor y traductor al castellano: Fernando Weyler, Palma, 1846 [texto manuscrito, Biblioteca March: B96-VI-5].
- CHOPIN, Federico (1952), *Cartas desde Mallorca*, Panorama Balear, n.º 15, impreso en Talleres Mossén Alcover, Palma.
- CITTADINI, Tito (1950), «De cómo vine a parar a Mallorca», *Revista. Publicación mensual del Círculo de Bellas Artes de Palma*, n.º 50 (enero-diciembre), págs. 40-45.
- CORTADA, Juan (1845), *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*, Imprenta de A. Brusi, Barcelona.
- CORTADA, Juan (2008), *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*, estudio introductorio de Albert Ghanime, Miguel Font Editor, Palma.
- DARÍO, Rubén (1918), *Letras, Obras completas*, vol. VIII, ilustraciones de Enrique Ochoa, Mundo Latino, Madrid.
- DARÍO, Rubén (1952), *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- DARÍO, Rubén (1978), *El oro de Mallorca / La isla de oro* (edición, prólogo y notas de Luis Maristany; con ilustraciones de Maurice Sand y Toni Johandeau), J. R. S. Barcelona.
- DARÍO, Rubén (1990), *Autobiografía* (edición de Antonio Piedra), Mondadori, Madrid.
- DARÍO, Rubén (2001), *La isla de oro / El oro de Mallorca* (prólogo de Cristóbal Serra, introducción de Luis Miguel Fernández Ripoll), José J. de Olañeta, Editor, Palma.

- DAVILLIER, Jean Charles (1874), *L'Espagne*, illustré de 309 gravures dessinées sur bois par Gustave Doré, Corbeil: Crété fils, Paris.
- DAVILLIER, Jean Charles (1949), *Viaje por España* (con ilustraciones de Gustave Doré; prólogo y notas de Arturo del Hoyo, estudio crítico biográfico por Antonio Buero, no se indica el nombre del traductor), Ediciones Castilla, págs. 953-967.
- DAVILLIER, Jean Charles y DORÉ, Gustavo (s. a. [1951]), *Viaje a Mallorca*, Panorama Balear, Monografías de arte, vida, literatura y paisaje, n.º 1, impreso en Talleres Mossén Alcover, Palma.
- DELAROCHE, François Etienne (1809a), «Observations sur des poissons recueillis dans un voyage aux Îles Baléares et Pithyuses», en *Annales du Museum d'Histoire Naturelle*, vol. XIII, Paris, págs. 98-122.
- DELAROCHE, François Etienne (1809b), «Mémoire sur les espèces de poissons observées à Ibiça», en *Annales du Museum d'Histoire Naturelle*, vol. XIII, Paris, págs. 313-361.
- DEMBOWSKI, Carlos (1841), *Deux ans en Espagne et Portugal pendant la gerre civile 1838-1840*, Librerie de Charles Gosselin, Paris.
- DEMBOWSKI, Carlos (2008), *Dos años en España durante la guerra civil 1838-1840*, Crítica, Barcelona.
- GRASSET DE SAINT-SAUVEUR, André (1807), *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses fait dans les années 1801, 1802, 1803, 1804 et 1805*, Léopold Collin, Paris.
- GRASSET DE SAINT-SAUVEUR, André (1952), *Viaje a las islas Pithiusas: escrito durante los años 1801 a 1805*, traducción del francés por Fernando Gual de Torrella, Ediciones R.O.D.A., Palma de Mallorca.
- GRASSET DE SAINT-SAUVEUR, André (2002), *Viatge a les Illes Balears i Pitiüses* (traducció i presentació d'Agustí Josep Aguiló Llofriu), Lleonard Muntaner, Palma.

- GRAVES, Robert (1996), *Por qué vivo en Mallorca*, José J. de Olañeta, Palma.
- GÜIRALDES, Ricardo (1962), «Notas para un libro mallorquín», en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, págs. 701-715.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1812), *Carta histórico-artística sobre el edificio de la Lonja de Mallorca*, Imprenta de Brusi, Palma.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1813), *Memorias históricas sobre el castillo de Bellver en la isla de Mallorca*, Imprenta de Miguel Domingo, Palma.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1945), *Descripción histórico-artística del Castillo de Bellver*, con notas del notable escritor Jerónimo Rosselló y un prólogo de Juan Suau Alabern, Ed. Menorquina de Francisco Pons, Palma.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1969^{3.a}), *Memoria del Castillo de Bellver*, edición, introducción y notas de Ángel del Río, Espasa-Calpe, Madrid.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (2013), *Memorias histórico-artísticas de arquitectura*, edición y estudio de Daniel Crespo Delgado y Joan Domenge i Mesquida, Ediciones Akal, Madrid.
- LABORDE, Alexandre de (1808), *Atlas de l'itinéraire descriptif de l'Espagne*, Nicolle/Lenormant, Paris.
- LABORDE, Alexandre de (1975), «Balears», «Illa de Mallorca», en *Viatge pintoresc i historic: El País valencià i les Illes* (traducció i apèndix d'Oriol Valls i Subirà; notes de Josep Massot Muntaner), Abadia de Montserrat, Barcelona, págs. 141-217.
- LACAZE-DUTHIERS, Joseph Henri de (1857), *Voyage aux Iles Balears ou Recherches sur l'anatomie et physiologie de quelques mollusques de la Méditerranée*, Librairie de Victor Masson, Paris.
- LAURENS, José Buenaventura (1840^{1.a}), *Souvenirs d'un voyage d'art a l'île de Majorque*, Arthus Bertrand, Paris.

- LAURENS, José Buenaventura (1945), *Souvenirs d'un voyage d'art a l'ille de Majorque*, avec un préface de Juan Ramis de Ayreflor, Mallorca: Moll.
- LAURENS, José Buenaventura (2006), *Recuerdos de un viaje artístico a la isla de Mallorca* (presentación de Carlos Garrido, traducción de Esteve Serra), José J. de Olañeta, Palma.
- LLUÍS SALVADOR, Arxiduc (1990), *Somnis d'estiu ran de mar; Obres completes*, Selecta, Barcelona, págs. 88-144. [El libro se publicó como anónimo en 1912 en la editorial La Sinceridad de Sóller].
- LUDWIG SALVATOR, Erzherzog von Österreich (1869-1884), *Die Balearen in Wort und Bild Geschildert*, F. Brochhaus, Leipzig.
- LUDWIG SALVATOR, Erzherzog von Österreich (1897), *Die Balearen Geschildert in Wort und Bild*, K. v. K. Hofbuchhandlung von Leo Woerl, Leipzig.
- LUDWIG SALVATOR, Erzherzog von Österreich (1905), *Catalina Homar*, Druck und Verlag von Heindr, Mercy Sohn.
- LUIS SALVADOR, Archiduque (1984), *Las Baleares, descritas por la palabra y el dibujo*, 3 vols., traducción de Mateu Grimalt y Antonia Vigó, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca.
- LUIS SALVADOR, Archiduque (2000), *Catalina Homar* (presentación de Gabriel Janer Manila; prólogo y comentarios de Luis Ripoll; traducción de José Sureda Blanes), José J. de Olañeta, Palma.
- MARTEL, Édouard-Alfred (1896), *Die drachhöhlen in Porto-Cristo, dem ausgang von Manacor insel Mallorca (Balearen)*, übersetzung aus dem Spanischen durch Albert Fischer, geschaltete Denkschrift im Kalender des französischeb Klubs «Alpino» (Band XXIII-jahrgang-1896).
- MARTEL, Édouard-Alfred (1898), *Las cuevas del Drach propiedad de D. José Ignacio Moragues, en el término de Manacor (Mallorca)*, [s. e.] [Tipografía del Comercio F. Soler], Palma.

- MARTEL, Édouard-Alfred (1923), *Las cuevas del Drach en el término de Manacor (Mallorca)*, memoria inserta en el Anuario del Club Alpino Francés (tomo XXIII, año 1896), Soler, Palma.
- MEDEL, Ramón (1849), *Manual del viajero en Palma de Mallorca*, Imprenta Balear de Pedro José Umbert, Palma.
- MIOMANDRE, Francis de (s. a. [1933]), *Mallorca*, B. Arthaud, Succ. des Editions J. Rey, Grenoble
- MIOMANDRE, Francis de (1934), *Mallorca*, La Nave, Madrid.
- MONTANER, Pilar (2010), *Memorias*, precedides d'un estudi biogràfic i d'una aproximació als seus orígens familiar, a cura de Maria del C. Bosch i P. Montaner, Ajuntament de Palma: Servei d'arxius i biblioteques, Palma.
- PAGENSTECHE, Hermann Alexander (1867), *Die insel Mallorca: mit sieben landschaftlichen ansichten in hotschnitten*, Wilhelm Engelmann, Leipzig.
- PAGENSTECHE, Hermann Alexander (1987), *La isla de Mallorca: reseña de un viaje*, traducción de Pablo Bouwy de Schorrenberg, Est. tip. Felipe de Guasp, Palma.
- PAGENSTECHE, Hermann Alexander (1989), *La isla de Mallorca: reseña de un viaje*, traducción de Pablo Bouwy de Schorrenberg, estudio preliminar de Josep Juan Vidal y Leonard Muntaner, El Drac, Palma.
- PARCERISA, Francesc Xavier y PIFERRER, Pau (2004), *Recuerdos y bellezas de España: Mallorca*, precedido de «Una pasión que perdura», por Josep-Francesc Conrado de Villalonga; y «La fructífera colaboración editorial de dos intelectuales románticos: Francesc X. Parcerisa y Pau Piferrer», por Aina Pascual; José J. de Olañeta, Palma. [Reprod. facs. de la ed. de 1842].
- PIFERRER, Pablo Y PARCERISA, Francisco Javier (1842), *Recuerdos y bellezas de España* [vol. II]: *Mallorca. Obra destinada a dar a conocer sus documentos y antigüedades y vistas pintorescas en láminas dibuja-*

- das del natural y litografías por F. J. Parcerisa y acompañadas por un texto de Pablo Piferrer*; Imprenta de Joaquín Verdaguer, Barcelona.
- PLA, Josep ([1950]), *Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza*, Destino, Barcelona.
- PLA, Josep (1970), «Notes de Mallorca», en *Obra completa: Les illes*, vol. xv, Destino, Barcelona, págs. 77-142.
- PRADT, Dominique de (1816), *Mémoires historiques sur la révolution d'Espagne*, Chez Rosa, Libraire au Cabinet Littéraire, Paris.
- RUSIÑOL, Santiago (1913), *Lilla de la calma*, Antonio López, Barcelona.
- RUSIÑOL, Santiago (1974), *Lilla de la calma*, Selecta, Barcelona.
- RUSIÑOL, Santiago (1999), *Des de Les Illes*, edició i pròleg de Margarida Casacuberta, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.
- SALAVERRÍA, José María (1928), *Mallorca vista por José María Salaverría*, Imprenta José Tous, Palma de Mallorca.
- SALAVERRÍA, José María (1933), *Viaje a Mallorca* (con veinte ilustraciones de Erwing Hubert), Espasa-Calpe, Madrid.
- SAND, George (1842), *Un hiver à Majorque*, H. Souverain, Paris.
- SAND, George (1932^{2-a}), *Un invierno en Mallorca* (traducido y anotado por Pedro Estelrich con un prólogo de Gabriel Alomar), José Tous, Palma de Mallorca. [La 1.^a ed. de esta traducción se publicó en 1902].
- SAND, George (1949), *Histoire de ma vie*, Editions Stock, Paris.
- SAND, George (1956), *Winter in Majorca* (translated and annotated by Robert Graves), Cassell & Company LTD, London.
- SAND, George (1968), *Correspondance*, tome IV (Mai 1837 - Mars 1840), Éditions Garnier Frères, Paris.
- SAND, George (2009), *Història de la meua vida*, text establert i anotat per Brigitte Díaz. Traducció de Catalina Calafat. Pròleg de Carme Riera. Edicions UIB, Palma.

- STUART BOYD, Mary (1911), *The Fortunate isles, life and travel in Majorca, Minorca and Iviza*, London.
- STUART BOYD, Mary (2008), *Les illes venturoses. Vida i viatge a Mallorca, Menorca i Eivissa* (versió catalana, introducció i notes de Jaume Boada Salom), Edicions Documenta Balear, Palma.
- UNAMUNO, Miguel (1929), «En la calma de Mallorca», «En la isla dorada», «Los olivos de Valldemosa», en *Andanzas y visiones españolas*, Renacimiento, Madrid, págs. 169-210. [La 1.^a ed. es de 1919].
- UNAMUNO, Miguel (2004), «Excursión», *Por tierras de Portugal y España*, en *Obras completas*, vol. VI, Biblioteca Castro, Madrid, págs. 300-306.
- VARGAS PONCE, José (1787), *Descripciones de las islas Pitiusas y Baleares*, Imprenta Viuda de Ibarra, Madrid.
- VARGAS PONCE, José (2008), *Descripciones de las islas Pitiusas y Baleares*, Imprenta Viuda de Ibarra. Edición facsímil: Maxtor, Madrid.
- VERDAGUER, Mario (s. a. [1926]), *La isla de oro*, Editorial Lux, Barcelona.
- VUILLIER, Gaston (1893), *Les îles oubliées*, Hachette, Paris.
- VUILLIER, Gaston (1895), *Miramar de Mallorca*, Chez l'auteur, Paris.
- VUILLIER, Gaston (1973), *Les illes oblidades* (traducción de Nina Moll Marqués), Moll, Palma.
- VUILLIER, Gaston (1987), *Miramar de Mallorca*, José J. de Olañeta, Palma.
- VUILLIER, Gaston (2000), *Viaje a las islas Baleares* (traducción de Francesc Gutiérrez), José J. de Olañeta, Palma.
- WEST, Gordon (1929), *Jogging round Majorca*, illustrated Warwick W. Lendon, Alston Rivers, London.
- WEST, Gordon (1996), *Un paseo por Mallorca*, ilustraciones de Warwick W. Lendon, traducción de Borja Folch, José J. de Olañeta, editor, Palma de Mallorca.

- WOOD, Charles W. (1888), *Letters from Majorca*, Bently, London.
- WOOD, Charles W. (1968), *Cartas desde Mallorca*, prólogo de Luis Ripoll, ilustraciones de H. C., versión castellana de M.^a Fernanda F. de Córdova, Ediciones de Ayer, Palma de Mallorca.
- YOUNG, Arturo (1999), «Viaje en España», en José García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, vol. VI, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, págs. 305-335.

Fuentes secundarias

- AGUILÓ LLOFRIU, Agustí Josep (2002), «*El Voyage dans les Îles Baléares et Pithiusses* o l'informe estratègic d'un viatger il·lustrat al servei de Napoleó», en André Grasset de Saint-Sauveur: *Viatge a les Illes Balears i Pitiüses*, Leonard Muntaner, Palma, págs. 7-12.
- AÍNSA, Fernando (2001), «Las ínsulas de "tierra firme" de la narrativa hispanoamericana: entre la memoria y la esperanza», en Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix, José Carlos Rovira, con la colaboración de Pedro Mendiola Oñata (eds.): *La isla posible. III Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos* (Alicante, marzo 1998), Campobell, Murcia, págs. 17-26.
- AÍNSA, Fernando (2004), «El viaje como transgresión y descubrimiento de la Edad de Oro», en *Relato de viajes y literaturas hispánicas*, Visor, Madrid, págs. 45-70.
- ALMARCEGUI, Patricia (2005), «El descubrimiento del Islam en los viajeros ilustrados europeos», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.): *Los libros de viaje: realidad vívida y género literario*, Akal, Madrid, págs. 104-128.
- ALOMAR, Gabriel (1902a), «Des de Mallorca. El mallorquinisme artístic», *La veu de Catalunya*, 23-XI-1902 (ed. vespre), págs. 1-2.

- ALOMAR, Gabriel (1902b), «La interpretació artística de Mallorca», *Sóller*, n.º 817, 29-XI-1902, págs. 2-3.
- ALOMAR, Gabriel (1902c), «Des de Mallorca. La interpretació pictórica de l'illa», *La Veu de Catalunya*, 30-XII-1902 (ed. vespre), págs. 1-2.
- ANTELO, Antonio (1975), «El mito de la Edad de Oro en las Letras Hispanoamericanas del siglo XVI» *Thesaurus*, n.º 1, tomo XXX, págs. 91-112.
- ARAGO, François (1854), *Histoire de ma Jeunesse*, précédée d'un préface par Alex. de Humboldt, Kiessling, Schnée et C.^{ie}, Libraires, Bruxelles & Leipzig.
- ARETA MARIGO, Gema (2001), «“Lo que llama responde con otra voz”: *Las ínsulas extrañas* de Emilio Adolfo Westphalen», en Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix, José Carlos Rovira, con la colaboración de Pedro Mendiola Oñata (eds.): *La isla posible. III Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos* (Alicante, marzo 1998), Campobell, Murcia, págs. 45-50.
- BADOSA, Cristina (1996), *Josep Pla: Biografía del solitario*, Edicions 62, Barcelona.
- BARCELÓ, B. i FRONTERA, G. (2000), «Historia del turisme a les Illes Balears», en *Welcome. Un segle de turisme a les Illes Balears*, Fundació la Caixa, Palma, págs. 15-36.
- BASTONS, Carlos [compilador] (1996a), «La correspondència de mallorquins amb Miguel de Unamuno (I)», *Randa*, n.º 39, págs. 61-103.
- BASTONS, Carlos [compilador] (1996b), «La correspondència de mallorquins amb Miguel de Unamuno (II)», en *Miscel·lània Germà Colón*, vol. 6, págs. 125-139.
- BATLLORI, Miguel (1950), «Rubén Darío y Don Juan Sureda», *Revista: publicación mensual del Círculo de Bellas Artes de Palma*, año VII, n.º 50 (enero-diciembre), págs. 1-8.

- BAUZÁ, Hugo Francisco (1993), *El imaginario clásico: Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago.
- BAUZÁ DE MIRABÓ, Concepción (2004), «La desamortización religiosa y sus consecuencias en el patrimonio artístico: la cartuja de Valldemossa como ejemplo», en María Barceló Crespi i Isabel Moll Blanes (coords.): *Abadies, cartoixes, convents i monestirs: aspectes demogràfics, socioeconòmics i culturals de les comunitats religioses (segles XIII al XIX)*, XXII Jornades d'Estudis Històrics Locals, Palma, del 19 al 21 de novembre de 2003, Institut d'Estudis Balearics, Palma, págs. 203-205.
- BAUZÁ MARTORELL, Felio J. (2009), *La vida soñada: el legado intelectual de D. Juan Sureda Bimet: Valldemossa 1873-Palma 1947*, José J. de Olañeta, Palma.
- BÉNAT TACHOT, Louise (2001), «De l'île à l'islario: fonction et statut de l'île dans l'écriture de la conquête», en Eliseo Trenc [compilador]: *Au bout du voyage, l'île: mythe et réalité*, Publications du Centre de Recherche Vals, Presses Universitaires, Reims, págs. 57-88.
- BERMÚDEZ CAÑETE, F. (1976), «Giner de los Ríos y la Generación del 98», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 317, noviembre, págs. 414-424.
- BES HOGHTON, Isabelle (2012), «Le paysage sublime de l'île méditerranéenne dans la littérature de voyage du XIX^{ème} siècle: du *locus amoenus* au *locus horribilis*», *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, vol. 27, págs. 71-85.
- BES HOGHTON, Isabelle (2013), «Ré-écrire le voyage. La fonction de l'intertextualité dans le récits de voyage à Majorque au XIX^{ème} siècle», *Cédille. Revista de Estudios Franceses*, n.º 9, abril, págs. 54-67.
- BOSCH JUAN, Maria del C. (2010), «El retrat desconegut de Pilar Montaner i Maturana», en Pilar Montaner: *Memorias*, Ajuntament de Palma: Servei d'arxius i biblioteques, Palma, págs. 11-45.

- BOSCH JUAN, Maria del Carme (2011), *Pilar Montaner i Joan Sureda: Epistolari i Literatura* (a cura de Maria del Carme Bosch), Ajuntament de Palma, Arxiu Municipal de Palma, Palma.
- BOSCH JUAN, María del Carmen (1991b), «Un “cable escriptural” sobre el Atlántico. (Cartas de Jorge Luis Borges a Jacobo Sureda)», en *América y Mallorca, del Descubrimiento al siglo XX*, Ayuntamiento de Palma, Palma, págs. 209-217.
- BOSCH, Carme (1991a), «La trajectòria política d'un Intel·lectual mallorquí: Joan Sureda Bimet», *Randa*, n.º 28, págs. 69-95.
- BOSCH, Carme & CUADRADO, Perfecto E. (1987), «Juan Sureda Bimet: una Cultura Centrífuga», *Caligrama. Revista Insular de Filología*, n.º 2, págs. 247-276.
- BOSCH, Maria del Carme (1996), «La segona estada de Rubén Darío a Mallorca. Catorze respostes de Joan Sureda a Jorge Guillén», *Butlletí de la Societat Arqueològica Luliana*, n.º 52, págs. 393-412.
- BROEK CHÁVEZ, Frans van den (2006), «“El coloquio de los centauros” de Rubén Darío, esoterismo y modernismo», *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. [Consulta en línea: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero/>>, 26 junio 2013].
- CANTARELLAS, Catalina (1981), *La arquitectura mallorquina desde la ilustración a la restauración*, Institut d'Estudis Baleàrics, Palma.
- CAPÓ JUAN, Josep (1973), «Don Miguel de Unamuno a Mallorca», *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, segunda época, año LXXXIX, tomo XXXIV, págs. 144-159.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M. (1997), *Poética del relato de viajes*, Reichenberger, Kassel.
- CASACUBERTA, Margarida (1999), «Introducció», en Santiago Rusiñol: *Des de Les Illes*, Universitat de les Illes Balears, Abadía de Montserrat, Palma, págs. 5-29.

- COLOMBI, Beatriz (2004), *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América latina (1880-1915)*, Beatriz Viterbo, Rosario.
- CRESPO DELGADO, Daniel y DOMENGE I MESQUIDA, Joan, eds. (2013), «Jovellanos: la Ilustración, las artes y Mallorca», en Gaspar Melchor de Jovellanos: *Memorias histórico-artísticas de arquitectura*, Ediciones Akal, Madrid, págs. 11-142.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco J. y PONS I PONS, Damià (1979-1980), «Jacob Sureda i el moviment ultraísta a Mallorca», *Majurqa*, n.º 19, págs. 143-161.
- DÍAZ FALCÓN, Federico (1963), *Las guapas hacen sufrir*, [s. e.] [Impr. Mossèn Alcover], Palma.
- ESCOBAR BORREGO, Francisco Javier (2003), «El concepto de intrahistoria en *Andanzas y visiones españolas* de Miguel de Unamuno», *Anales de Estudios Filológicos*, XXVI, págs. 103-116.
- ESTADA, Eusebio (1877), «The Balearic Islands», *Museo Balear*, Palma 1877, vol. 2, págs. 342-353.
- FERNÁNDEZ RIPOLL, Luis M. (2001), «Los viajes de Rubén Darío a Mallorca», en Rubén Darío: *La isla de oro / El oro de Mallorca*, José J. de Olañeta, Editor, Palma, págs. 13-149.
- FERNÁNDEZ, Luis Miguel (2006), *Tecnología, espectáculo, literatura: dispositivos ópticos en las letras españolas de los siglos XVIII y XIX*, Servicio de Publicacións Universidade de Santiago de Compostela.
- FERRER FLÓREZ, Miguel (2002), *Desamortización eclesiástica en Mallorca (1835)*, Cort, Palma.
- FERRÚS, Beatriz (2011), *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: Entre España y las Américas*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.
- FICK, Bárbara (1976), *El libro de viajes en la España medieval*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

- FIOL GUISCAFRÉ, Joan Miquel (1997), «Estudi preliminar», en Charles Toll Bidwell: *Les illes Balears*, Leonard Muntaner, editor, Palma, págs. 7-31.
- FIOL GUISCAFRÉ, Juan Miquel (1990), *Bibliografia de viatges per les Balears i Pitiuses fins el 1900*, Font Editor, Palma.
- FONT JAUME, Alexandre (1991), «Condenas criminales en las Baleares romanas», en Maria del Carme Bosch i Pere J. Quetglas (eds.): *Mallorca i el món clàssic*, estudi general Lulia i Càtedra Ramon Llull, Palma, págs. 133-151.
- FREIXA, Consol (1993), *Los ingleses y el arte de viajar. Una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*, Ediciones Serbal, Barcelona.
- FRONTERA, Guillem (1994), *Imatge del paradís*, José J. de Olañeta, Palma.
- FRONTERA, Guillem (2009), *El mirall on aprenguérem a mirar-mos. (Pregó per a la Festa de l'Estendard)*, Ajuntament de Palma, Palma.
- GARCÍA BONED, Germà (1999), *Johanna Ey i Jacob Sureda: un capítol encara ignorat de la història de Mallorca*, Miguel Font editor, Palma.
- GARCÍA MERCADAL, José [compilador, traductor y prologuista] (1999), *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, (6 vols.), Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (1982 [1970^{1.a}]), «Prólogo», en *La Metafísica de Aristóteles*, Gredos, Madrid, págs. XI-XLVIII.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (1982^{1.a}; 1997^{3.a}), *Teoría y práctica de la traducción*, 2 vols., Gredos, Madrid.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (1983^{1.a}; 1989^{2.a}), *En torno a la traducción: Teoría. Crítica. Historia*, Gredos, Madrid.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (1994), *Traducción: historia y teoría*, Gredos, Madrid.

- GARCÍA YEBRA, Valentín (2006), *Experiencias de un traductor*, Gredos, Madrid.
- GARCÍA YEBRA, Valentín (2010), *Documentación, terminología y traducción*, Síntesis S. A., Madrid.
- GARRIDO, Carlos (2006), «La mirada de Laurens», en José Buenaventura Laurens: *Recuerdos de un viaje artístico a la isla de Mallorca*, José J. de Olañeta, Palma, págs. 7-20.
- GHANIME, Albert (2008), «Estudio introductorio», en Juan Cortada: *Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845*, Miguel Font Editor, Palma, págs. 7-18.
- GHIRALDO, Alberto (1943), *El archivo de Rubén Darío*, Losada, Buenos Aires.
- GIL, Juan (1992), *Mitos y utopías del descubrimiento. Colón y su tiempo*, Alianza Editorial, Madrid.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1886), «Paisaje», *La Ilustración Artística*, v, págs. 103-109. Luego en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XL, 1916, págs. 54-59.
- GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (1977), *Unamuno, «agitador de espíritus»*, y *Giner, correspondencia inédita*, Narcea, Madrid.
- GÜIRALDES, Ricardo (1962), *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, págs. 659-660.
- GUTIÉRREZ-SOLANA SALCEDO, Federico y Luis SAZATORNIL (D. L. 2010), *El «Viaje por España» de G. Doré, en la colección UC de Arte Gráfico*, Universidad de Cantabria, Santander.
- GUYOT, Alain (1997), «Peintre ou décrire: un dilemme de l'écrivain voyageur au XIX.^{eme} siècle», *Recherches & Travaux*, n.º 52, págs. 99-119.
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, David (2006), «La Edad de Oro como utopía dionisiaca: de Hesíodo y Platón a su recepción en el imaginario clásico», en «*Res Publica Litterarum*», *Documentos de trabajo del Grupo de investigación 'NOMOS'*, Suplemento Mo-

- nográfico Utopía 2006-5, Instituto Lucio Anneo Séneca: Francisco Lisi Bereterbide. [En línea: <http://docubib.uc3m.es/WORKINGPAPERS/IECSPA/iescpB060505.pdf>].
- HESÍODO (1990), *Obras y fragmentos: Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Fragmentos certamen*. Introducción, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Editorial Gredos, Madrid.
- HORACIO (1998), *Épodos y odas de Horacio*, versión de Enrique Badosa, Editorial Comares, Granada.
- JRADE, Cathy Login (1983), *Rubén Darío and the romantic search for unity: the modernist recourse to esoteric tradition*, University of Texas, Austin Texas.
- JRADE, Cathy Login (1986), *Rubén Darío y la búsqueda romántica de la unidad: el recurso modernista de la tradición esotérica* (traducción de Guillermo Sheridan), Fondo de Cultura Económica, México.
- LITTRÉ, Émile (1886), *Dictionnaire de la langue française*, [A. Lahure], Paris.
- LITVAK, Lily (1984), *Geografías mágicas. Viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Laertes, S. A. de Ediciones, Barcelona.
- LITVAK, Lily (1991), *El tiempo de los trenes: el paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, Serbal, Barcelona.
- LLORENS GARCÍA, Ramón F. (1986), «Miguel de Unamuno y Azorín: Teoría y práctica del viaje», en *Anales Azorinianos*, 3, págs. 265-273.
- LLORENS GARCÍA, Ramón F. (1991), *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*, Caja de Ahorros Provincial, Alicante.
- LÓPEZ GREGORIS, Rosario (2005), «El mito de la edad de oro en las fuentes antiguas y en el *Quijote*», *Edad de oro*, n.º 24, págs. 173-188.

- LOUSADA, Maria Alexandre (2010), «Viajantes e Turistas», en *Viajar. Catálogo Comissão Nacional para as Comemorações do Centenário da República*, Lisboa, págs. 68-73.
- LUBLINER, Coby (2002), «On Being a Tourist», s. p. y nota 3 [Consulta en línea: <<http://www.ce.berkeley.edu/~coby/essays/tourist.htm>>].
- MACAYA LAHAMANN, Enrique (1967), «Rubén Darío en Mallorca», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 212-213, págs. 490-505.
- MAINER, José-Carlos (2004), «Galdós, de viaje por Castilla», en Julio Peñate Rivero (ed.): *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Visor, Madrid, págs. 185-203.
- MARASSO, Arturo ([1926] 1973), *Rubén Darío en su creación poética*, Kapelusz, Buenos Aires.
- MARCH, Juan (1983), *S'Archiduc: Biografía ilustrada de un príncipe nómada*, José J. de Olañeta, Palma.
- MARÍ, Antoni (2008), «Paisaje y literatura», en Joan Nogué (editor): *El paisaje en la cultura contemporánea*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 141-154.
- MARISTANY, Luis [editor] (1978), «Prólogo», en Rubén Darío: *El oro de Mallorca / La isla de oro* (edición, prólogo y notas de Luis Maristany; con ilustraciones de Maurice Sand y Toni Johandeau), J. R. S., Barcelona, págs. 7-17.
- MAS I VIVES, Joan (1989), «Joan Rubió i Ors, dues estades a Mallorca i un epistolari sentimental», *Lluc: revista de cultura i d'idees*, n.º 748 (Gener-Febrer), págs. 17-22.
- MASSOT, Josep (1990), *Els escriptors i la Guerra Civil a les Illes Balears*, Abadia de Montserrat, Barcelona.
- MENESES, Carlos [edición y estudio crítico] (1987), *Cartas de juventud de J. L. Borges (1921-1922)*, Editorial Orígenes, Madrid.
- MENESES, Coco (1996), *Borges en Mallorca*, Aitana, Alicante.

- MENESES, Coco (s. a.), *Poesía Mallorquina de Rubén Darío*, Instituto de Estudios Modernistas, Valencia.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1925), «Los viajeros franceses en España», en *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, 1840-1841*, Renacimiento, Madrid, págs. 7-16.
- MIRALLES, Carlos (1975), «Hesíodo sobre los orígenes del hombre y el sentido de Trabajos y días», *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos*, vol. 9, núm. 1, págs. 3-36.
- MONTALBERTI, Christine (1997), *Le voyage, le monde et la bibliothèque*, Le Presses Universitaires de France, Paris.
- NOGUÉ, Joan (2008), «Introducción», en Joan Nogué (editor): *El paisaje en la cultura contemporánea*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 9-24.
- OLIVER BELMÁS, Antonio (1968), *Este otro Rubén Darío*, Aguilar, Madrid.
- OLIVER, Miquel dels Sants (1891), «Desde la terraza, páginas veraniegas», en *Cosecha periodística*, Amengual y Muntaner, Palma, págs. 35-109.
- OLIVER, Miquel dels Sants (1987), *La Ciutat de Mallorca*, Moll, Palma.
- OLIVER, Pere (2011), «Científics viatgers que visitaren les Illes Balears al llarg del segle XIX i la primera meitat del segle XX», en VV. AA.: *La mirada forana*, Govern dels Illes Balears, Palma, págs. 116-133.
- ORRINGER, Nelson R. (2002), «Modernism and the Initiation of Rubén Darío», *Hispania*, vol. 85, n.º 4, págs. 815-825.
- ORTAS DURAND, Esther (2005), «La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Akal, Madrid, págs. 48-91.

- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1988), «La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza», en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros: *Viajeros y paisajes*, Alianza Editorial, Madrid, págs. 67-88.
- ORTEGA CHAPEL, Elena (1999), *François Arago y Mallorca: la prolongación del meridiano de París a las Baleares, 1803-1808*, Miquel Font Editor, Palma.
- OVIDIO (1990), *Las metamorfosis*, edición, introducción y notas de Juan Francisco Alcina; traducción de Pedro Sánchez de Viana, Planeta, Barcelona.
- OVIDIO NASÓN, Publio (1990), *Metamorfosis*, vol. I (lib. I-V), texto revisado y traducido por Antonio Ruiz de Elvira, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- PASQUALI, Andrien (1994), *Le Tour des horizons. Critiques et récits de voyage*, Klincksieck, Paris.
- PENA, María del Carmen (1983), *Pintura de paisaje e ideología: La generación del 98*, Taurus, Madrid.
- PEÑATE RIVERO, Julio (2004), «Camino del viaje hacia la literatura», en Julio Peñate Rivero (ed.): *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Visor, Madrid, págs. 13-28.
- PEREA, María Pilar (2003), «Una polémica entre Antoni M. Alcover i Miguel de Unamuno», en *Actes del congrés internacional Antoni M. Alcover*, a cura de Jaume Guiscafré i Antoni Picornell, Abadía de Montserrat, Barcelona, págs. 165-199.
- PERELLÓ, Sebastià (2006), «Els darreres de l'illa (I). Literatura de viatges i les Illes Balears», *Lluc*, 851 (maig-juny), págs. 18-29.
- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (1984), «Estudio literario de los libros de viaje medievales», *Epos. Revista de Filología*, n.º 1, págs. 217-240.
- PIEDRA, Antonio (1990), «Introducción», en Rubén Darío: *Autobiografía*, Mondadori, Madrid, págs. VII-XX.

- PLA, Josep (1944), *El pintor Joaquim Mir*, Destino, Barcelona.
- PLA, Josep (1950), *Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza* (con fotografías de Català-Roca), Destino, Barcelona.
- PLA, Xavier (2007), *Simenon i la connexió catalana*, Editorial Eliseu Climent, València.
- PLATÓN (1992), *Diálogos (VI): Filebo, Timeo, Critias*, traducciones, introducciones y notas por M.^a Ángeles Durán y Francisco Lisi, Editorial Gredos, Madrid.
- PLUTARCO (2004), *Vidas de Sertorio y de Pompeyo*, Rosa María Aguilar Fernández (trad.), Luciano Pérez Vilatela y Rosa María Aguilar Fernández (ed. lit.), Akal, Madrid.
- PONS I PONS, Damià (1977-1978), «El Dia, (1921-1939). Una trajectòria ideològica i Cultural», *Mayurca*, n.º 17 (enero-diciembre), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Palma de Mallorca, págs. 235-239.
- PORTER, Dennis (1991), *Haunted Journeys: Desire and Transgression in European Travel Writing*, Princeton University Press, Princeton.
- POU MUNTANER, Juan (1977), *La marina en las Baleares: síntesis histórica*, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de las Baleares, Palma.
- REYES, Alfonso (1960), *Última Tule*, en *Obras completas* (1955-2001), tomo XI, Fondo de Cultura Económica, México.
- RICHARD, Jean (1991), *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, Brepols, Bélgica.
- RIUS I VILA, Joan (1970), «Introducció», en Josep Antoni Cabanyes i Ballester: *Notas y observaciones hechas en mi viaje y permanencia en Mallorca*, Pòrtic, Barcelona, págs. 11-144.
- ROBLES, Laureano (1996), «Azorín y los Maura», en *Azorín (1904-1924): III.º Colloque International, Pau-Biarritz, 27, 28 et 29 d'avril, 1995*, Universidad de Murcia, Pau, Servicio de Publicaciones de Murcia, págs. 265-302.

- ROMERO TOBAR, Leonardo (2005), «Prólogo», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.): *Los libros de viaje: realidad vívida y género literario*, Akal, Madrid, págs. 7-9.
- RUIZ-DOMÉNEC, José E. (1997), «El viaje y sus modos», en Miguel Ángel García Guinea: *Viajes y viajeros en la España medieval. Actas del V Curso de Cultura Medieval, celebrado en Aguilar de Campoo (Palencia) del 20 al 23 de septiembre de 1993*, Polifemo, Madrid.
- SALCINES DE DELÁS, Diana (2001), *La literatura de viajes*, Universidad Complutense, Madrid.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Álvaro (2003), «La Congregatio in insulam del de *Rebus Bellicis* (cap. III). ¿Utopía, arbitrio o tópico retórico?», en Ignacio Arellano (ed.): *Loca ficta: los espacios de la maravilla en la Edad Media y Siglo de Oro. Actas del Congreso Internacional, Universidad de Navarra, Pamplona, abril de 2002*, Iberoamericana, Madrid, Vervuert, Frankfurt am Main.
- SAZATORNIL, Luis ([D. L.] 2010), «Introducción a *Le Voyage en L'Espagne* de Gustave Doré y el barón Davillier», en Federico Gutiérrez-Solana Salcedo y Luis Sazatornil: *El «Viaje por España» de G. Doré, en la colección UC de Arte Gráfico*, Universidad de Cantabria, Santander, págs. 10-21.
- SCARPI, Paolo (1992), *La fuga e il ritorno. Storia e mitología del viaggio*, Marsilio Editori, Venezia.
- SCHÖNHERR, Ekkehard (2009), «La voluntad del paraíso: Mallorca en los artículos de viajeros alemanes del siglo XIX», *Estudis Baleàrics*, núm. 94-95 (octubre 2008-abril 2009), págs. 117-134.
- SÉNECA (1979), *Medea*, en *Tragedias I*, introducciones, traducción y notas de Jesús Luque Moreno, Editorial Gredos, Madrid.
- SERRA I BUSQUETS, Sebastià y COMPANYY I MATES, Arnau (2000), «El turismo en les institucions i en el debat públic», en *Welcome!: Un segle de turismo a les Illes Balears*, Fundació La Caixa, [s. l.], págs. 70-86.

- SERRA, Cristóbal (2001), «Prólogo», en Rubén Darío: *La isla de oro / El oro de Mallorca*, José J. de Olañeta, Editor, Palma, págs. 13-16.
- SKYRME, Raymond (1975), *Rubén Darío and the Pythagorean Tradition*, University Presses of Florida, Gainesville.
- STERNE, Laurence (1987), *Viaje sentimental por Francia e Italia*, Fondo de Cultura Económica, S. A. de CV, México.
- TIBULO Y LOS AUTORES DEL CORPUS TIBULLIANUM (1990), *Elegías*, edición bilingüe, traducción y notas de Hugo Francisco Bauzá, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- TIBULO (1993), *Elegías*, introducción, traducción y notas de Arturo Soler Ruiz, Editorial Gredos, Madrid.
- TOUS I MAROTO, Josep Maria (1933), *Guía de la isla de oro*, Tipografía de Amengual y Muntaner, Palma.
- TRAVER VERA, Ángel Jacinto (2001), «Las fuentes clásicas en el “Discurso ante la Edad de Oro” del Quijote», en *Actas de las II Jornadas de Humanidades Clásicas, I. E. S. Santiago Apóstol*, Almendralejo, febrero, 2000, coord. por Carlos M. Cabanillas Núñez, págs. 82-95. [Texto completo consultable en Dialnet].
- TRENC, Eliseo (2001), «Les peintres-voyageurs européens et catalans à Majorque autour de 1900», en Eliseo Trenc (editor): *Au bout du voyage, l'île: Mythe et réalité*, Presses Universitaires de Reims, págs. 177-190.
- TUGORES TRUYOL, Francesca (D. L. 2011), «Viatgers i patrimoni a les Illes Balears (1837-1962): un procés de descoberta, valoració i oblit», en VV. AA.: *La mirada forana*, Govern de les Illes Balears, Palma, págs. 76-89.
- TUGORES, Francesca (2007/2008), *La descoberta del patrimoni: viatgers decimonònics i patrimoni historicoartístic a Mallorca*, L'Hiperbòlic Edicions, S. L., Palma.
- VERDAGUER, Joaquim (1934), «Los olivos mallorquines que inspiraron a Gustavo Doré», *Algo: Ilustración Popular*, n.º 250. [Reco-

- gido más tarde como «Los olivos mallorquines y Gustavo Doré», *París-Baleares*, n.º 75, octubre, 1960, págs. 1 y 7].
- VIGOLEIS THELEN, Albert (1993), *La isla del segundo rostro*, traducción de Joaquín Adsuar Ortega, Anagrama, Barcelona.
- VILLALONGA de Cantos, Príamo (1989), «Los libros de viajes y la ilustración litográfica como medio difusor del romanticismo en Mallorca», *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, n.º 45, págs. 343-356.
- VIRGILIO MARÓN, P. (1990), *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice virgiliano*, introducción general de J. L. Vidal; traducciones, introducciones y notas por Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz, Editorial Gredos, Madrid.
- VV. AA. (D. L. 2011), *La mirada forana*, direcció i edició de textos a cura de Carme Riera; coordinació i documentació a cura de Lucía Garau, Govern de les Illes Balears, Palma.
- WILLIAMSON, Edwin (2004), *Borges. Una vida*, Seix Barral, Barcelona.
- WOLFZETTEL, Friedich (2005), «Relato de viaje y estructura mítica», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Akal, Madrid, págs. 10-24.

Contestación
del
EXCMO. SR. D. PERE GIMFERRER

Señor director, señoras y señores académicos:

Quien sin más antecedente ni noticia previa escuchara o leyera el excelente discurso de nuestra recipiendaria no forzosamente la creería escritora de creación, sino investigadora, filóloga o historiadora de la cultura. En parecido terreno, aunque con requerimiento distinto del académico, se inscriben de hecho algunas publicaciones suyas anteriores: un libro que, desde su mismo título, evoca en parte el discurso de ahora, *Escenarios para la felicidad. Estampas de Mallorca*, de 1994, configurado a modo de viñetas, como ya indica su subtítulo, y *Formentor. La utopía posible* (2009), volumen prologado por Carlos Fuentes, quien ya ahí se preguntaba: «¿Dirá Carme Riera la palabra que da luz al mundo?». A esta pregunta que, conociendo al autor, no creo retórica, contestaba ahí el texto.

La producción de nuestra recipiendaria es muy extensa y variada, pero originariamente dimana de una raíz en la que yo mismo me reconozco: lo vivido y aprendido en el claustro de Letras de la Universidad Central de Barcelona en los años sesenta. Había ahí maestros absolutamente extraordinarios —con uno de ellos, dolorosamente recién desaparecido, Martín de Riquer, llegó Carme Riera a publicar, andando el tiempo, un libro en colaboración sobre la Barcelona quijotes-

ca y cervantina— y alumnos muy sobresalientes y dotados. Básteme con nombrar a dos de ellos: el prematuramente desaparecido Ignacio Prat, uno de los seres más excepcionales que he conocido, y nuestra última electa a día de hoy, Aurora Egido, a quien tanto debemos todos y en particular los frecuentadores de la poesía barroca hispana.

La adolescencia nos esboza a todos. Pero es en ella donde deben cumplirse las palabras de Píndaro que Unamuno traducía diciendo: «Aprende a hacerte el que eres». No forzosamente en el mismo curso siempre, pero sí en las mismas aulas y con los mismos maestros; imposible no nombrar, con don Martín de Riquer, a don José Manuel Blecua Teijeiro, que impulsó a nuestra recipiendaria a investigar la obra poética de don Gabriel de Henao, hasta entonces eclipsado por la sombra poderosa de Villamediana. Ahí nos formamos, pues, a nosotros mismos porque hubo quienes hicieron posible que así fuera.

Se bifurca la obra de nuestra autora en filología y creación. En filología se la conoce, además de por lo que acabo de recordar, por su trabajo sobre la llamada «Escuela de Barcelona», y de los poetas en ella inscritos han contado dos de un modo muy particular para mí: Jaime Gil de Biedma y Gabriel Ferrater, ni mucho menos, por cierto, tan dioscuros como ellos mismos creyeron o quisieron hacer creer. En el Siglo de Oro, se ha ocupado no solo de Gabriel de Henao o del *Quijote*, sino de María de Zayas, en diversas ocasiones, y es utilísimo —respecto al autor que lo motiva y al tema ahí abordado— su libro *Azorín y el concepto de clásico*, de 2007, cuyo propósito y difusión son estrictamente universitarios y donde, por ejemplo, leeremos con provecho cosas relativas a otros autores, empezando por Gabriel Miró.

Debe decirse, con todo, que siendo verdaderamente extensa y variada la obra de investigación filológica de nuestra recipiendaria, debe a la narrativa su mayor notoriedad pública. En tal sentido, se dio a conocer en catalán con dos libros de relatos: *Te deix, amor, la mar com a penyora*, de 1975, luego en castellano *Te dejo amor, en prenda el mar*, que alcanzó rápidamente, en esta su primera salida, veintiséis ediciones, y *Jo pos per testimoni les gavines*, de 1977, que llegó pronto a catorce ediciones. Ambos volúmenes, puestos nuevamente en castellano por la autora, aparecieron reunidos en 1980 en el libro *Palabra de mujer*, y aquí es oportuno hablar en términos precisos de ella en cuanto escritora bilingüe y precisar algo el alcance que tiene el caso. Yo mismo escribo y he escrito en cuatro lenguas, solo dos de ellas peninsulares, y hace más de treinta años que solo la versión original es mía en cada texto; por ser el de Carme Riera acaso totalmente distinto, estoy en posición de describirlo.

Por escritor bilingüe se entiende comúnmente el que escribe en dos lenguas, lo cual es exacto en su esencia, pero no abarca todas las posibilidades. Se suele olvidar en ocasiones que, entre los extranjeros más ilustres, Samuel Beckett escribió dos veces, en francés y en inglés —no importa ahora el orden—, varios libros suyos, y que Vladimir Nabokov llegó incluso a reescribir en ruso novelas suyas redactadas en inglés, en previsión del día que pudieran difundirse en su país natal, tal vez ya no en vida suya.

Pero no es preciso ir tan lejos del mundo hispánico. Las *Obras completas* de Martínez de la Rosa contienen el texto en francés de su *Aben Humeya*; y en francés antes que en español aparecieron originariamente *El vivir de Goya* y *Lo Barroco*, de Eugenio d'Ors; y en español no solo reescribió, sino

que rehízo en notable medida, el libro que, tras obtener en catalán el Premio Nacional con otro título, pasó Martín de Riquer a titular en castellano *Tirant lo Blanc, novela de historia y de ficción*; y en muy variadas lenguas podemos leer no pocos textos del padre Batllori. Y Arrabal no es menos o más autor español que francés. Y en castellano antes que en catalán publicó Carner su gran poema *Nabí*. Más que en catalán, Carme Riera escribe en la variedad mallorquina, en la que nunca le he oído hablar en la península; y no escribe, por otro lado, ciertamente en castellano de Barcelona, sino en castellano panhispánico. He creído útil este excursus. Discúlpeme quien lo estime superfluo o redundante; pero nada en tales cosas puede darse por sabido sin más.

Tan inquieta y zahorí en narrativa como en investigación filológica, nuestra autora incesantemente ha abordado todos los posibles módulos de narración. Había triunfado inicialmente en el terreno de lo lírico y de los sentimientos, de la feminidad y su asedio en lo insular; ello no le impidió pasar al relato erótico o al relato sobre la naturaleza o superposición de identidades, pero pronto le tentó la novela larga y abarcadora: tal es el caso de *En el último azul*, en catalán *Dins el darrer blau*, primera obra publicada en lengua española distinta del castellano que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa, correspondiente a 1995, y *Por el cielo y más allá*, en catalán *Cap al cel obert*, dada a conocer al filo del 2000. Trata la primera de la persecución antijudía en Mallorca (equidistante de *Los muertos mandan* de Blasco Ibáñez y del posterior Delibes de *El bereje*) y la segunda de la Cuba colonial y esclavista, pero, en el fondo, sobre todo del folletín decimonónico: en este formato de novela larga, la tengo por la obra maestra de la autora. Pero ella no se detuvo: siguió una tanda de novelas más bre-

ves, todas ingeniosísimas y con frecuente humor, entre las que quiero destacar la personalísima evocación de Albert Camus *La mitad del alma* y la inesperada incursión en el género negro *Naturaleza casi muerta*, hasta llegar a hoy mismo: *Tiempo de inocencia*, del corriente año 2013, que a modo de lejano eco o diapasón responde a su muy anterior *Tiempo de espera*, y es *Tiempo de inocencia* no solo quizá una de sus obras más acabadas, sino acaso, en rigor, la única que en su texto mallorquín posee, para quienes con esta habla estamos familiarizados, resonancias que ningún otro vehículo idiomático podría dar. En esta ocasión, con todo, he preferido a sabiendas no leer el texto en castellano; lo adivinado ahí al trasluz pesaría en mí demasiado, pues no en vano residí medio año en Mallorca. Pero ante tan excelente obra de arte, compuesta además en el agitado año en que preparaba su discurso académico, es posible solo el pleno asentimiento, no distinto, por cierto, del que oído en buena parte y más tarde leído con calma, «con pocos, pero doctos, libros juntos», nos deparará, como dije al principio, dicha disertación.

Nadie es oráculo hoy ni del futuro propio ni del ajeno, y la manifiesta vocación que hacia 1965 mostraba Carme Riera no permitía ejercer de palmista y leer las rayas de su futuro. Pocas veces este habrá cumplido con tanta continuidad y tenacidad una vocación.

Bienvenida, Carmen, a la Academia.

Muchas gracias.

ÍNDICE

Discurso de la Excma. Sra. D. ^a Carme Riera	7
Un juego de espejos	29
Las islas como mito	35
En la isla de oro	47
El imaginario insular	53
El Dorado de la pintura: sobre almendros y olivos	66
Una isla fértil y terapéutica	81
Los isleños	87
Una isla y sus islas	108
<i>Sóller o el jardín de las Hespérides</i>	108
<i>Las cuevas, ensueño de las mil y una noches</i>	117
<i>Valldemosa, «El lugar más bello que he habitado»</i>	124
Final	140
Agradecimientos	149
Notas	151
Bibliografía	197
<i>Fuentes primarias</i>	197
<i>Fuentes secundarias</i>	205
Contestación del Excmo. Sr. D. Pere Gimferrer	221

